

John Bunyan

El Progreso
del Peregrino



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL PROGRESO DEL PEREGRINO

JOHN BUNYAN

PUBLICADO: 1678

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

APOLOGÍA DEL AUTOR SOBRE SU LIBRO

Cuando al principio la pluma tomé
para escribir así, no imaginé
que un librito tal fuese a componer
de tal manera; antes, di en emprender
otro; y aquel, ya casi rematado,
sin advertirlo, este hube comenzado.

Y fue así: yo, escribiendo del camino
y del correr del santo en nuestro día,
caí de pronto en una alegoría
sobre su viaje y la senda a la gloria,
en más de veinte cosas que asenté.
Hecho esto, otras veinte en mente hallé;
y de nuevo empezaron a brotar,
cual chispa que del fuego echa a volar.

Pues bien, pensé, si tanto os multiplicáis,
aparte os pondré, no sea que al fin vengáis
a ser ad infinitum, y devoréis
el libro en que ya ocupado me veis.

Así lo hice; mas no pensaba entonces
mostrar al mundo entero pluma y tinta
de tal manera; solo pensé en hacer
no sé qué cosa; ni me puse a querer
con ello agradar a mi vecino: no;
por darme gusto a mí lo hice yo.

Ni gasté en este mi borrón más horas
que las ociosas; ni busqué otra cosa
sino, al hacerlo, mi ánimo apartar
del peor pensar que me lleva a errar.

Así, con gozo, al papel la pluma di,
y pronto en negro y blanco mi pensar vi.
Pues, teniendo ya el cabo de mi método,
según tiraba, así venía; y lo puse
por escrito: hasta que al cabo vino a ser,
en largo y ancho, el grandor que puedes ver.

Cuando hube así juntado mis extremos,
a otros se los mostré, por ver si acaso
los condenaran o los aprobasen:
unos dijeron: ¡vivan!; otros: ¡mueran!;
unos: ¡JOHN, imprímelo!; otros: ¡no!;
unos: hará provecho; otros: que no.

Quedé en aprieto entonces, y no veía
cuál era lo mejor que hacer debía:
al cabo pensé: pues así os partís,
lo imprimiré, y el caso queda así.

Pues, pensé, veo que algunos lo desean,
aunque otros por ese cauce no navegan:
por ver, entonces, quién mejor juzgaba,
tuve por bien echarlo a la probanza.

Pensé también que, si les negara ahora
a los que lo pedían tal favor,
podría ser que así les estorbase
lo que para ellos fuera gran dulzor.

A los que no querían que saliese,
les dije: de ofenderos soy reacio;
mas, pues a vuestros hermanos les agrada,
no juzguéis hasta ver más de despacio.

Si no lo has de leer, déjalo a un lado;
quien ama la carne, y quien roer el hueso.

Y, por mejor temprarlos todavía,
también de esta suerte con ellos argüía:

¿No puedo yo escribir en tal estilo,
y en tal método, sin perder por ello
mi fin — tu bien — ? ¿Por qué no ha de lograrse?

La nube oscura llueve; la clara, nada.
Sí: oscuras o claras, si sus gotas de plata
hacen bajar, la tierra, que da su cosecha,
a entrambas loa, y de ninguna se queja,
mas atesora el fruto que juntas le dejan;
y de tal modo las mezcla, que en su fruto
nadie distingue esta de aquella: le saben
muy bien cuando tiene hambre; mas, si está harta,
a entrambas las vomita, y su don queda en nada.

Ya ves las trazas que el pescador emplea
para prender el pez; ¡qué ingenios crea!

Mira cómo aplica todo su talento;
sus lazos, sus sedales, anzuelos y redes;
mas peces hay que ni anzuelo ni sedal,
ni lazo, ni red, ni arte te harán dueño:
hay que tantearlos y aun cosquillearlos,
o no habrá quien los prenda, hagas lo que hagas.

¡De cuántos modos busca el cazador de aves
prender su presa!, que nombrarlos nadie sabe:

sus armas, redes, varetas, luz y esquila:
se arrastra, anda, se para; ¿y quién diría
todas sus posturas? Mas ninguna basta
a hacerle dueño de las aves que le plazcan.
Sí, ha de tañer y silbar por prender esta,
mas, si así lo hace, aquel pájaro pierde.

Si en la cabeza de un sapo mora una perla,
y en la concha de una ostra puede hallarse;
si lo que nada promete guarda dentro
algo mejor que el oro, ¿quién, teniendo
de ello un barrunto, desdeñará buscarlo

allí, por si lo halla? Pues mi librillo,
(aunque falto de esas pinturas que hacen
que a este o al otro hombre le sea grato)
no carece de cosas que aventajan
a cuanto en nociones vistosas y huecas mora.

«Con todo, no me quedo satisfecho
de que este libro tuyo aguante la prueba.»
¿Pues qué le falta? «Es oscuro.» ¿Y qué?
«Mas es fingido.» ¿Y eso qué, a tu ver?
Hay quien, con voces fingidas cual las mías,
hace la verdad centellear y lucir.

«Mas les falta solidez.» Di, hombre, tu sentir.
«Ahogan al débil; la metáfora nos ciega.»

Bien está la solidez en la pluma
de quien escribe a los hombres lo divino;
mas ¿he de carecer yo de ella porque
hablo por metáforas? ¿No dio Dios sus leyes,
sus leyes evangélicas, antiguamente,
por tipos, sombras y figuras? Y reacio
será todo hombre cuerdo a censurarlas,
no sea que le hallen acometiendo
la suma sabiduría. No: antes se inclina,
y busca hallar qué, por clavijas y lazadas,
por becerros y ovejas, novillas y carneros,
por aves, hierbas y sangre de corderos,
Dios le habla; y dichoso es aquel hombre
que halla la luz y la gracia que en ellos moran.

No te des tanta prisa, pues, a concluir
que me falta solidez, que soy grosero;
no es sólido cuanto sólido parece;
ni cuanto va en parábolas se desprecie;
no sea que recibamos lo más dañoso,
y nuestras almas de lo bueno se priven.

Mis palabras oscuras y nubladas guardan
la verdad, como el cofre encierra el oro.

Mucho usaron los profetas de metáforas
para mostrar la verdad; sí: quien mire a Cristo,
y a sus apóstoles, verá claramente
que aún hoy las verdades llevan tales mantos.

¿Temo acaso decir que la Escritura santa,
que en estilo y frase todo ingenio quebranta,
va por doquier henchida de estas cosas:
figuras oscuras, alegorías? Mas brotan
de ese mismo libro aquel lustre y los rayos
de luz que truecan nuestras noches en días.

Ea, mire su vida mi criticón,
y halle en ella renglones más oscuros
que cuantos halle en mi libro; y sepa, además,
que en sus mejores cosas hay peores renglones.

Póngannos solo ante jueces imparciales:
diez apuesto contra el pobre uno suyo,
a que entenderán mi intención en estos versos
mejor que sus mentiras en urnas de plata.
Pues la verdad, aunque en pañales, hallo,
que informa el juicio y rectifica la mente;
agrada al entendimiento, doblega
la voluntad; también llena la memoria
de aquello que a nuestra fantasía place;
y aun tiende a sosegar nuestras congojas.

Palabras sanas ha de usar Timoteo,
y ha de rehusar las fábulas de viejas;
mas en ninguna parte el grave Pablo
le vedó las parábolas, en que se escondían
aquel oro, esas perlas y piedras preciosas
dignas de excavar, y con sumo cuidado.

Déjame una palabra más. Oh hombre de Dios,
¿te ofendes? ¿Querías que hubiese yo
vestido mi materia de otro modo?
¿O que en las cosas fuera más expreso?

Tres cosas propondré; luego me rindo
a los que valen más, como es debido.

1. No hallo que se me niegue a mí el uso
de este mi método, con tal que abuso
no haga de voz, de cosa ni de lector;
ni sea grosero al manejar figura o símil,
al aplicarlos; mas que, en cuanto pueda,
busque avanzar la verdad por una u otra senda.
¿Negado, dije? No: tengo licencia
(y aun ejemplo, y de aquellos que agradaron
a Dios mejor, con sus palabras o caminos,
que hombre alguno que hoy respire en el mundo)
para expresar mi mente así, y declararte
así las cosas que son las más excelentes.
2. Veo que hombres (altos como árboles) escriben
en forma de diálogo; y nadie los desdeña
por escribir así; cierto es que, si abusan
de la verdad, malditos sean ellos y el arte
con que a tal fin lo hacen; mas quede libre
la verdad para asaltarte a ti y a mí
por donde a Dios le plazca; pues ¿quién sabe,
mejor que el que a arar nos enseñó primero,
guiar mente y pluma para su designio?
Y él hace que lo vil anuncie lo divino.
3. Veo que la Escritura en muchos pasos
se asemeja a este método, do los casos
piden usar de una cosa para mostrar otra;
puedo, pues, usarlo, sin ahogar por nada
los rayos de oro de la verdad; antes, por él,
hacer que los despida claros como el día.
Y ahora, antes de recoger mi pluma,
mostraré el provecho de mi libro, y luego
te encomendaré, a ti y a él, a aquella Mano
que abate al fuerte y al flaco pone en pie.

Este libro te traza ante los ojos
al hombre que busca el premio sempiterno;
te muestra de dónde viene y adónde va;
lo que deja sin hacer, y lo que obra;
te muestra también cómo corre y corre,
hasta llegar a la puerta de la gloria.

Muestra también quién corre a la vida con brío,
cual si la eterna corona hubiesen de alcanzar;
y aquí verás también la razón por la cual
pierden su trabajo y mueren como necios.

Este libro hará de ti un caminante,
si por su consejo quieres gobernarte;
él te encaminará a la Tierra Santa,
si sus indicaciones sabes entender:
sí: hará que el perezoso sea activo,
y que el ciego vea cosas de deleite.

¿Andas tras algo raro y provechoso?
¿Querías ver verdad dentro de una fábula?
¿Eres olvidadizo? ¿Querías acordarte
de Año Nuevo al último día de diciembre?
Lee mis fantasías: se pegan como abrojos,
y acaso al desvalido le sean consuelo.

Está escrito este libro en tal lenguaje
que puede conmover al ánimo más flojo:
parece novedad, y sin embargo encierra
solo sanas y honestas voces de Evangelio.

¿Quieres librarte de la melancolía?
¿Estar alegre y lejos de la necedad?
¿Leer enigmas y su explicación?
¿O anegarte del todo en tu contemplación?
¿Gustas de mondar la carne? ¿O quieres ver
a un hombre entre las nubes, y oírle hablar?
¿Estar en sueño y no dormir a un tiempo?
¿O en un instante reír y llorar?
¿Perderte a ti sin recibir daño alguno,

y hallarte otra vez sin hechizo ninguno?
¿Leerte a ti mismo, y leer no sabes qué,
y con todo saber si eres bendito o no,
leyendo esas mismas líneas? Oh, ven acá,
y junta mi libro, tu cabeza y tu pecho.

JOHN BUNYAN.

LA CIUDAD DE DESTRUCCIÓN

Mientras caminaba por el desierto de este mundo, llegué a cierto lugar donde había una Guarida, y me tendí allí a dormir; y, mientras dormía, soñé un sueño. Soñé, y he aquí que vi a un hombre vestido de harapos, de pie en cierto lugar, con el rostro vuelto de espaldas a su propia casa, un libro en la mano y una gran carga sobre las espaldas. [Is 64:6; Lc 14:33; Sal 38:4; Hab 2:2; Hch 16:30,31] Miré, y le vi abrir el libro y leer en él; y, mientras leía, lloraba y temblaba; y, no pudiendo ya contenerse, prorrumpió en un lamentable clamor, diciendo: «¿Qué haré?». [Hch 2:37]

En este trance, pues, se fue a casa y se contuvo cuanto pudo, para que su mujer y sus hijos no advirtieran su angustia; pero no pudo callar mucho tiempo, porque su congoja iba en aumento. Por lo cual, al fin, abrió su corazón a su mujer y a sus hijos, y así comenzó a hablarles: Oh, querida esposa mía, dijo, y vosotros, hijos de mis entrañas, yo, vuestro amado amigo, estoy deshecho en mí mismo a causa de una carga que pesa duramente sobre mí; y además, tengo noticia cierta de que esta nuestra ciudad será abrasada por fuego venido del cielo, en cuya espantosa ruina tanto yo, como tú, esposa mía, y vosotros, mis dulces hijos, pereceremos miserablemente, a menos que (lo cual aún no veo) se halle algún modo de escapar, por el que podamos ser librados. Ante esto, sus deudos quedaron sobremanera atónitos, no porque creyeran que lo que les había dicho fuese verdad, sino porque pensaron que algún trastorno frenético se le había metido en la cabeza; por lo cual, acercándose ya la noche, y esperando ellos que el sueño le asentara el juicio, lo llevaron a la cama con toda prisa. Pero la noche le fue tan penosa como el día, de modo que, en lugar de dormir, la pasó en suspiros y lágrimas. Así, cuando llegó la mañana, quisieron saber cómo estaba. Él les dijo: Cada vez peor; y se puso de nuevo a hablarles; pero ellos comenzaron a en-

durecerse. Pensaron también ahuyentarlo el mal con modos ásperos y hoscos hacia él; unas veces se burlaban, otras le reñían, y otras le desatendían del todo. Por lo cual comenzó a retirarse a su aposento, a orar por ellos y a compadecerlos, y también a lamentar su propia desdicha; y solía además pasear solitario por los campos, ora leyendo, ora orando; y así pasó su tiempo por algunos días.

Vi entonces que, cierta vez, mientras andaba por los campos, leía, como solía, en su libro, y estaba grandemente angustiado en su ánimo; y, mientras leía, prorrumpió, como había hecho antes, clamando: «¿Qué haré para ser salvo?».

Vi también que miraba a un lado y a otro, como si fuera a echar a correr; pero se quedaba quieto, porque, según pude percibir, no sabía hacia dónde ir. Miré entonces, y vi a un hombre llamado Evangelista que venía hacia él y le preguntó: ¿Por qué clamas? [Job 33:23]

Él respondió: Señor, por el libro que tengo en la mano advierto que estoy condenado a morir, y después de esto a venir a juicio [He 9:27]; y hallo que no estoy dispuesto a hacer lo primero [Job 16:21], ni soy capaz de hacer lo segundo. [Ez 22:14]

No bien deja Cristiano el Mundo, cuando le sale al paso Evangelista, que amorosamente le saluda con nuevas de otro lugar, y le muestra cómo remontarse a aquello de allá desde esto de aquí abajo.

Entonces dijo Evangelista: ¿Por qué no estás dispuesto a morir, ya que esta vida va acompañada de tantos males? El hombre respondió: Porque temo que esta carga que llevo sobre mis espaldas me hundirá más abajo que la sepultura, y caeré en el Tofet. [Is 30:33] Y, señor, si no estoy en condiciones de ir a prisión, no lo estoy, de seguro, para ir a juicio, y de allí a la ejecución; y el pensar en estas cosas es lo que me hace clamar.

Entonces dijo Evangelista: Si esa es tu condición, ¿por qué te quedas quieto? Él respondió: Porque no sé adónde ir. Entonces le dio un rollo de pergamino, y en él estaba escrito: Huye de la ira que ha de venir. [Mt 3:7]

El hombre, pues, lo leyó, y mirando a Evangelista con mucha atención, dijo: ¿Adónde he de huir? Entonces dijo Evangelista, señalando con el dedo sobre un campo muy dilatado: ¿Ves aquella puerta angosta? [Mt 7:13,14] El hombre dijo: No. Entonces dijo el otro: ¿Ves aquella luz resplandeciente?

[Sal 119:105; 2 P 1:19] Él dijo: Creo que sí. Entonces dijo Evangelista: No apartes de ella los ojos, y camina derecho hacia allá; así verás la puerta, a la cual, cuando llames, se te dirá lo que has de hacer.

Así vi en mi sueño que el hombre echó a correr.

No se había alejado mucho de la puerta de su casa, cuando su mujer y sus hijos, al advertirlo, comenzaron a gritarle que volviera; pero el hombre se tapó los oídos con los dedos, y siguió corriendo, clamando: ¡Vida! ¡vida! ¡vida eterna! [Lc 14:26] Así que no miró atrás, sino que huyó hacia la mitad de la llanura. [Gn 19:17]

Salieron también los vecinos a verle correr [Jer 20:10]; y, mientras corría, unos se burlaban, otros le amenazaban, y otros le gritaban que volviera; y, entre estos, hubo dos que resolvieron traerlo de vuelta por la fuerza. El nombre de uno era Obstinado, y el del otro, Flexible. Para entonces, el hombre les llevaba ya buena distancia; pero, con todo, ellos estaban resueltos a perseguirle, y así lo hicieron, y en poco tiempo le dieron alcance. Entonces dijo el hombre: Vecinos, ¿a qué habéis venido? Ellos dijeron: A persuadirte de que vuelvas con nosotros. Pero él dijo: Eso de ningún modo puede ser; vosotros moráis, dijo, en la Ciudad de Destrucción, el lugar donde yo también nací: lo veo así; y, muriendo allí, tarde o temprano os hundiréis más abajo que la sepultura, en un lugar que arde con fuego y azufre: contentaos, buenos vecinos, y venid conmigo.

OBST. ¡Cómo! dijo Obstinado, ¿y dejar atrás a nuestros amigos y nuestras comodidades?

CRIST. Sí, dijo Cristiano —que así se llamaba—, porque TODO lo que habéis de abandonar no es digno de compararse con un poco de lo que yo busco gozar [2 Co 4:18]; y, si vais conmigo y perseveráis en ello, os irá como a mí mismo; porque allí, adonde voy, hay de sobra y para repartir. [Lc 15:17] Venid, y comprobad mis palabras.

OBST. ¿Qué son esas cosas que buscas, ya que dejas todo el mundo por encontrarlas?

CRIST. Busco una herencia incorruptible, inmaculada y que no se marchita [1 P 1:4], reservada en los cielos, y allí segura [He 11:16], para ser otorgada, en el tiempo señalado, a los que diligentemente la buscan. Léelo así, si quieres, en mi libro.

OBST. ¡Bah! dijo Obstinado, quita allá tu libro; ¿vas a volver con nosotros o no?

CRIST. No, yo no, dijo el otro, porque he puesto mi mano en el arado. [Lc 9:62]

OBST. Vamos, entonces, vecino Flexible, volvámonos y vayámonos a casa sin él; hay toda una cuadrilla de estos majaderos cabezas de chorlito que, cuando se les mete una idea entre ceja y ceja, se creen más sabios en su propia opinión que siete hombres capaces de dar razón. [Pr 26:16]

FLEX. Entonces dijo Flexible: No insultes; si lo que dice el buen Cristiano es verdad, las cosas que busca son mejores que las nuestras: mi corazón se inclina a ir con mi vecino.

OBST. ¡Cómo! ¿otro loco más? Déjate guiar por mí, y vuelve; ¿quién sabe adónde te llevará un tipo tan trastornado de la cabeza? Vuelve, vuelve, y sé sensato.

CRIST. No, ven tú más bien con tu vecino, Flexible; hay cosas como las que te he dicho que se pueden alcanzar, y muchas más gloriosas todavía. Si no me crees a mí, lee aquí en este libro; y en cuanto a la verdad de lo que en él se expresa, he aquí que todo está confirmado por la sangre de Aquel que lo hizo. [He 9:17-22; 13:20]

FLEX. Bien, vecino Obstinado, dijo Flexible, empiezo a decidirme; tengo intención de ir con este buen hombre, y de echar mi suerte con la suya: pero, buen compañero mío, ¿conoces tú el camino hasta ese lugar deseado?

CRIST. Un hombre, cuyo nombre es Evangelista, me ha indicado que me apresure hacia una puertecilla que tenemos delante, donde recibiremos instrucciones sobre el camino.

FLEX. Ven, entonces, buen vecino, pongámonos en marcha. Y así se fueron ambos juntos.

OBST. Y yo volveré a mi lugar, dijo Obstinado; no seré compañero de semejantes fantasiosos descarriados.

Vi entonces en mi sueño que, cuando Obstinado se hubo vuelto, Cristiano y Flexible siguieron caminando y hablando por la llanura; y así comenzaron su plática.

CRIST. Ven, vecino Flexible, ¿cómo estás? Me alegro de que te hayas persuadido a venir conmigo. Si el mismo Obstinado hubiese sentido lo que yo he sentido de los poderes y terrores de lo que aún no se ve, no nos habría vuelto la espalda tan a la ligera.

FLEX. Vamos, vecino Cristiano, ya que aquí no estamos más que nosotros dos, cuéntame ahora con más detalle cuáles son esas cosas, y cómo se han de gozar, adonde vamos.

CRIST. Mejor puedo concebirlas con la mente que expresarlas con la lengua. Son cosas de Dios, inefables; pero, ya que deseas saberlo, te las leeré en mi libro.

FLEX. ¿Y crees que las palabras de tu libro son ciertamente verdaderas?

CRIST. Sí, en verdad; porque lo hizo Aquel que no puede mentir. [Tit 1:2]

FLEX. Bien dicho; ¿y qué cosas son esas?

CRIST. Hay un reino sin fin que habitar, y una vida eterna que se nos ha de dar, para que habitemos ese reino para siempre. [Is 45:17; Jn 10:28,29]

FLEX. Bien dicho; ¿y qué más?

CRIST. Se nos han de dar coronas y gloria, y vestiduras que nos harán resplandecer como el sol en el firmamento del cielo. [2 Ti 4:8; Ap 3:4; Mt 13:43]

FLEX. Esto es muy grato; ¿y qué más?

CRIST. Ya no habrá más llanto, ni Tristeza; porque Aquel que es Dueño del lugar enjugará toda lágrima de nuestros ojos. [Is 25:6-8; Ap 7:17, 21:4]

FLEX. ¿Y qué compañía tendremos allí?

CRIST. Allí estaremos con serafines y querubines, criaturas que deslumbrarán tus ojos con solo miraras. [Is 6:2] Allí también hallarás a millares y decenas de millares que se nos han adelantado a ese lugar; ninguno de ellos hace daño, sino que son amorosos y santos; cada uno andando a la vista de Dios, y estando en su presencia con aceptación para siempre. [1 Ts 4:16,17; Ap 5:11] En una palabra, allí veremos a los ancianos con sus coronas de oro [Ap 4:4], allí veremos a las santas vírgenes con sus arpas de oro [Ap 14:1-5], allí veremos a hombres que por el mundo fueron descuartizados, quema-

dos en llamas, devorados por fieras, ahogados en los mares, por el amor que tuvieron al Señor de aquel lugar, todos sanos, y vestidos de inmortalidad como de un ropaje. [Jn 12:25; 2 Co 5:4]

FLEX. Solo con oír esto basta para arrebatarse el corazón. Pero ¿se pueden gozar en verdad estas cosas? ¿Cómo llegaremos a ser partícipes de ellas?

CRIST. El Señor, el Gobernador de aquel país, lo ha dejado escrito en este libro; y la sustancia de ello es que, si de veras estamos dispuestos a recibirlo, él nos lo otorgará gratuitamente.

FLEX. Bien, buen compañero mío, me alegro de oír estas cosas: vamos, apresuremos el paso.

CRIST. No puedo ir tan rápido como quisiera, a causa de esta carga que llevo sobre mis espaldas.

EL PANTANO DEL DESALIENTO

Vi entonces en mi sueño que, justo cuando habían acabado esta plática, se acercaron a un lodazal muy cenagoso que había en medio de la llanura; y ellos, sin reparar en él, cayeron de pronto los dos en el fangal. El nombre del lodazal era Desaliento. Allí, pues, se revolcaron un rato, embarrados lastimosamente de lodo; y Cristiano, a causa de la carga que llevaba sobre las espaldas, comenzó a hundirse en el fango.

FLEX. Entonces dijo Flexible: ¡Ah, vecino Cristiano! ¿dónde estás ahora?

CRIST. En verdad, dijo Cristiano, no lo sé.

FLEX. Con esto, Flexible comenzó a ofenderse, y dijo airadamente a su compañero: ¿Es esta la dicha de la que tanto me has hablado hasta ahora? Si tan mal nos va desde el principio de nuestro camino, ¿qué podemos esperar entre esto y el fin de nuestro viaje? Como salga yo de aquí con vida, te quedarás tú solo con el buen país. Y, dicho esto, dio uno o dos forcejeos desesperados, y salió del fango por el lado del lodazal más próximo a su propia casa; y así se fue, y Cristiano no volvió a verle.

Así quedó Cristiano solo, revolcándose en el Pantano del Desaliento; pero, con todo, procuró forcejear hacia el lado del lodazal más alejado de su propia casa, y más cercano a la Puerta Angosta; lo cual hizo, mas no pudo salir, a causa de la carga que llevaba sobre las espaldas. Pero vi en mi sueño que un hombre vino hacia él, cuyo nombre era Auxilio, y le preguntó qué hacía allí.

CRIST. Señor, dijo Cristiano, un hombre llamado Evangelista me mandó ir por este camino, y me indicó también aquella puerta de allá, para que pu-

diera escapar de la ira venidera; y, mientras iba hacia allí, caí aquí.

AUXILIO. Pero ¿por qué no buscaste los escalones?

CRIST. El miedo me perseguía tan de cerca, que huí por el camino más corto, y caí dentro.

AUXILIO. Entonces dijo él: Dame tu mano. Y él le dio la mano, y le sacó, y le puso sobre terreno firme, y le mandó proseguir su camino. [Sal 40:2]

Entonces me acerqué a aquel que le había sacado, y le dije: Señor, ya que por este paraje pasa el camino desde la Ciudad de Destrucción hasta aquella puerta, ¿por qué no se repara este tramo, para que los pobres caminantes puedan ir por él con más seguridad? Y él me dijo: Este lodazal cenagoso es un lugar que no se puede reparar; es la hondonada adonde van a parar sin cesar la escoria y la inmundicia que acompañan a la convicción de pecado, y por eso se llama el Pantano del Desaliento; porque, según el pecador va despertando a su condición perdida, se levantan en su alma muchos temores, dudas y aprensiones desalentadoras, que todos juntos se reúnen y se asientan en este lugar. Y esta es la razón de la maldad de este terreno.

No es del agrado del Rey que este lugar siga así de malo. [Is 35:3,4] Sus obreros también han estado empleados, por indicación de los agrimensores de Su Majestad, más de mil seiscientos años en este pedazo de terreno, por si acaso pudiera repararse; y, a mi saber, dijo él, aquí se han tragado al menos veinte mil carretadas, sí, millones de saludables instrucciones, traídas en todo tiempo de todos los rincones de los dominios del Rey; y los que entienden de ello dicen que son los mejores materiales para hacer buen terreno de este lugar; si acaso pudiera repararse; pero sigue siendo el Pantano del Desaliento, y así seguirá siendo cuando hayan hecho todo lo que puedan.

Es verdad que hay, por indicación del Legislador, ciertos escalones buenos y firmes, colocados justo en medio de este lodazal; pero, en las ocasiones en que este lugar vomita en abundancia su inmundicia, como suele hacer con el cambio de tiempo, apenas se ven esos escalones; o, si se ven, los hombres, por el vértigo de sus cabezas, pisan a un lado, y entonces se enlodan de veras, aunque los escalones estén allí; pero el terreno es bueno una vez que han entrado por la puerta. [1 S 12:23]

EL SEÑOR SABIO MUNDANO

Vi entonces en mi sueño que, para entonces, Flexible ya había vuelto a su casa, de modo que sus vecinos vinieron a visitarle; y algunos de ellos le llamaron hombre sabio por haber vuelto, y otros le llamaron necio por haberse arriesgado con Cristiano; otros, en cambio, se burlaban de su cobardía, diciendo: A fe mía que, ya que empezaste a aventurarte, yo no habría sido tan cobarde como para desistir por unas pocas dificultades. Así que Flexible se quedaba encogido entre ellos. Pero al fin cobró más ánimo, y entonces todos cambiaron de tono, y empezaron a burlarse del pobre Cristiano a sus espaldas. Y esto es todo cuanto toca a Flexible.

Iba Cristiano caminando solo, cuando divisó a lo lejos a uno que venía cruzando el campo a su encuentro; y quiso la suerte que se cruzaran justo al atravesar cada uno el camino del otro. El nombre del caballero que le salió al paso era el señor Sabio Mundano; moraba en la villa de Política Carnal, villa muy grande, y también cercana a aquella de donde venía Cristiano. Este hombre, pues, al encontrarse con Cristiano, y teniendo cierto barrunto de él —porque la partida de Cristiano desde la Ciudad de Destrucción se había divulgado mucho, no solo en la villa donde él moraba, sino que ya empezaba a ser comidilla en algunos otros lugares—, el señor Sabio Mundano, teniendo pues alguna sospecha de quién era, al ver su fatigoso andar, al notar sus suspiros y gemidos, y cosas semejantes, comenzó así a entablar plática con Cristiano.

MUND. ¿Cómo va eso, buen hombre? ¿Adónde vas, tan cargado de ese modo?

CRIST. Cargado, en verdad, como pocas pobres criaturas lo habrán estado jamás, pienso yo. Y en cuanto a lo que me preguntas, ¿adónde voy?, te

digo, señor, que voy a aquella puerta angosta que tengo delante; porque allí, según se me ha informado, se me pondrá en camino de librarme de mi pesada carga.

MUND. ¿Tienes mujer e hijos?

CRIST. Sí; pero estoy tan cargado con esta carga que no puedo hallar en ellos el placer que antes; me parece como si no los tuviera. [1 Co 7:29]

MUND. ¿Me escucharás si te doy un consejo?

CRIST. Si es bueno, lo escucharé; pues tengo necesidad de buen consejo.

MUND. Te aconsejaría, pues, que con toda prisa te libres de tu carga; porque nunca tendrás sosiego en tu ánimo hasta entonces, ni podrás gozar de los beneficios de la bendición que Dios te ha otorgado hasta entonces.

CRIST. Eso es precisamente lo que busco, librarme de esta pesada carga; pero quitármela yo mismo no puedo, ni hay hombre alguno en nuestro país que pueda quitármela de los hombros; por eso voy por este camino, como te he dicho, para librarme de mi carga.

MUND. ¿Quién te mandó ir por este camino para librarte de tu carga?

CRIST. Un hombre que me pareció persona muy grande y honorable; su nombre, según recuerdo, es Evangelista.

MUND. ¡Maldito sea por su consejo! No hay camino más peligroso y penoso en el mundo que aquel al que te ha dirigido; y así lo comprobarás, si te dejas gobernar por su consejo. Ya has tropezado con algo, según veo, pues advierto sobre ti el lodo del Pantano del Desaliento; pero ese lodazal no es sino el principio de los pesares que aguardan a quienes prosiguen por ese camino. Escúchame, que soy mayor que tú: es probable que encuentres, en el camino que sigues, fatiga, dolor, hambre, peligros, desnudez, espada, leones, dragones, tinieblas, y, en una palabra, la muerte, ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Estas cosas son ciertamente verdaderas, y han sido confirmadas por muchos testimonios. Y ¿por qué habría de perderse un hombre tan a la ligera, dando oídos a un extraño?

CRIST. Pues bien, señor, esta carga que llevo sobre mis espaldas me resulta más terrible que todas esas cosas que has mencionado; es más, me parece que no me importa lo que encuentre en el camino, con tal de que también pueda encontrar la liberación de mi carga.

MUND. ¿Cómo te viste con esa carga al principio?

CRIST. Leyendo este libro que llevo en la mano.

MUND. Ya me lo figuraba; y te ha sucedido lo mismo que a otros hombres débiles, que, metiéndose en cosas demasiado altas para ellos, caen de pronto en trastornos como el tuyo; trastornos que no solo desalientan a los hombres, como veo que te han hecho a ti, sino que los lanzan a aventuras desesperadas para alcanzar no saben qué.

CRIST. Yo sé bien lo que quiero alcanzar: alivio para mi pesada carga.

MUND. Pero ¿por qué buscas el alivio por este camino, viendo que le acompañan tantos peligros? sobre todo cuando, si tuvieras paciencia para escucharme, yo podría dirigirte a obtener lo que deseas, sin los peligros en que por este camino te vas a meter; sí, y el remedio está a mano. Además, añadiré que, en vez de esos peligros, hallarás mucha seguridad, amistad y contento.

CRIST. Te ruego, señor, que me reveles ese secreto.

MUND. Pues bien, en aquella aldea de allá —la aldea se llama Moralidad— vive un caballero cuyo nombre es Legalidad, hombre muy juicioso y de muy buen nombre, que tiene habilidad para ayudar a los hombres a quitarse de los hombros cargas como la tuya; sí, y a mi saber, ha hecho mucho bien de este modo; y además, tiene habilidad para curar a los que están algo trastornados de juicio por sus cargas. A él, como te digo, puedes ir, y serás ayudado al instante. Su casa no queda ni a kilómetro y medio de aquí, y si él no estuviera en casa, tiene un joven muy apuesto por hijo, de nombre Civilidad, que puede hacerlo (por así decirlo) tan bien como el propio caballero; allí, te digo, podrás verte aliviado de tu carga; y si no tienes intención de volver a tu antigua morada, cosa que, ciertamente, no te aconsejaría, puedes mandar traer a tu mujer y tus hijos a esta aldea, donde hay ahora casas vacías, una de las cuales podrías tener a precio razonable; también los víveres son allí baratos y buenos; y lo que hará tu vida más feliz aún es que, sin duda, vivirás allí entre vecinos honrados, con crédito y buena reputación.

Quedó entonces Cristiano algo indeciso; pero al instante concluyó: si es verdad lo que este caballero ha dicho, mi camino más prudente es seguir su consejo; y con esto habló de nuevo así.

CRIST. Señor, ¿cuál es mi camino hasta la casa de ese hombre honrado?

MUND. ¿Ves aquella colina de allá?

CRIST. Sí, muy bien.

MUND. Debes ir junto a esa colina, y la primera casa a la que llegues es la suya.

Así que Cristiano se desvió de su camino para ir a la casa del señor Legalidad en busca de ayuda; pero, he aquí que, cuando ya estaba cerca de la colina, esta le pareció tan alta, y además el lado que daba al camino colgaba de tal modo sobre él, que Cristiano tuvo miedo de aventurarse más allá, no fuera a caerle la colina sobre la cabeza; por lo cual se detuvo allí, sin saber qué hacer. También su carga le pareció entonces más pesada que mientras iba por su camino. Salían además de la colina destellos de fuego, que hicieron temer a Cristiano que fuera a quemarse. [Ex 19:16,18] Allí, pues, sudó y tembló de miedo. [He 12:21]

Cuando el cristiano al hombre carnal escucha, de su camino se aparta, y bien caro lo paga; pues el señor Sabio Mundano solo sabe mostrar al santo el camino a la esclavitud y la desgracia.

Y entonces comenzó a arrepentirse de haber seguido el consejo del señor Sabio Mundano. Y en esto vio a Evangelista que venía a su encuentro; y, al verle, comenzó a ruborizarse de vergüenza. Así que Evangelista se fue acercando cada vez más; y, llegando junto a él, le miró con semblante severo y terrible, y así comenzó a razonar con Cristiano.

EVANG. ¿Qué haces aquí, Cristiano?, le dijo; a estas palabras, Cristiano no supo qué responder, y por el momento se quedó mudo delante de él. Entonces dijo Evangelista además: ¿No eres tú el hombre que hallé clamando fuera de los muros de la Ciudad de Destrucción?

CRIST. Sí, querido señor, yo soy ese hombre.

EVANG. ¿No te indiqué yo el camino hacia la puertecilla angosta?

CRIST. Sí, querido señor, dijo Cristiano.

EVANG. ¿Cómo es, entonces, que te has desviado tan pronto? porque ahora estás fuera del camino.

CRIST. Me encontré con un caballero apenas hube pasado el Pantano del Desaliento, quien me persuadió de que en la aldea que tenía delante podría

hallar a un hombre que me quitara mi carga.

EVANG. ¿Quién era?

CRIST. Tenía aspecto de caballero, y me habló largamente, y logró al fin que cediera; así que vine aquí; pero, al ver esta colina, y cómo cuelga sobre el camino, me detuve de pronto, temiendo que fuera a caerme encima.

EVANG. ¿Qué te dijo ese caballero?

CRIST. Pues me preguntó adónde iba, y se lo dije.

EVANG. ¿Y qué dijo entonces?

CRIST. Me preguntó si tenía familia. Y se lo dije. Pero, le dije, estoy tan cargado con la carga que llevo sobre las espaldas, que no puedo hallar en ellos el placer que antes.

EVANG. ¿Y qué dijo entonces?

CRIST. Me mandó que con prisa me librara de mi carga; y yo le dije que era alivio lo que buscaba. Y le dije: por eso voy hacia aquella puerta de allá, a recibir más instrucciones sobre cómo llegar al lugar de la liberación. Entonces me dijo que me mostraría un camino mejor, y más corto, no tan lleno de dificultades como el camino, señor, en que tú me pusiste; camino que, según dijo, me llevaría a la casa de un caballero que tiene habilidad para quitar estas cargas; así que le creí, y me desvié de aquel camino a este, por si acaso podía verme pronto aliviado de mi carga. Pero, cuando llegué a este lugar, y vi las cosas tal como son, me detuve por miedo (como he dicho) del peligro; y ahora no sé qué hacer.

EVANG. Entonces dijo Evangelista: Detente un poco, que quiero mostrarte las palabras de Dios. Así que se quedó él temblando. Entonces dijo Evangelista: «Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desearon al que hablaba en la tierra, mucho menos escaparemos nosotros si desechamos al que habla desde el cielo.» [He 12:25] Dijo además: «Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma.» [He 10:38] Y así se lo aplicó: Tú eres el hombre que corre hacia esta desdicha; has comenzado a rechazar el consejo del Altísimo, y a retirar tu pie del camino de la paz, casi hasta arriesgar tu perdición.

Entonces Cristiano cayó a sus pies como muerto, clamando: «¡Ay de mí, que estoy perdido!». Al ver esto, Evangelista le tomó de la mano derecha,

diciendo: «Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres.» [Mt 12:31; Mr 3:28] «No seas incrédulo, sino creyente.» [Jn 20:27] Entonces Cristiano volvió a reanimarse un poco, y se puso de pie temblando, como al principio, delante de Evangelista.

Entonces Evangelista prosiguió, diciendo: Presta ahora más atenta oídos a las cosas que voy a decirte. Te mostraré ahora quién fue el que te engañó, y también a quién fue el que él te envió. El hombre que te salió al encuentro es uno llamado Sabio Mundano, y con razón se le llama así; en parte, porque solo gusta de la doctrina de este mundo [1 Jn 4:5] (por eso siempre va a la iglesia de la aldea de Moralidad); y en parte porque ama esa doctrina sobre todas, pues es la que mejor le libra de la cruz [Gá 6:12]. Y como es de este temple carnal, procura pervertir mis caminos, aunque rectos. Hay ahora tres cosas en el consejo de este hombre que debes aborrecer del todo.

1. El haberte desviado del camino. 2. El haberse esforzado en hacerte odiosa la cruz. Y 3. El haber puesto tus pies en ese camino que lleva a la administración de la muerte.

Primero, debes aborrecer el haberte desviado del camino, y tu propio consentimiento en ello; porque esto es rechazar el consejo de Dios por el consejo de un Sabio Mundano. Dice el Señor: «Esforzaos por entrar por la puerta angosta» [Lc 13:24], la puerta a la que yo te envié; porque «angosta es la puerta que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.» [Mt 7:14] De esta puertecilla angosta, y del camino que a ella conduce, te ha desviado este hombre malvado, hasta traerte casi a la destrucción; aborrece, pues, el que te haya desviado del camino, y abomínate a ti mismo por haberle escuchado.

Segundo, debes aborrecer el que se haya esforzado en hacerte odiosa la cruz; pues has de preferirla «antes que los tesoros de Egipto.» [He 11:25,26] Además, el Rey de gloria te ha dicho que el que «quisiere salvar su vida, la perderá.» [Mr 8:35; Jn 12:25; Mt 10:39] Y: «El que viene en pos de mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.» [Lc 14:26] Digo, pues, que el que un hombre se esfuerce en persuadirte de que ha de ser tu muerte aquello sin lo cual, según ha dicho LA VERDAD, no puedes tener vida eterna, es doctrina que debes aborrecer.

Tercero, debes odiar el que haya puesto tus pies en el camino que lleva a la administración de la muerte. Y para esto debes considerar a quién te envió, y también cuán incapaz era esa persona de librarte de tu carga.

Aquel a quien fuiste enviado en busca de alivio, de nombre Legalidad, es hijo de la esclava que ahora es, y está en esclavitud junto con sus hijos [Gá 4:21-27]; y es, en misterio, este mismo monte Sinaí, que has temido que caiga sobre tu cabeza. Ahora bien, si ella, con sus hijos, está en esclavitud, ¿cómo puedes esperar ser hecho libre por ellos? Este Legalidad, por tanto, no es capaz de librarte de tu carga. Ningún hombre se ha librado jamás de su carga por medio de él; no, ni es probable que lo consiga jamás: no podéis ser justificados por las obras de la ley; porque por las obras de la ley ningún hombre viviente puede librarse de su carga; por lo cual, el señor Sabio Mundano es un extraño, y el señor Legalidad es un embaucador; y en cuanto a su hijo Civilidad, a pesar de su semblante afable, no es más que un hipócrita, y no puede ayudarte. Créeme, no hay nada en todo este ruido que has oído de estos hombres necios, sino un designio de engañarte y privarte de tu salvación, apartándote del camino en que yo te había puesto. Tras esto, Evangelista clamó en voz alta a los cielos pidiendo confirmación de lo que había dicho; y al instante salieron palabras y fuego del monte bajo el cual se hallaba el pobre Cristiano, que le pusieron los pelos de punta. Las palabras fueron pronunciadas así: «Malditos todos los que son de las obras de la ley; porque escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas.» [Gá 3:10]

No esperaba entonces Cristiano sino la muerte, y comenzó a clamar lastimosamente, maldiciendo incluso la hora en que se había encontrado con el señor Sabio Mundano; llamándose a sí mismo mil veces necio por haber escuchado su consejo; y sentía además gran vergüenza al pensar que los argumentos de aquel caballero, que no fluían sino de la carne, hubieran tenido tal poder sobre él como para hacerle abandonar el camino recto. Hecho esto, se dirigió de nuevo a Evangelista, con palabras y sentido como sigue:

CRIST. Señor, ¿qué te parece? ¿Hay esperanza? ¿Puedo ahora volver atrás y subir hasta la puerta angosta? ¿No seré rechazado por esto, y enviado de vuelta avergonzado? Me arrepiento de haber escuchado el consejo de ese hombre. Pero ¿podrá perdonarse mi pecado?

EVANG. Entonces le dijo Evangelista: Tu pecado es muy grande, porque con él has cometido dos males: has abandonado el camino que es bueno, para andar por sendas prohibidas; con todo, el hombre de la puerta te recibirá, porque tiene buena voluntad para con los hombres; solo, dijo, ten cuidado de no volver a desviarte, «no sea que perezcáis en el camino, pues se inflama de pronto su ira.» [Sal 2:12] Entonces se dispuso Cristiano a volver; y Evangelista, después de besarle, le dedicó una sonrisa, y le deseó buen viaje. Así que prosiguió con prisa, y no habló con nadie por el camino; ni, si alguien le preguntaba, se dignaba a responderle. Iba como quien todo el tiempo pisara terreno prohibido, y de ningún modo podía sentirse seguro, hasta que de nuevo se hallara en el camino que había dejado por seguir el consejo del señor Sabio Mundano. Así, con el tiempo, llegó Cristiano hasta la puerta. Y sobre la puerta estaba escrito: «Llamad, y se os abrirá.» [Mt 7:8]

LA PUERTA ANGOSTA

"Quien quiera entrar, ha de quedarse fuera llamando a la Puerta, y no dudar siquiera de que quien llama, al fin, dentro entrará; pues Dios puede amarlo y su pecado perdonará."

Llamó, pues, más de una o dos veces, diciendo—

"¿Podré entrar ya? ¿Me abrirá él desde dentro a mí, tan triste, aunque rebelde haya sido e indigno? Entonces, sin descanso, no dejaré de cantar su alabanza eterna en lo alto."

Al fin vino a la puerta una persona grave, llamada Buena-voluntad, que preguntó quién estaba allí, de dónde venía y qué quería.

CRIST. Aquí hay un pobre pecador cargado. Vengo de la Ciudad de Destrucción, mas voy al monte Sión, para ser librado de la ira venidera. Quisiera, pues, señor, ya que se me ha informado de que por esta puerta pasa el camino hacia allá, saber si estás dispuesto a dejarme entrar.

B. VOLUNTAD. Con toda mi alma lo estoy, dijo él; y con esto abrió la puerta.

Así que, cuando Cristiano estaba entrando, el otro le dio un tirón. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa eso? El otro se lo dijo: A poca distancia de esta puerta se levanta un castillo fuerte, del cual Beelzebú es el capitán; desde allí, tanto él como los que están con él disparan flechas a los que se acercan a esta puerta, por si acaso pueden morir antes de poder entrar.

Entonces dijo Cristiano: Me regocijo y tiemblo. Así que, cuando ya había entrado, el hombre de la puerta le preguntó quién le había dirigido hasta

allí.

CRIST. Evangelista me mandó venir aquí, y llamar (como hice); y dijo que tú, señor, me dirías lo que debo hacer.

B. VOLUNTAD. Una puerta abierta se ha puesto delante de ti, y nadie puede cerrarla.

CRIST. Ahora empiezo a recoger los frutos de mis riesgos.

B. VOLUNTAD. Pero ¿cómo es que has venido solo?

CRIST. Porque ninguno de mis vecinos vio su peligro, como yo vi el mío.

B. VOLUNTAD. ¿Supo alguno de ellos que venías?

CRIST. Sí; mi mujer y mis hijos me vieron al principio, y me llamaban a voces para que volviera; también algunos vecinos se quedaron gritando y llamándome para que regresara; pero me tapé los oídos con los dedos, y así seguí mi camino.

B. VOLUNTAD. Pero ¿ninguno de ellos te siguió, para persuadirte de volver?

CRIST. Sí, tanto Obstinado como Flexible; pero, cuando vieron que no podían convencerme, Obstinado se volvió despotricando, mientras que Flexible vino conmigo un trecho.

B. VOLUNTAD. Pero ¿por qué no llegó hasta el final?

CRIST. Es cierto que vinimos juntos, hasta que llegamos al Pantano del Desaliento, en el cual caímos también de pronto los dos. Y entonces mi vecino Flexible se desalentó, y no quiso aventurarse más allá. Por lo cual, saliendo de nuevo por el lado más cercano a su propia casa, me dijo que yo me quedara solo con el buen país por él; así que él siguió su camino, y yo el mío: él tras Obstinado, y yo hacia esta puerta.

B. VOLUNTAD. Entonces dijo Buena-voluntad: ¡Ay, pobre hombre! ¿Es de tan poca estima para él la gloria celestial, que no la considera digna de correr el riesgo de unas pocas dificultades para alcanzarla?

CRIST. En verdad, dijo Cristiano, he dicho la verdad acerca de Flexible; y si dijera también toda la verdad acerca de mí mismo, se vería que no hay

mejora alguna entre él y yo. Es cierto que él volvió a su propia casa, pero yo también me desvié para ir por el camino de la muerte, persuadido a ello por los argumentos carnales de cierto señor Sabio Mundano.

B. VOLUNTAD. ¡Ah! ¿te salió al paso? ¡Cómo! Quería que buscaras alivio de manos del señor Legalidad. Ambos son un puro engaño. Pero ¿seguiste su consejo?

CRIST. Sí, en cuanto me atreví; fui a buscar al señor Legalidad, hasta que creí que la montaña que hay junto a su casa iba a caerme encima; por lo cual me vi obligado a detenerme allí.

B. VOLUNTAD. Esa montaña ha sido la muerte de muchos, y será la muerte de muchos más; bien está que escaparas de que te hiciera pedazos.

CRIST. Pues, en verdad, no sé qué habría sido de mí allí, si Evangelista no me hubiera salido dichosamente al encuentro otra vez, mientras yo cavilaba en medio de mi abatimiento; pero fue misericordia de Dios que viniera a mí de nuevo, pues de otro modo nunca habría llegado hasta aquí. Mas ahora he llegado, tal cual soy, más digno, en verdad, de morir por esa montaña, que de estar así hablando con mi señor; pero, ¡oh, qué favor es este para mí, que aun así se me admita la entrada aquí!

B. VOLUNTAD. No ponemos objeción alguna a nadie, sea lo que sea lo que haya hecho antes de llegar aquí. En ninguna manera son echados fuera [Jn 6:37]; y por eso, buen Cristiano, ven un trecho conmigo, y te enseñaré el camino que has de seguir. Mira delante de ti; ¿ves este camino angosto? ESE es el camino que has de seguir; fue trazado por los patriarcas, los profetas, Cristo y sus apóstoles; y es tan recto como puede hacerlo una regla. Este es el camino que has de seguir.

CRIST. Pero, dijo Cristiano, ¿no hay recodos ni desvíos por donde un extraño pueda perder el camino?

B. VOLUNTAD. Sí, hay muchos caminos que desembocan en este, y son tortuosos y anchos. Pero así podrás distinguir el bueno del malo: el bueno es el único recto y angosto. [Mt 7:14]

Vi entonces en mi sueño que Cristiano le preguntó además si no podría ayudarle a quitarse la carga que llevaba sobre las espaldas; pues aún no se había librado de ella, ni podía de ningún modo quitársela sin ayuda.

Él le dijo: En cuanto a tu carga, conténtate con llevarla, hasta que llegues al lugar de la liberación; porque allí caerá de tus espaldas por sí sola.

LA CASA DEL INTÉRPRETE

Entonces Cristiano empezó a ceñirse los lomos y a disponerse para su viaje. Así que el otro le dijo que, para cuando se hubiera alejado algo de la puerta, llegaría a la casa del Intérprete, a cuya puerta debía llamar, y él le mostraría cosas excelentes. Entonces Cristiano se despidió de su amigo, y este volvió a desearle buen viaje.

Entonces siguió andando hasta que llegó a la casa del Intérprete, donde llamó una y otra vez; al fin vino alguien a la puerta y preguntó quién estaba allí.

CRIST. Señor, aquí hay un caminante a quien un conocido del buen hombre de esta casa le mandó que llamase aquí para su provecho; quisiera, pues, hablar con el amo de la casa. Así que este llamó al amo de la casa, quien, al poco tiempo, se presentó ante Cristiano y le preguntó qué quería.

CRIST. Señor, dijo Cristiano, soy un hombre que viene de la Ciudad de Destrucción y va camino del monte Sión; y el hombre que está en la puerta, a la cabeza de este camino, me dijo que si llamaba aquí, tú me mostrarías cosas excelentes que me ayudarían en mi viaje.

INTÉRP. Entonces dijo el Intérprete: Entra; te mostraré lo que te será de provecho. Y mandó a su criado que encendiese la vela, y ordenó a Cristiano que le siguiera; así lo llevó a un aposento privado y mandó a su criado que abriera una puerta; y cuando lo hubo hecho, Cristiano vio colgado en la pared el retrato de una persona muy grave; y así era su figura. Tenía los ojos alzados al cielo, el mejor de los libros en la mano, la ley de la verdad escrita en los labios, el mundo a la espalda. Estaba en pie como quien suplica a los hombres, y una corona de oro pendía sobre su cabeza.

CRIST. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto?

INTÉRPRE. El hombre cuyo retrato es este es uno entre mil; puede engendrar hijos [1 Co 4:15], sufrir dolores de parto por ellos [Gá 4:19] y criarlos él mismo cuando han nacido. Y en cuanto le ves con los ojos alzados al cielo, el mejor de los libros en la mano y la ley de la verdad escrita en los labios, es para mostrarte que su obra es conocer y desentrañar a los pecadores las cosas oscuras; así como también le ves en pie como quien suplica a los hombres; y en cuanto ves el mundo echado tras él, y que una corona pende sobre su cabeza, es para mostrarte que, por menospreciar y despreciar las cosas presentes, por el amor que tiene al servicio de su Amo, tiene la certeza de alcanzar en el mundo venidero gloria por recompensa. Ahora bien, dijo el Intérprete, te he mostrado primero este retrato porque el hombre cuyo retrato es este es el único hombre a quien el Señor del lugar adonde vas ha autorizado para ser tu guía en todos los pasos difíciles que puedas hallar en el camino; por lo cual, ten buen cuidado de lo que te he mostrado, y guarda bien en tu mente lo que has visto, no sea que en tu viaje topes con algunos que pretenden guiarte bien, pero cuyo camino desciende a la muerte.

Entonces le tomó de la mano y le llevó a un salón muy grande, lleno de polvo porque nunca se barría; y tras haberlo contemplado un poco, el Intérprete llamó a un hombre para que lo barriera. Ahora bien, cuando este comenzó a barrer, el polvo empezó a volar tan abundantemente que Cristiano casi se ahoga con él. Entonces dijo el Intérprete a una doncella que estaba allí: Trae aquí el agua y rocía la sala; y cuando ella lo hubo hecho, quedó barrida y limpia con deleite.

CRIST. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto?

INTÉRPRE. Respondió el Intérprete: Esta sala es el corazón de un hombre que nunca fue santificado por la dulce gracia del evangelio; el polvo es su pecado original y sus corrupciones interiores, que han manchado a todo el hombre. El que empezó a barrer al principio es la Ley; pero la que trajo el agua y la roció es el Evangelio. Ahora bien, en cuanto viste que, tan pronto como el primero empezó a barrer, el polvo volaba tanto que la sala no podía quedar limpia por él, sino que tú casi te ahogaste con él, esto es para mostrarte que la ley, en lugar de limpiar el corazón (con su obrar) del pecado, lo

reaviva, le da fuerza y lo aumenta en el alma, aun al descubrirlo y prohibirlo, pues no da poder para dominarlo. [Ro 7:6; 1 Co 15:56; Ro 5:20]

Y de nuevo, en cuanto viste a la doncella rociar la sala con agua, con lo que quedó limpia con deleite, esto es para mostrarte que, cuando el evangelio llega al corazón con sus dulces y preciosos influjos, entonces, digo yo, así como viste a la doncella asentar el polvo rociando el suelo con agua, así es vencido y sometido el pecado, y el alma es hecha limpia por la fe de ello, y por consiguiente apta para que el Rey de gloria la habite. [Jn 15:3; Ef 5:26; Hch 15:9; Ro 16:25,26; Jn 15:13]

Vi además, en mi sueño, que el Intérprete le tomó de la mano y le llevó a una salita donde estaban sentados dos niños pequeños, cada uno en su silla. El nombre del mayor era Pasión, y el del otro, Paciencia. Pasión parecía muy descontento, pero Paciencia estaba muy tranquilo. Entonces Cristiano preguntó: ¿Cuál es la razón del descontento de Pasión? Respondió el Intérprete: El tutor de ambos quiere que espere hasta principios del año que viene para tener sus mejores cosas, pero él las quiere todas ahora; en cambio Paciencia está dispuesto a esperar.

Entonces vi que uno se acercó a Pasión y le trajo un saco de tesoro, y lo derramó a sus pies, el cual él tomó y con el que se regocijó, y con ello se burló de Paciencia. Pero no había pasado mucho tiempo cuando ya lo había derrochado todo, y no le quedaba sino harapos.

CRIST. Entonces dijo Cristiano al Intérprete: Explícame esto con más detalle.

INTÉRP. Así que dijo: Estos dos muchachos son figuras: Pasión, de los hombres de este mundo, y Paciencia, de los hombres del que ha de venir; pues, como aquí ves, Pasión quiere tenerlo todo ahora, este año, es decir, en este mundo; así son los hombres de este mundo, han de tener ya todos sus bienes, no pueden esperar hasta el año que viene, esto es, hasta el otro mundo, para recibir su porción de bien. Aquel proverbio, «más vale pájaro en mano que ciento volando», tiene para ellos más autoridad que todos los testimonios divinos acerca del bien del mundo venidero. Pero así como viste que él enseguida lo derrochó todo, y al punto no le quedó sino harapos, así será con todos esos hombres al fin de este mundo.

CRIST. Entonces dijo Cristiano: Ahora veo que Paciencia tiene la mejor sabiduría, y ello por muchas razones. Primero, porque espera las mejores cosas. Segundo, y también porque él tendrá su gloria, cuando el otro no tenga sino harapos.

INTÉRP. No, puedes añadir otra, a saber, que la gloria del mundo venidero nunca se agotará, mientras que estas se van de repente. Por tanto, Pasión no tenía tanta razón para reírse de Paciencia por haber tenido primero sus bienes, como la tendrá Paciencia para reírse de Pasión por haber tenido los suyos al último; pues lo primero debe ceder el lugar a lo último, porque lo último ha de tener aún su tiempo por venir; pero lo último no cede el lugar a nada, porque no hay otro que le suceda. Aquel, pues, que tiene su porción primero, ha de tener necesariamente un tiempo para gastarla; pero el que tiene su porción al último, la ha de tener duraderamente; por eso se dice del rico: «Tú recibiste tus bienes en tu vida, y del mismo modo Lázaro males; pero ahora este es consolado, y tú atormentado.» [Lc 16:25]

CRIST. Entonces percibo que no es lo mejor codiciar las cosas que son ahora, sino esperar las que han de venir.

INTÉRP. Dices la verdad: «Porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas.» [2 Co 4:18] Pero aunque esto sea así, con todo, como las cosas presentes y nuestro apetito carnal son vecinos tan cercanos el uno del otro, y por otro lado, como las cosas venideras y el sentido carnal son tan extraños el uno al otro, por eso sucede que las primeras caen tan pronto en amistad, y que aquella distancia se mantiene entre las segundas.

Entonces vi en mi sueño que el Intérprete tomó a Cristiano de la mano y lo llevó a un lugar donde había un fuego ardiendo contra una pared, y uno junto a él, que continuamente le echaba mucha agua para apagarlo; y sin embargo el fuego ardía cada vez más alto y más ardiente.

Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto?

Respondió el Intérprete: Este fuego es la obra de la gracia que se obra en el corazón; el que le echa agua para extinguirla y apagarla es el Diablo; pero en cuanto ves que el fuego, no obstante, arde más alto y más ardiente, verás también la razón de ello. Así que lo llevó a la parte trasera de la pared,

donde vio a un hombre con una vasija de aceite en la mano, del cual también echaba continuamente, pero en secreto, sobre el fuego.

Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto?

Respondió el Intérprete: Este es Cristo, quien continuamente, con el aceite de su gracia, mantiene la obra ya comenzada en el corazón; por cuyo medio, a pesar de lo que el diablo pueda hacer, las almas de su pueblo permanecen llenas de gracia. [2 Co 12:9] Y en cuanto viste que el hombre estaba de pie tras la pared para mantener el fuego, eso es para enseñarte que es difícil que el tentado vea cómo se mantiene esta obra de gracia en el alma.

Vi también que el Intérprete le tomó otra vez de la mano y le llevó a un lugar agradable, donde estaba edificado un palacio majestuoso, hermoso de contemplar; a cuya vista Cristiano se deleitó grandemente. Vio también, en lo alto de él, a ciertas personas paseando, todas vestidas de oro.

Entonces dijo Cristiano: ¿Podemos entrar ahí?

Entonces el Intérprete lo tomó y lo condujo hacia la puerta del palacio; y he aquí que a la puerta había una gran compañía de hombres, deseosos de entrar, mas no se atrevían. También estaba sentado allí un hombre, a poca distancia de la puerta, junto a una mesa, con un libro y su tintero delante, para tomar el nombre de quien entrase; vio también que en el umbral había muchos hombres armados para guardarla, resueltos a hacer todo el daño y perjuicio que pudieran a quienes quisieran entrar. Ahora Cristiano estaba algo pasmado. Al fin, cuando todos retrocedían por miedo a los hombres armados, Cristiano vio a un hombre de semblante muy resuelto acercarse al que estaba sentado allí para escribir, diciendo: Anota mi nombre, señor; y cuando lo hubo hecho, vio al hombre desenvainar su espada, ponerse un yelmo en la cabeza y arremeter hacia la puerta contra los hombres armados, quienes le acometieron con fuerza mortal; pero el hombre, sin desanimarse en absoluto, se puso a cortar y tajar con la mayor fiereza. Así que, tras recibir y dar muchas heridas a quienes intentaban impedirle el paso, se abrió camino entre todos ellos a golpes [Hch 14:22], y siguió adelante hacia el palacio; ante lo cual se oyó una voz agradable de los que estaban dentro, precisamente de los que paseaban en lo alto del palacio, diciendo—

«Entra, entra; gloria eterna has de ganar.»

Así que entró, y fue vestido con vestiduras como las de ellos. Entonces Cristiano sonrió y dijo: Creo verdaderamente que conozco el significado de esto.

Ahora bien, dijo Cristiano, déjame irme de aquí. No, aguarda, dijo el Intérprete, hasta que te haya mostrado un poco más, y después seguirás tu camino. Así que lo tomó de la mano otra vez y lo llevó a un aposento muy oscuro, donde estaba sentado un hombre en una jaula de hierro.

Ahora bien, el hombre, a la vista, parecía muy triste; estaba sentado con los ojos mirando al suelo, las manos entrelazadas, y suspiraba como si fuera a partírsele el corazón. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto? A lo cual el Intérprete le mandó hablar con el hombre.

Entonces dijo Cristiano al hombre: ¿Qué eres tú? El hombre respondió: Soy lo que una vez no fui.

CRIST. ¿Qué fuiste una vez?

EL HOMBRE. Dijo el hombre: Una vez fui un profesante floreciente y de buena apariencia, tanto a mis propios ojos como a los de los demás; una vez creí estar bien encaminado hacia la Ciudad Celestial, y sentía entonces gozo al pensar que había de llegar allí. [Lc 8:13]

CRIST. Bien, pero ¿qué eres ahora?

EL HOMBRE. Ahora soy un hombre de desesperación, y estoy encerrado en ella, como en esta jaula de hierro. No puedo salir. Ay, ¡ahora no puedo!

CRIST. Pero ¿cómo llegaste a esta condición?

EL HOMBRE. Dejé de velar y de ser sobrio. Solté las riendas sobre el cuello de mis pasiones; pequé contra la luz de la Palabra y la bondad de Dios; he contristado al Espíritu, y se ha ido; tenté al diablo, y ha venido a mí; he provocado a ira a Dios, y me ha dejado; he endurecido tanto mi corazón, que no puedo arrepentirme.

Entonces dijo Cristiano al Intérprete: Pero ¿no hay esperanza para un hombre así? Pregúntaselo tú, dijo el Intérprete. No, dijo Cristiano, te ruego, señor, que lo hagas tú.

INTÉRP. Entonces dijo el Intérprete: ¿No hay esperanza, sino que has de quedar encerrado en la jaula de hierro de la desesperación?

EL HOMBRE. No, ninguna en absoluto.

INTÉRPRETE. Pero el Hijo del Bendito es muy compasivo.

EL HOMBRE. Le he crucificado de nuevo para mí mismo [He 6:6]; he despreciado su persona [Lc 19:14]; he despreciado su justicia; he «tenido su sangre por cosa inmunda»; he «hecho afrenta al Espíritu de gracia». [He 10:28-29] Por eso me he excluido a mí mismo de todas las promesas, y ahora no me quedan sino amenazas, amenazas terribles, amenazas espantosas, de juicio cierto e indignación ardiente, que me devorarán como a un adversario.

INTÉRPRETE. ¿Por qué te trajiste a ti mismo a esta condición?

EL HOMBRE. Por las pasiones, los placeres y las ganancias de este mundo; en cuyo goce me prometía entonces mucho deleite; pero ahora cada una de esas cosas también me muerde y me roe como gusano ardiente.

INTÉRPRETE. Pero ¿no puedes ahora arrepentirte y volverte?

EL HOMBRE. Dios me ha negado el arrepentimiento. Su Palabra no me da aliento alguno para creer; es más, él mismo me ha encerrado en esta jaula de hierro, ni todos los hombres del mundo pueden sacarme. ¡Oh eternidad, eternidad! ¡Cómo he de vérmelas con la miseria que he de encontrar en la eternidad!

INTÉRPRETE. Entonces dijo el Intérprete a Cristiano: Recuerda tú la miseria de este hombre, y séate advertencia eterna.

CRIST. Bien, dijo Cristiano, ¡esto es espantoso! Dios me ayude a velar y ser sobrio, y a orar para que huya de la causa de la miseria de este hombre. Señor, ¿no es hora ya de que siga mi camino?

INTÉRPRETE. Aguarda hasta que te muestre una cosa más, y luego seguirás tu camino.

Así que tomó a Cristiano otra vez de la mano y lo llevó a una cámara donde había uno que se levantaba de la cama; y mientras se ponía sus vestiduras, temblaba y se estremecía. Entonces dijo Cristiano: ¿Por qué tiembla así este hombre? El Intérprete entonces le mandó que contase a Cristiano la razón de que así lo hiciera. Así que él comenzó y dijo: Esta noche, mientras dormía, soñé, y he aquí que los cielos se pusieron extremadamente negros; también tronó y relampagueó de manera muy espantosa, que me puso en

agonía; miré, pues, hacia arriba en mi sueño, y vi que las nubes se arremolinaban a una velocidad inusitada, tras lo cual oí un gran sonido de trompeta, y vi también a un hombre sentado sobre una nube, acompañado de los millares del cielo; todos estaban en llamas de fuego; también los cielos estaban en una llama ardiente. Entonces oí una voz que decía: «Levantaos, muertos, y venid a juicio»; y con eso las rocas se hendieron, se abrieron las tumbas, y los muertos que había en ellas salieron. Algunos de ellos estaban sumamente alegres, y miraban hacia arriba; y otros buscaban esconderse bajo los montes. [1 Co 15:52; 1 Ts 4:16; Jud 14; Jn 5:28,29; 2 Ts 1:7,8; Ap 20:11-14; Is 26:21; Miq 7:16,17; Sal 95:1-3; Dn 7:10] Entonces vi que el hombre sentado sobre la nube abría el libro y mandaba al mundo acercarse. Sin embargo, a causa de una llama feroz que salía y venía de delante de él, había una distancia conveniente entre él y ellos, como entre el juez y los prisioneros ante el estrado. [Mal 3:2,3; Dn 7:9,10] Oí también que se proclamaba a los que atendían al hombre sentado sobre la nube: Recoged la cizaña, la paja y el rastrojo, y echadlos en el lago ardiente. [Mt 3:12; 13:30; Mal 4:1] Y con eso, el abismo sin fondo se abrió justo donde yo estaba, de cuya boca salían, en abundancia, humo y ascuas de fuego, con ruidos horrendos. Se dijo también a esas mismas personas: «Recoged mi trigo en el granero.» [Lc 3:17] Y con eso vi que muchos eran arrebatados y llevados a las nubes, pero yo me quedé atrás. [1 Ts 4:16,17] Busqué también esconderme, pero no pude, porque el hombre sentado sobre la nube seguía teniendo puestos los ojos en mí; también acudieron a mi mente mis pecados, y mi conciencia me acusaba por todos lados. [Ro 3:14,15] Con esto desperté de mi sueño.

CRIST. Pero ¿qué fue lo que te dio tanto miedo de esta visión?

EL HOMBRE. Pues pensé que había llegado el día del juicio, y que yo no estaba preparado para él; pero lo que más me asustó fue que los ángeles recogían a varios y me dejaban atrás; también que la boca del abismo del infierno se abrió justo donde yo estaba. Mi conciencia, además, me afligía; y, según pensé, el Juez tenía siempre puestos sus ojos en mí, mostrando indignación en su semblante.

Entonces dijo el Intérprete a Cristiano: ¿Has considerado todas estas cosas?

CRIST. Sí, y me pusieron entre esperanza y temor.

INTÉRPRETE. Bien, guarda todas estas cosas de tal modo en tu mente que te sean como aguijón en tus costados, para impulsarte a seguir adelante en el camino que debes andar. Entonces Cristiano empezó a ceñirse los lomos y a disponerse para su viaje. Entonces dijo el Intérprete: El Consolador esté siempre contigo, buen Cristiano, para guiarte en el camino que lleva a la Ciudad. Así que Cristiano prosiguió su camino, diciendo—

«Aquí he visto cosas raras y provechosas; cosas placenteras, espantosas, cosas que me hacen firme en lo que he emprendido; que piense en ellas, pues, y entienda por qué me fueron mostradas, y sea agradecido, oh buen Intérprete, a ti.»

LA CRUZ Y EL SEPULCRO

Vi entonces en mi sueño que el camino real por el que Cristiano había de andar estaba cercado a ambos lados por un muro, y aquel muro se llamaba Salvación. [Is 26:1] Por este camino, pues, corría el cargado Cristiano, aunque no sin gran dificultad, a causa de la carga que llevaba a la espalda.

Así corrió hasta llegar a un lugar algo elevado, y en aquel lugar se alzaba una cruz, y un poco más abajo, en lo hondo, un sepulcro. Vi entonces en mi sueño que, justo cuando Cristiano llegó junto a la cruz, su carga se soltó de sus hombros y cayó de su espalda, y empezó a rodar, y así siguió haciéndolo hasta llegar a la boca del sepulcro, donde cayó dentro, y no la vi más.

Entonces Cristiano quedó alegre y ligero, y dijo con corazón gozoso: «Él me ha dado descanso con su dolor, y vida con su muerte.» Entonces se detuvo un rato a mirar y a maravillarse, pues le sorprendía sobremanera que la sola vista de la cruz le aliviara así de su carga. Miró, pues, y volvió a mirar, hasta que los manantiales que tenía en la cabeza enviaron las aguas por sus mejillas. [Zac 12:10] Ahora bien, mientras estaba así mirando y llorando, he aquí que tres Resplandecientes vinieron a él y le saludaron con «Paz sea contigo». Así el primero le dijo: «Tus pecados te son perdonados» [Mr 2:5]; el segundo le despojó de sus harapos y le vistió con muda de vestiduras [Zac 3:4]; el tercero también le puso una señal en la frente, y le dio un rollo con un sello, que le mandó mirar mientras corría, y que había de presentar en la Puerta Celestial. [Ef 1:13] Así prosiguieron su camino.

«¿Quién es este? El Peregrino. ¡Cómo! Es muy cierto, las cosas viejas han pasado, todo se ha hecho nuevo. ¡Extraño! Es otro hombre, a fe mía, buenas plumas hacen buen pájaro.»

Entonces Cristiano dio tres saltos de gozo, y siguió andando cantando—

«Hasta aquí vine cargado con mi pecado;
Nada podía aliviar el pesar en que estaba
Hasta que llegué aquí: ¡Qué lugar es este!
¿Ha de ser aquí el principio de mi dicha?
¿Ha de caer aquí la carga de mi espalda?
¿Han de romperse aquí las cuerdas que a mí la ataban?
¡Bendita cruz! ¡Bendito sepulcro! Bendito sea más bien
¡El Varón que allí fue puesto en vergüenza por mí!»

Vi entonces en mi sueño que siguió así su camino, hasta que llegó a un llano, donde vio, un poco fuera del camino, a tres hombres profundamente dormidos, con grillos en los talones. El nombre de uno era Simple, el de otro Pereza, y el del tercero Presunción.

Cristiano, al verlos así tendidos, se acercó a ellos, por si acaso pudiera despertarlos, y clamó: Sois como los que duermen en lo alto de un mástil, pues el Mar Muerto está bajo vosotros, un abismo que no tiene fondo. [Pr 23:34] Despertad, pues, y venid; sed también voluntariosos, y os ayudaré a quitaros esos hierros. Les dijo también: Si viene el que «anda alrededor como león rugiente», ciertamente seréis presa de sus dientes. [1 P 5:8] Con esto le miraron y comenzaron a responder de esta manera: Simple dijo: «No veo peligro»; Pereza dijo: «Un poco más de sueño todavía»; y Presunción dijo: «Cada tinaja ha de sostenerse sobre su propio fondo; ¿qué otra respuesta he de darte?» Y así volvieron a tenderse a dormir, y Cristiano siguió su camino.

Con todo, le turbaba pensar que hombres en tal peligro estimasen tan poco la bondad de quien tan de buena gana se ofrecía a ayudarlos, tanto despertándolos como aconsejándolos y ofreciéndose a quitarles los hierros. Y mientras iba turbado por esto, vio a dos hombres que venían cayendo por encima del muro a mano izquierda del camino angosto, y se apresuraban hacia él. El nombre de uno era Formalista, y el del otro Hipocresía. Así que, como he dicho, se le acercaron, y entabló con ellos este coloquio.

CRIST. Caballeros, ¿de dónde venís y adónde vais?

FORM. e HIP. Nacimos en la tierra de Vanagloria, y vamos en busca de alabanza al monte Sión.

CRIST. ¿Por qué no entrasteis por la puerta que está al comienzo del camino? ¿No sabéis que está escrito que el que no entra por la puerta, «sino que sube por otra parte, ese es ladrón y salteador»? [Jn 10:1]

FORM. e HIP. Dijeron que ir hasta la puerta para entrar era, según todos sus paisanos, dar un rodeo demasiado largo; y que, por tanto, su costumbre habitual era tomar un atajo y saltar por encima del muro, como habían hecho.

CRIST. Pero ¿no se contará como transgresión contra el Señor de la ciudad adonde vamos el violar así su voluntad revelada?

FORM. e HIP. Le dijeron que, en cuanto a eso, no tenía por qué preocuparse; pues lo que ellos hacían tenía costumbre a su favor, y podían presentar, de ser necesario, testimonio que lo atestiguara desde hacía más de mil años.

CRIST. Pero, dijo Cristiano, ¿resistiría vuestra práctica un juicio ante la ley?

FORM. e HIP. Le dijeron que la costumbre, siendo de tan larga data como más de mil años, sin duda sería ahora admitida como cosa legal por cualquier juez imparcial; y además, dijeron, si entramos en el camino, ¿qué importa por dónde entremos? Si estamos dentro, estamos dentro; tú no estás sino en el camino, que, según vemos, entraste por la puerta; y nosotros también estamos en el camino, que entramos cayendo por encima del muro; ¿en qué, pues, es tu condición mejor que la nuestra?

CRIST. Yo camino según la regla de mi Amo; vosotros camináis según el rudo capricho de vuestras fantasías. Ya sois tenidos por ladrones por el Señor del camino; por tanto, dudo que se os halle hombres fieles al final del camino. Entrasteis por vosotros mismos, sin su dirección, y saldréis por vosotros mismos, sin su misericordia.

A esto le respondieron poco; solo le dijeron que mirase por sí mismo. Entonces vi que cada uno siguió por su camino sin mucha conversación entre ellos, salvo que estos dos hombres dijeron a Cristiano que, en cuanto a leyes y ordenanzas, no dudaban que las cumplirían tan concienzudamente como él; por tanto, dijeron, no vemos en qué te diferencias de nosotros sino por el abrigo que llevas a la espalda, que, según creemos, te dio alguno de tus vecinos para cubrir la vergüenza de tu desnudez.

CRIST. Por leyes y ordenanzas no seréis salvos, pues no entrasteis por la puerta. [Gá 2:16] Y en cuanto a este abrigo que llevo a la espalda, me lo dio el Señor del lugar adonde voy; y ello, como decís, para cubrir mi desnudez. Y lo tomo como muestra de su bondad para conmigo, pues antes no tenía sino harapos. Y además, así me consuelo mientras camino: Ciertamente, pienso, cuando llegue a la puerta de la ciudad, el Señor de ella me reconocerá para bien, pues llevo este abrigo a la espalda, un abrigo que él mismo me dio de gracia el día que me despojó de mis harapos. Tengo, además, una señal en la frente, de la cual quizá no os habéis percatado, que uno de los íntimos amigos de mi Señor me puso allí el día que mi carga cayó de mis hombros. Os diré, además, que entonces se me dio un rollo, sellado, para consolarme leyéndolo mientras sigo el camino; también se me mandó presentarlo en la Puerta Celestial, en señal de mi entrada segura tras él; todas estas cosas, dudo, os faltan, y os faltan porque no entrasteis por la puerta.

A estas cosas no le dieron respuesta; solo se miraron el uno al otro, y se rieron. Entonces vi que todos siguieron andando, salvo que Cristiano iba delante, sin más conversación que consigo mismo, y eso a veces con suspiros, y a veces con consuelo; también solía leer con frecuencia el rollo que le había dado uno de los Resplandecientes, con lo cual se reconfortaba.

LA COLINA DIFICULTAD

Vi, entonces, que todos siguieron hasta llegar al pie de la colina Dificultad; al fondo de la cual había un manantial. Había también, en el mismo lugar, otros dos caminos además del que venía derecho de la puerta; uno torcía a mano izquierda, y el otro a mano derecha, al pie de la colina; pero el camino angosto subía derecho por la colina, y el nombre de la subida por el costado de la colina se llama Dificultad. Cristiano fue entonces al manantial y bebió de él para refrescarse [Is 49:10], y luego comenzó a subir la colina, diciendo—

«La colina, aunque alta, ansío ascender,
la dificultad no ha de ofenderme;
pues percibo que aquí está el camino a la vida.
Ea, cobrad ánimo, ni desmayemos ni temamos;
mejor, aunque difícil, seguir el camino recto,
que el errado, aunque fácil, donde el fin es aflicción.»

Los otros dos también llegaron al pie de la colina; pero cuando vieron que la colina era empinada y alta, y que había otros dos caminos por donde ir, y suponiendo también que esos dos caminos podrían volver a juntarse, con aquel por el que Cristiano subía, al otro lado de la colina, resolvieron ir por esos caminos. El nombre de uno de esos caminos era Peligro, y el nombre del otro Destrucción. Así que uno tomó el camino llamado Peligro, que le llevó a un gran bosque, y el otro tomó directamente el camino hacia Destrucción, que le llevó a un ancho campo lleno de montes oscuros, donde tropezó y cayó, y no se levantó más.

«¿Los que mal comienzan podrán acaso bien acabar? ¿Tendrán en modo alguno la seguridad por amiga? No, no; con testarudez emprendieron la

marcha, y de cabeza caerán al fin, sin duda.»

Miré, entonces, tras Cristiano, para verlo subir la colina, donde percibí que pasó de correr a andar, y de andar a trepar con manos y rodillas, a causa de lo empinado del lugar. Ahora bien, hacia la mitad del camino a la cima de la colina había un cenador agradable, hecho por el Señor de la colina para refrigerio de los caminantes cansados; hasta allí, pues, llegó Cristiano, donde también se sentó a descansar. Entonces sacó su rollo del pecho y leyó en él para su consuelo; también empezó de nuevo a contemplar el abrigo o vestidura que le habían dado cuando estaba junto a la cruz. Así, complaciéndose un rato, al fin cayó en un adormecimiento, y de ahí en un sueño profundo, que lo retuvo en aquel lugar hasta que fue casi de noche; y mientras dormía, se le cayó el rollo de la mano. Ahora bien, mientras dormía, vino uno a él y lo despertó, diciendo: Ve a la hormiga, oh perezoso; considera sus caminos, y sé sabio. [Pr 6:6] Y con eso Cristiano se levantó de un salto, y se apresuró en su camino, y anduvo deprisa, hasta que llegó a la cima de la colina.

Ahora bien, cuando hubo llegado a la cima de la colina, vinieron dos hombres corriendo a su encuentro con todas sus fuerzas; el nombre de uno era Temeroso, y el del otro, Desconfianza; a quienes dijo Cristiano: Señores, ¿qué sucede? Vais por el camino equivocado. Temeroso respondió que iban camino de la Ciudad de Sión, y habían subido hasta aquel lugar difícil; pero, dijo, cuanto más avanzamos, más peligro encontramos; por lo cual nos hemos vuelto, y vamos de regreso.

Sí, dijo Desconfianza, pues justo delante de nosotros yacen un par de leones en el camino, sin saber si dormidos o despiertos, y no podíamos pensar sino que, si llegásemos a su alcance, nos harían pedazos al instante.

CRIST. Entonces dijo Cristiano: Me hacéis temer, pero ¿adónde he de huir para estar a salvo? Si vuelvo a mi propio país, que está preparado para fuego y azufre, ciertamente pereceré allí. Si logro llegar a la Ciudad Celestial, seguro estaré a salvo allí. He de aventurarme. Volver atrás no es sino muerte; seguir adelante es temor de muerte, y vida eterna más allá de él. Seguiré, pues, adelante. Así Desconfianza y Temeroso bajaron corriendo la colina, y Cristiano siguió su camino. Pero, pensando de nuevo en lo que había oído de aquellos hombres, se palpó el pecho buscando su rollo, para poder leerlo y consolarse; pero lo palpó y no lo halló. Entonces Cristiano quedó

en gran angustia, sin saber qué hacer, pues le faltaba aquello que solía aliviá-
rlo, y que había de ser su salvoconducto a la Ciudad Celestial. Aquí,
pues, empezó a sentirse muy perplejo, sin saber qué hacer. Al fin recordó
que había dormido en el cenador que está en el costado de la colina; y, ca-
yendo de rodillas, pidió a Dios perdón por aquel necio acto suyo, y luego
volvió atrás a buscar su rollo. Mas todo el camino de regreso, ¿quién podrá
exponer suficientemente el pesar del corazón de Cristiano? A veces suspira-
ba, a veces lloraba, y a menudo se reñía a sí mismo por haber sido tan necio
de quedarse dormido en aquel lugar, erigido solo para un pequeño refrigerio
de su cansancio. Así, pues, volvió, mirando con cuidado a un lado y a otro,
todo el camino que anduvo, por si acaso pudiera hallar su rollo, que tantas
veces había sido su consuelo en su viaje. Anduvo así hasta que llegó de nue-
vo a la vista del cenador donde se había sentado y dormido; pero aquella
vista renovó aún más su pesar, al traerle de nuevo, otra vez fresco, su mal
de haberse dormido en la mente. [Ap 2:5; 1 Ts 5:7,8] Así, pues, siguió ade-
lante lamentando su pecaminoso sueño, diciendo: ¡Oh hombre miserable
que soy, que hube de dormirme de día! ¡Que hube de dormirme en medio de
la dificultad! ¡Que así hube de consentir a la carne, usando para descanso de
mi carne aquello que el Señor de la colina erigió solo para el alivio de los
espíritus de los peregrinos!

¡Cuántos pasos he dado en vano! Así aconteció a Israel por su pecado:
fueron enviados de vuelta por el camino del mar Rojo; y a mí se me hace
pisar aquellos pasos con pesar, que pude haber pisado con deleite, de no ser
por este pecaminoso sueño. ¡Cuánto más adelantado podría estar ya en mi
camino! Se me hace pisar tres veces aquellos pasos que solo una vez necesi-
taba pisar; sí, ahora además es probable que me sorprenda la noche, pues el
día está casi acabado. ¡Oh, que no me hubiera dormido!

Ahora bien, para entonces había llegado otra vez al cenador, donde por
un rato se sentó y lloró; pero al fin, según quiso su buena suerte, mirando
con pesar bajo el banco, allí divisó su rollo; el cual, con temblor y prisa, co-
gió y guardó en su pecho. Mas ¿quién podrá decir cuán gozoso estaba este
hombre cuando hubo recobrado su rollo? pues este rollo era la garantía de
su vida y aceptación en el puerto deseado. Por tanto, lo guardó en su pecho,
dio gracias a Dios por haber dirigido su vista al lugar donde estaba, y con
gozo y lágrimas volvió a emprender su viaje. Mas ¡oh, con qué ligereza
subió ahora el resto de la colina! Con todo, antes de que llegara arriba, el

sol se puso sobre Cristiano; y esto le hizo recordar de nuevo la vanidad de su sueño, y así comenzó otra vez a condolerse consigo mismo: Oh pecaminoso sueño; ¡cómo, por tu causa, es probable que me sorprenda la noche en mi viaje! He de caminar sin el sol; la oscuridad ha de cubrir la senda de mis pies; y he de oír el ruido de las criaturas lúgubres, a causa de mi pecaminoso sueño. [1 Ts 5:6,7] Ahora también recordó la historia que Desconfianza y Temeroso le habían contado, de cómo se habían asustado a la vista de los leones. Entonces se dijo Cristiano otra vez a sí mismo: Estas fieras merodean de noche en busca de presa; y si me encontrasen en la oscuridad, ¿cómo habría de esquivarlas? ¿Cómo habría de escapar de ser hecho pedazos por ellas? Así siguió su camino. Pero mientras iba así lamentando su desdichado descuido, alzó los ojos, y he aquí que había un palacio muy majestuoso delante de él, cuyo nombre era Hermoso; y estaba justo junto al camino real.

EL PALACIO HERMOSO

Así vi en mi sueño que se apresuró y siguió adelante, por si acaso pudiera hallar alojamiento allí. Ahora bien, antes de haber andado mucho, entró en un pasaje muy estrecho, que estaba a unos doscientos metros de la portería, y mirando con mucho cuidado ante sí mientras andaba, divisó dos leones en el camino. Ahora bien, pensó él, veo los peligros de los que Temeroso y Desconfianza fueron rechazados. (Los leones estaban encadenados, pero él no vio las cadenas.) Entonces tuvo miedo, y pensó también en volverse atrás tras ellos, pues pensaba que no tenía ante sí sino la muerte. Pero el portero de la portería, cuyo nombre es Vigilante, viendo que Cristiano se detenía como para volver atrás, le gritó, diciendo: ¿Es tan poca tu fuerza? [Mr 8:34-37] No temas a los leones, pues están encadenados, y están puestos allí para prueba de fe donde la hay, y para descubrir a los que no la tienen. Mantente en medio del sendero, ningún mal te vendrá.

«La dificultad está detrás, el temor delante,
aunque haya subido la colina, los leones rugen;
un hombre cristiano nunca está mucho tiempo en paz,
apenas se va un susto, otro le acomete.»

Entonces vi que siguió adelante, temblando de miedo a los leones, pero atendiendo bien a las indicaciones del portero; los oyó rugir, mas no le hicieron daño. Entonces batió palmas y siguió hasta llegar y quedar de pie ante la puerta donde estaba el portero. Entonces dijo Cristiano al portero: Señor, ¿qué casa es esta? ¿Y puedo alojarme aquí esta noche? El portero respondió: Esta casa la construyó el Señor de la colina, y la construyó para alivio y seguridad de los peregrinos. El portero le preguntó también de dónde venía y adónde iba.

CRIST. Vengo de la Ciudad de Destrucción, y voy al monte Sión; pero como el sol ya se ha puesto, deseo, si puedo, alojarme aquí esta noche.

PORT. ¿Cómo te llamas?

CRIST. Mi nombre es ahora Cristiano, pero mi nombre al principio era Sin-gracia; vengo de la raza de Jafet, a quien Dios persuadirá que more en las tiendas de Sem. [Gn 9:27]

PORT. Pero ¿cómo es que llegas tan tarde? El sol se ha puesto.

CRIST. Habría llegado antes, pero, «¡hombre miserable que soy!», me dormí en el cenador que está en la ladera de la colina; no, incluso así, habría llegado mucho antes, pero, mientras dormía, perdí mi prueba, y llegué sin ella a la cresta de la colina, y luego, palpando en busca de ella y no hallándola, me vi forzado, con dolor de corazón, a volver al lugar donde había dormido mi sueño, donde la hallé, y ahora he llegado.

PORT. Bien, llamaré a una de las doncellas de este lugar, quien, si le agrada tu conversación, te llevará al resto de la familia, conforme a las reglas de la casa. Así que Vigilante, el portero, tocó una campana, al sonido de la cual salió por la puerta de la casa una doncella grave y hermosa, llamada Discreción, y preguntó por qué la llamaban.

Respondió el portero: Este hombre va de camino desde la Ciudad de Destrucción al monte Sión, pero, estando cansado y sorprendido por la noche, me preguntó si podía alojarse aquí esta noche; así que le dije que te llamaría, para que, tras conversar con él, hagas lo que te parezca bien, conforme a la ley de la casa.

Entonces ella le preguntó de dónde venía y adónde iba, y él se lo dijo. Le preguntó también cómo entró en el camino, y él se lo dijo. Luego le preguntó qué había visto y hallado en el camino, y él se lo dijo. Y por último le preguntó su nombre; así que él dijo: Es Cristiano, y tanto más deseo alojarme aquí esta noche, pues, por lo que percibo, este lugar fue construido por el Señor de la colina para alivio y seguridad de los peregrinos. Así que ella sonrió, mas el agua asomó a sus ojos, y tras una breve pausa dijo: Llamaré a dos o tres más de la familia. Así que corrió a la puerta y llamó a Prudencia, Piedad y Caridad, quienes, tras conversar un poco más con él, lo llevaron a la familia; y muchos de ellos, encontrándolo en el umbral de la casa, dijeron: Entra, bendito del Señor; esta casa la construyó el Señor de la colina a

propósito para hospedar a peregrinos como tú. Entonces él inclinó la cabeza y los siguió a la casa. Así que, cuando hubo entrado y se hubo sentado, le dieron algo de beber, y acordaron entre sí que, hasta que estuviera lista la cena, algunos de ellos tendrían una conversación particular con Cristiano, para mejor aprovechar el tiempo; y designaron a Piedad, Prudencia y Caridad para conversar con él; y así comenzaron:

PIEDAD. Ven, buen Cristiano, ya que hemos sido tan amables contigo al recibirte esta noche en nuestra casa, hablemos, si acaso así podemos mejorarnos, de todo lo que te ha sucedido en tu peregrinaje.

CRIST. De muy buena gana, y me alegra que estéis tan bien dispuestos.

PIEDAD. ¿Qué te movió al principio a emprender una vida de peregrino?

CRIST. Fui expulsado de mi país natal por un sonido espantoso que tenía en mis oídos: a saber, que una destrucción inevitable me aguardaba si permanecía en el lugar donde estaba.

PIEDAD. Pero ¿cómo sucedió que saliste de tu país por este camino?

CRIST. Fue como Dios quiso; pues cuando estaba bajo los temores de la destrucción, no sabía adónde ir; pero, por casualidad, llegó a mí un hombre, mientras yo estaba temblando y llorando, cuyo nombre es Evangelista, y él me dirigió a la puerta angosta, la cual, de no ser por él, jamás habría hallado, y así me puso en el camino que me ha llevado derecho hasta esta casa.

PIEDAD. Pero ¿no pasaste por la casa del Intérprete?

CRIST. Sí, y vi allí tales cosas que su recuerdo se me quedará pegado mientras viva; especialmente tres cosas: a saber, cómo Cristo, a pesar de Satanás, mantiene su obra de gracia en el corazón; cómo aquel hombre había pecado hasta quedar del todo fuera de esperanza de la misericordia de Dios; y también el sueño de aquel que pensó en su dormir que había llegado el día del juicio.

PIEDAD. ¿Y le oíste contar su sueño?

CRIST. Sí, y fue uno espantoso. Creo que me dolió el corazón mientras lo contaba; pero con todo me alegro de haberlo oído.

PIEDAD. ¿Fue eso todo lo que viste en la casa del Intérprete?

CRIST. No; me tomó y me llevó donde me mostró un palacio majestuoso, y cómo las gentes que había en él iban vestidas de oro; y cómo llegó un hombre osado y se abrió camino a golpes entre los hombres armados que estaban en la puerta para impedirle el paso, y cómo se le mandó entrar y ganar gloria eterna. ¡Aquellas cosas me arrebataron el corazón, os aseguro! Me habría quedado un año entero en la casa de aquel buen hombre, de no saber que aún me quedaba mucho camino por delante.

PIEDAD. ¿Y qué más viste en el camino?

CRIST. ¡Vi! Pues, apenas anduve un poco más, y vi a uno, según pensé en mi mente, colgado sangrando de un árbol; y la sola vista de él hizo caer mi carga de mi espalda (pues gemía bajo una carga muy pesada), y entonces cayó de mí. Fue cosa extraña para mí, pues nunca antes había visto tal cosa; sí, y mientras estaba mirando hacia arriba, pues entonces no podía dejar de mirar, tres Resplandecientes vinieron a mí. Uno de ellos testificó que mis pecados me eran perdonados; otro me despojó de mis harapos, y me dio este abrigo bordado que veis; y el tercero puso la señal que veis en mi frente, y me dio este rollo sellado. (Y con eso lo sacó de su pecho.)

PIEDAD. Pero viste más que esto, ¿no es así?

CRIST. Las cosas que os he contado fueron lo mejor; pero algunas otras cosas vi, a saber: vi a tres hombres, Simple, Pereza y Presunción, tendidos dormidos un poco fuera del camino, según venía, con grillos en los talones; pero ¿creéis que pude despertarlos? También vi a Formalista e Hipocresía venir cayendo por encima del muro, para ir, según pretendían, a Sión, pero pronto se perdieron, como yo mismo les dije; mas no quisieron creerlo. Pero, sobre todo, me costó mucho trabajo subir esta colina, y tanto como llegar a las fauces de los leones; y en verdad, de no ser por aquel buen hombre, el portero que está a la puerta, no sé si, después de todo, habría vuelto atrás; pero ahora doy gracias a Dios de estar aquí, y os doy las gracias por haberme recibido.

Entonces Prudencia pensó bien preguntarle algunas cosas, y deseó su respuesta a ellas.

PRUD. ¿No piensas a veces en el país de donde viniste?

CRIST. Sí, pero con mucha vergüenza y aborrecimiento: «Ciertamente, si me hubiera acordado de aquella tierra de donde salí, habría tenido oportuni-

dad de volver; pero ahora deseo un país mejor, esto es, el celestial.» [He 11:15,16]

PRUD. ¿No llevas todavía contigo algo de aquellas cosas con las que entonces tratabas?

CRIST. Sí, pero muy contra mi voluntad; sobre todo mis pensamientos internos y carnales, con los cuales se deleitaban todos mis compatriotas, igual que yo; pero ahora todas esas cosas son mi pesar; y si pudiera elegir mis propias cosas, elegiría no volver a pensar jamás en ellas; pero cuando quiero hacer lo que es mejor, lo que es peor está conmigo. [Ro 7:16-19]

PRUD. ¿No hallas a veces, como vencidas, esas cosas que en otros momentos son tu perplejidad?

CRIST. Sí, pero eso es raro; mas son para mí horas doradas aquellas en que tales cosas me suceden.

PRUD. ¿Puedes recordar por qué medios hallas, a veces, tus molestias como vencidas?

CRIST. Sí: cuando pienso en lo que vi en la cruz, eso lo consigue; y cuando miro mi túnica bordada, eso lo consigue; también cuando miro dentro del rollo que llevo en el pecho, eso lo consigue; y cuando mis pensamientos se caldean acerca de adónde voy, eso lo consigue.

PRUD. ¿Y qué es lo que te hace tan deseoso de ir al monte Sión?

CRIST. Pues bien, allí espero ver vivo a aquel que colgó muerto en la cruz; y allí espero verme libre de todas esas cosas que hasta hoy son en mí una molestia; allí, dicen, no hay muerte; y allí moraré con la compañía que más me gusta. [Is 25:8; Ap 21:4] Porque, a decir verdad, le amo, porque por él fui aliviado de mi carga; y estoy cansado de mi enfermedad interior. De buena gana estaría donde ya no muera más, y con la compañía que ha de clamar sin cesar: «¡Santo, santo, santo!»

Entonces dijo Caridad a Cristiano: ¿Tienes familia? ¿Eres hombre casado?

CRIST. Tengo esposa y cuatro hijos pequeños.

CARIDAD. ¿Y por qué no los trajiste contigo?

CRIST. Entonces Cristiano lloró, y dijo: ¡Oh, cuán de buena gana lo habría hecho! Pero todos ellos eran del todo reacios a que yo emprendiera la peregrinación.

CARIDAD. Pero deberías haberles hablado, y haberte esforzado en mostrarles el peligro de quedarse atrás.

CRIST. Así lo hice; y también les conté lo que Dios me había mostrado sobre la destrucción de nuestra ciudad; «pero les parecí como quien se burla», y no me creyeron. [Gn 19:14]

CARIDAD. ¿Y oraste a Dios para que bendijera tu consejo hacia ellos?

CRIST. Sí, y con mucho afecto; porque debes pensar que mi esposa y mis pobres hijos me eran muy queridos.

CARIDAD. Pero ¿les hablaste de tu propio pesar, y del temor a la destrucción? Pues supongo que la destrucción era bastante visible para ti.

CRIST. Sí, una y otra y otra vez. También podían ver mis temores en mi semblante, en mis lágrimas, y también en mi temblor bajo la aprensión del juicio que pendía sobre nuestras cabezas; pero nada de eso bastó para hacerles venir conmigo.

CARIDAD. Pero ¿qué podían alegar en su defensa, por qué no vinieron?

CRIST. Pues bien, mi esposa temía perder este mundo, y mis hijos estaban entregados a los necios placeres de la juventud; así que, por una cosa y por otra, me dejaron vagar de esta manera solo.

CARIDAD. Pero ¿no apagaste tú, con tu vida vana, todo lo que con palabras empleaste a modo de persuasión para llevártelos contigo?

CRIST. En verdad, no puedo alabar mi vida; pues soy consciente de muchos fallos en ella; sé también que un hombre, por su conducta, puede fácilmente derribar lo que por argumento o persuasión se afana en imponer a otros para su bien. Sin embargo, esto sí puedo decir: fui muy cuidadoso de no darles ocasión, con ninguna acción indecorosa, de hacerles reacios a emprender la peregrinación. Sí, precisamente por esto solían decirme que era demasiado escrupuloso, y que me negaba a mí mismo cosas, por causa de ellos, en las que ellos no veían mal alguno. Es más, creo poder decir que, si lo que veían en mí les estorbaba, era mi gran delicadeza en no pecar contra Dios, ni en hacer ningún daño a mi prójimo.

CARIDAD. En verdad, Caín odió a su hermano, «porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas» [1 Jn 3:12]; y si tu esposa y tus hijos se han ofendido contigo por esto, con ello se muestran implacables para con el bien, y «tú has librado tu alma de su sangre». [Ez 3:19]

Vi entonces en mi sueño que así estuvieron sentados hablando hasta que la cena estuvo lista. Así que, cuando la tuvieron preparada, se sentaron a comer. Ahora bien, la mesa estaba provista «de cosas succulentas, y de vino ya refinado»; y toda la conversación que tuvieron en la mesa versó sobre el Señor de la colina: a saber, sobre lo que había hecho, y por qué hacía lo que hacía, y por qué había edificado aquella casa. Y por lo que decían, percibí que había sido un gran guerrero, y que había luchado y dado muerte a «aquel que tenía el poder de la muerte», aunque no sin gran peligro para sí mismo, lo cual me hizo amarlo aún más. [He 2:14,15]

Pues, según decían, y como yo creo (dijo Cristiano), lo hizo con derramamiento de mucha sangre; pero lo que ponía gloria de gracia en todo cuanto hizo fue que lo hizo por puro amor a su patria. Y además, había algunos de los de la casa que decían haber estado con él y haberle hablado desde que murió en la cruz; y atestiguaban haberlo oído de sus propios labios: que es tan amante de los pobres peregrinos, que no se halla semejante suyo de oriente a occidente.

Además, dieron una prueba de lo que afirmaban, y fue que se había despojado de su gloria, para poder hacer esto por los pobres; y que le habían oído decir y afirmar «que no moraría solo en el monte Sión». Dijeron, asimismo, que había hecho príncipes a muchos peregrinos, aunque por naturaleza habían nacido mendigos, y su origen había sido el muladar. [1 S 2:8; Sal 113:7]

Así estuvieron departiendo juntos hasta bien entrada la noche; y después de encomendarse a su Señor para que los protegiera, se retiraron a descansar: al Peregrino lo alojaron en una amplia cámara alta, cuya ventana se abría hacia donde nace el sol: el nombre de la cámara era Paz; donde durmió hasta que rayó el día, y entonces despertó y cantó--

«¿Dónde estoy ahora? ¿Es este el amor y el cuidado de Jesús por los hombres que peregrinos han tornado?
¡Así proveer, que yo haya sido perdonado,
y morar ya en la puerta misma del cielo, alojado!»

Así que por la mañana todos se levantaron; y, tras algo más de conversación, le dijeron que no debía partir hasta que le hubieran mostrado las rarezas de aquel lugar. Y primero lo llevaron al estudio, donde le mostraron registros de la más remota antigüedad; en los cuales, según recuerdo de mi sueño, le mostraron primero la genealogía del Señor de la colina, que era el hijo del Anciano de días, y que procedía de aquella generación eterna. Aquí también estaban registrados más plenamente los hechos que había realizado, y los nombres de muchos centenares que había tomado a su servicio; y cómo los había colocado en tales moradas que no podían disolverse ni por la duración de los días ni por el deterioro de la naturaleza.

Luego le leyeron algunas de las hazañas dignas que algunos de sus siervos habían realizado: cómo habían «sojuzgado reinos, obrado justicia, alcanzado promesas, tapado bocas de leones, apagado fuegos impetuosos, evitado el filo de espada, sacado fuerzas de flaqueza, hecho fuertes en batalla y puesto en fuga ejércitos extranjeros». [He 11:33,34]

Luego volvieron a leer, en otra parte de los registros de la casa, donde se mostraba cuán dispuesto estaba su Señor a recibir en su favor a cualquiera, a cualquiera en absoluto, aunque en tiempos pasados hubiesen infligido grandes afrentas a su persona y a sus designios. Había también aquí otras varias historias de muchas otras cosas famosas, de todas las cuales tuvo Cristiano una vista; tanto de cosas antiguas como modernas; junto con profecías y predicciones de cosas que tienen su cumplimiento cierto, tanto para pavor y espanto de los enemigos, como para consuelo y solaz de los peregrinos.

Al día siguiente lo tomaron y lo llevaron a la armería, donde le mostraron toda suerte de pertrechos que su Señor había provisto para los peregrinos, como espada, escudo, yelmo, coraza, la ORACIÓN-TOTAL, y calzado que jamás se gastaba. Y había aquí bastante de esto como para armar a tantos hombres para el servicio de su Señor cuantas son las estrellas del cielo en multitud.

También le mostraron algunos de los ingenios con los que algunos de sus siervos habían hecho cosas maravillosas. Le mostraron la vara de Moisés; el martillo y el clavo con los que Jael dio muerte a Sísara; los cántaros, las trompetas y también las lámparas con las que Gedeón puso en fuga a los ejércitos de Madián. Luego le mostraron la aguijada de bueyes con la que

Samgar mató a seiscientos hombres. Le mostraron también la quijada con la que Sansón realizó tan poderosas hazañas. Le mostraron, además, la honda y la piedra con las que David dio muerte a Goliat de Gat; y también la espada con la que su Señor matará al Hombre de Pecado, el día en que se levante a por su presa. Le mostraron, además, muchas otras cosas excelentes, con las que Cristiano quedó muy complacido. Hecho esto, volvieron a su descanso.

Entonces vi en mi sueño que, al día siguiente, se levantó para seguir adelante; pero le rogaron que se quedara también hasta el día siguiente; y entonces, dijeron, si el día está claro, te mostraremos los montes Deleitosos, que, dijeron, añadirían aún más a su consuelo, porque estaban más cerca del puerto deseado que el lugar en que ahora se hallaba; así que consintió y se quedó. Cuando llegó la mañana, lo llevaron a lo alto de la casa, y le pidieron que mirara hacia el sur; así lo hizo: y he aquí que, a gran distancia, vio un país montañoso sumamente placentero, hermoseado con bosques, viñedos, frutos de toda clase, también flores, con manantiales y fuentes, muy deleitoso de contemplar. [Is 33:16,17] Entonces preguntó el nombre de aquel país. Le dijeron que era la Tierra de Emanuel; y es tan común, dijeron, como esta colina, para todos los peregrinos. Y cuando llegues allá desde aquí, dijeron, podrás ver hasta la puerta de la Ciudad Celestial, como te lo harán ver los pastores que allí viven.

Ahora bien, él pensó en ponerse en marcha, y ellos estuvieron dispuestos a que lo hiciera. Pero primero, dijeron, volvamos a la armería. Así lo hicieron; y cuando llegaron allí, lo armaron de pies a cabeza con lo que era a toda prueba, no fuese que, por ventura, encontrara ataques en el camino. Así pues, equipado de esta manera, salió con sus amigos hasta la puerta, y allí preguntó al portero si había visto pasar a algún peregrino. Entonces el portero respondió: Sí.

CRIST. Te ruego, ¿lo conocías?, dijo él.

PORT. Le pregunté su nombre, y me dijo que era Fiel.

CRIST. Oh, dijo Cristiano, lo conozco; es mi paisano, mi vecino cercano; viene del lugar donde yo nací. ¿Cuánto crees que pueda ir por delante?

PORT. A estas horas ya habrá llegado al pie de la colina.

CRIST. Bien, dijo Cristiano, buen Portero, el Señor sea contigo, y añada mucho incremento a todas tus bendiciones, por la bondad que me has mostrado.

EL VALLE DE LA HUMILLACIÓN: APOLIÓN

Entonces se puso en marcha; mas Discreción, Piedad, Caridad y Prudencia quisieron acompañarlo hasta el pie de la colina. Así que siguieron juntos, reiterando sus anteriores conversaciones, hasta que llegaron al punto de bajar la colina. Entonces dijo Cristiano: Así como fue difícil subir, así, por lo que puedo ver, es peligroso bajar. Sí, dijo Prudencia, así es, pues es cosa dura para un hombre bajar al valle de la Humillación, como tú ahora, sin dar algún traspié por el camino; por eso, dijeron, hemos salido a acompañarte colina abajo. Así que comenzó a bajar, pero con mucho cuidado; aun así dio uno o dos traspiés.

Vi entonces en mi sueño que aquellos buenos compañeros, cuando Cristiano hubo llegado al pie de la colina, le dieron una hogaza de pan, una bota de vino y un racimo de pasas; y entonces él prosiguió su camino.

Pero ahora, en este valle de la Humillación, el pobre Cristiano se vio en grandes apuros; pues apenas había andado un breve trecho, cuando divisó a un inmundo demonio que venía por el campo a su encuentro; su nombre es Apolión. Entonces comenzó Cristiano a sentir temor, y a considerar en su mente si volver atrás o mantenerse firme. Mas volvió a pensar que no tenía armadura para la espalda; y por ello pensó que volverle la espalda podría darle mayor ventaja para atravesarlo con facilidad con sus dardos.

Por tanto, resolvió arriesgarse y mantenerse firme; pues, pensó, aunque no tuviera otra cosa en mente que salvar mi vida, mantenerme firme sería el mejor modo de hacerlo.

Así que siguió adelante, y Apolión salió a su encuentro. Era el monstruo horrendo de contemplar: iba vestido de escamas, como un pez (y en ellas está su orgullo), tenía alas como de dragón, pies como de oso, y de su vien-

tre salían fuego y humo, y su boca era como boca de león. Cuando llegó junto a Cristiano, lo miró con semblante desdeñoso, y así comenzó a interrogarlo.

APOL. ¿De dónde vienes? ¿Y adónde te diriges?

CRIST. Vengo de la Ciudad de Destrucción, que es el lugar de todo mal, y voy a la Ciudad de Sión.

APOL. Por eso percibo que eres uno de mis súbditos, pues todo ese país es mío, y yo soy el príncipe y el dios de él. ¿Cómo es, entonces, que has huido de tu rey? Si no fuera porque espero que aún puedas serme de más servicio, te derribaría ahora mismo de un solo golpe.

CRIST. En verdad nací en tus dominios, pero tu servicio era duro, y tu salario tal que un hombre no podía vivir de él, «porque la paga del pecado es muerte» [Ro 6:23]; por tanto, cuando llegué a mayor edad, hice, como hacen otras personas sensatas, mirar en torno, por si acaso podía mejorar mi condición.

APOL. No hay príncipe que así, tan a la ligera, pierda a sus súbditos, ni yo tampoco he de perderte todavía; pero ya que te quejas de tu servicio y de tu salario, conténtate con volver: cuanto nuestro país pueda ofrecer, aquí te prometo dártelo.

CRIST. Pero yo me he alquilado a otro, nada menos que al Rey de príncipes; ¿y cómo podría, con honradez, volver contigo?

APOL. En esto has obrado según el proverbio: «Cambiate lo malo por algo peor»; pero es cosa corriente que quienes se han declarado siervos suyos, al cabo de un tiempo, se le escabullan y vuelvan de nuevo a mí. Haz tú lo mismo, y todo irá bien.

CRIST. Yo le he dado mi fe, y le he jurado fidelidad; ¿cómo, pues, podría volverme atrás de esto sin ser ahorcado como traidor?

APOL. Lo mismo hiciste conmigo, y sin embargo estoy dispuesto a pasarlo todo por alto, si ahora tan solo te vuelves y regresas.

CRIST. Lo que te prometí fue en mi minoría de edad; y además, considero que el Príncipe bajo cuyo estandarte ahora estoy es capaz de absolverme; sí, y de perdonar también lo que hice al someterme a ti; y además, oh Apolión destructor, a decir verdad, su servicio, su salario, sus siervos, su go-

bierno, su compañía y su país me agradan más que los tuyos; así que deja ya de persuadirme más; soy su siervo, y he de seguirle.

APOL. Considera otra vez, ahora que estás con la cabeza fría, con qué es probable que te encuentres en el camino que sigues. Bien sabes que, por lo general, sus siervos acaban mal, porque son transgresores contra mí y mis caminos. ¡Cuántos de ellos han sido puestos a muerte vergonzosa! Y además, cuentas su servicio mejor que el mío, cuando él jamás ha venido todavía desde el lugar donde está a librar de mis manos a ninguno de los que le sirvieron; pero en cuanto a mí, cuántas veces, como el mundo entero sabe muy bien, he librado, ya sea por poder, ya por engaño, a los que fielmente me han servido, de él y de los suyos, aunque hubiesen sido apresados por ellos; y así también te libraré a ti.

CRIST. El que él se abstenga por ahora de librarlos es a propósito, para probar su amor, si han de aferrarse a él hasta el fin; y en cuanto al mal fin que dices que tienen, eso es para ellos sumamente glorioso; pues no esperan mucho una liberación presente, ya que aguardan su gloria, y entonces la tendrán, cuando su Príncipe venga en la suya y en la gloria de los ángeles.

APOL. Ya has sido infiel en tu servicio hacia él; ¿y cómo piensas recibir salario de él?

CRIST. ¿En qué, oh Apolión, le he sido infiel?

APOL. Desfalleciste ya al primer partir, cuando casi te ahogaste en el Pantano del Desaliento; intentaste medios ilícitos para librarte de tu carga, cuando deberías haber esperado a que tu Príncipe te la quitara; dormiste pecaminosamente y perdiste tu objetopreciado; también estuviste a punto de dejarte persuadir de volver atrás a la vista de los leones; y cuando hablas de tu viaje, y de lo que has oído y visto, en tu interior deseas la vanagloria en todo cuanto dices o haces.

CRIST. Todo esto es verdad, y mucho más que has dejado fuera; pero el Príncipe a quien sirvo y honro es misericordioso, y está pronto a perdonar; además, estas flaquezas se apoderaron de mí en tu país, pues allí las mamé; y he gemido bajo ellas, me he arrepentido de ellas, y he obtenido el perdón de mi Príncipe.

APOL. Entonces Apolión prorrumpió en una ira terrible, diciendo: Yo soy enemigo de ese Príncipe; odio su persona, sus leyes y su pueblo; he sa-

lido a propósito para hacerte frente.

CRIST. Apolión, ten cuidado con lo que haces; pues estoy en el camino real del Rey, el camino de la santidad; por tanto, guárdate tú.

APOL. Entonces Apolión se plantó a horcajadas sobre toda la anchura del camino, y dijo: Estoy libre de todo temor en este asunto: prepárate a morir; pues juro por mi guarida infernal que no irás más lejos; aquí derramaré tu alma.

Y dicho esto, le arrojó un dardo llameante al pecho; pero Cristiano tenía un escudo en la mano, con el cual lo detuvo, y así evitó aquel peligro.

Entonces desenvainó Cristiano, pues vio que era hora de moverse; y Apolión, con igual presteza, se lanzó sobre él, arrojando dardos tan espesos como el granizo; con los cuales, a pesar de cuanto Cristiano pudo hacer por esquivarlos, Apolión le hirió en la cabeza, en la mano y en el pie. Esto hizo que Cristiano retrocediera un poco; Apolión, por tanto, prosiguió su tarea con todas sus fuerzas, y Cristiano volvió a cobrar ánimo, y resistió tan varonilmente como pudo. Este duro combate duró más de media jornada, hasta que Cristiano quedó casi del todo agotado; pues has de saber que Cristiano, a causa de sus heridas, forzosamente iba debilitándose cada vez más.

Entonces Apolión, viendo su oportunidad, comenzó a cerrarse sobre Cristiano, y forcejeando con él, le dio una caída terrible; y con ello la espada de Cristiano voló de su mano. Entonces dijo Apolión: Ahora sí que eres mío. Y con esto casi lo aplastó hasta la muerte, de modo que Cristiano comenzó a desesperar de su vida; pero, como Dios lo dispuso, mientras Apolión se disponía a asestar su último golpe, para acabar del todo con aquel buen hombre, Cristiano extendió ágilmente la mano hacia su espada, y la asió, diciendo: «No te alegres de mí, enemiga mía; aunque caí, he de levantarme» [Miq 7:8];

y con esto le asestó una estocada mortal, que le hizo retroceder, como quien ha recibido una herida de muerte. Al ver esto, Cristiano volvió a arremeter contra él, diciendo: «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó». [Ro 8:37] Y con esto Apolión desplegó sus alas de dragón, y se alejó volando, de modo que Cristiano, por un tiempo, no volvió a verlo. [Stg 4:7]

En este combate, ningún hombre puede imaginar, a menos que hubiera visto y oído como yo, qué aullidos y horrendos bramidos lanzaba Apolión durante todo el tiempo de la lucha —hablaba como un dragón—; y, por otra parte, qué suspiros y gemidos brotaban del corazón de Cristiano. En todo ese tiempo no le vi echar ni un solo semblante placentero, hasta que percibió que había herido a Apolión con su espada de dos filos; entonces sí sonrió, y miró hacia arriba; pero fue el espectáculo más terrible que jamás he visto.

Apenas cabe hallar pugna más desigual: CRISTIANO ha de vérselas con un Ángel; mas mirad, que el hombre valeroso, blandiendo Espada y Escudo, logra que él, aunque sea Dragón, abandone el campo.

Así que, terminada la batalla, dijo Cristiano: «Aquí daré gracias a aquel que me libró de la boca del león, a aquel que me ayudó contra Apolión». Y así lo hizo, diciendo—

El gran Beelzebú, capitán de este demonio,
tramó mi ruina; y para tal designio
lo envió pertrechado: y él, con ira
infernál, me embistió con gran fiereza.
Mas el bendito Miguel me ayudó, y yo,
a golpe de espada, pronto lo hice huir.
Por eso a él rinda yo perpetua alabanza,
y agradezca y bendiga su santo nombre siempre.

Entonces vino a él una mano, con algunas hojas del árbol de la vida, las cuales tomó Cristiano y aplicó a las heridas que había recibido en la batalla, y quedó sanado al instante. También se sentó allí mismo a comer pan, y a beber de la bota que le habían dado poco antes; así, reconfortado, se dispuso a proseguir su viaje, con la espada desenvainada en la mano; pues dijo: no sé si algún otro enemigo pueda estar cerca. Pero no volvió a sufrir ningún otro ataque de Apolión en todo lo que quedaba de aquel valle.

EL VALLE DE SOMBRA DE MUERTE

Ahora bien, al final de este valle había otro, llamado el valle de Sombra de Muerte, y Cristiano debía atravesarlo por fuerza, porque el camino a la Ciudad Celestial pasaba por en medio de él. Este valle es un lugar en extremo solitario. Así lo describe el profeta Jeremías: «Tierra desierta, tierra de simas y de sequedad, tierra de sombra de muerte, tierra por la cual no pasó varón» (sino un cristiano) «ni allí habitó hombre». [Jer 2:6]

Aquí se vio Cristiano más apurado que en su combate con Apolión, como verás por lo que sigue.

Vi entonces en mi sueño que, cuando Cristiano llegó a las lindes de la Sombra de Muerte, le salieron al encuentro dos hombres, hijos de aquellos que trajeron mal informe de la buena tierra [Nm 13], y que se apresuraban a volver atrás; a quienes Cristiano habló así:—

CRIST. ¿Adónde vais?

LOS HOMBRES. Dijeron ellos: ¡Atrás, atrás! Y quisiéramos que tú hicieras lo mismo, si en algo aprecias la vida o la paz.

CRIST. Pero ¿qué sucede? —dijo Cristiano.

LOS HOMBRES. ¡Que qué sucede! —dijeron ellos—; íbamos por ese camino, como vas tú ahora, y llegamos tan lejos como nos atrevimos; y en verdad estuvimos a punto de no poder volver; pues si hubiéramos ido un poco más allá, no estaríamos aquí para traerte la noticia.

CRIST. Pero ¿con qué os habéis encontrado? —dijo Cristiano.

LOS HOMBRES. Pues casi llegamos al valle de Sombra de Muerte; pero, por buena fortuna, miramos delante de nosotros y vimos el peligro an-

tes de llegar a él. [Sal 44:19; 107:10]

CRIST. Pero ¿qué habéis visto? —dijo Cristiano.

LOS HOMBRES. ¡Que qué hemos visto! Pues el valle mismo, que es oscuro como la pez; vimos también allí a los trasgos, los sátiros y los dragones del abismo; oímos asimismo en aquel valle un continuo aullar y gritar, como de gentes bajo indecible miseria, que allí estaban atadas en aflicción y hierros; y sobre aquel valle penden las descorazonadoras nubes de la confusión. La Muerte, además, extiende siempre sus alas sobre él. En una palabra, es en todo espantoso, por hallarse en total desorden. [Job 3:5; 10:22]

CRIST. Entonces —dijo Cristiano—, no percibo aún, por lo que habéis dicho, sino que este es mi camino hacia el puerto deseado. [Jer 2:6]

LOS HOMBRES. Sea tu camino; nosotros no lo escogeremos como nuestro. Así se separaron, y Cristiano prosiguió su camino, aún con la espada desenvainada en la mano, por temor de ser asaltado.

Vi entonces en mi sueño que, a todo lo largo de este valle, había a mano derecha una zanja muy profunda; es aquella zanja en la que, en todas las edades, los ciegos han guiado a los ciegos, y ambos han perecido allí miserablemente. [Sal 69:14,15] Y, además, mirad, a mano izquierda había un cenagal sumamente peligroso, en el cual, si cayere hasta un hombre bueno, no puede hallar fondo donde asentar el pie. En aquel cenagal cayó una vez el rey David, y sin duda hubiera sido allí ahogado, si Aquel que es poderoso no lo hubiera sacado.

El sendero era aquí, además, en extremo angosto, y por ello el buen Cristiano se veía más apurado; pues cuando procuraba, en la oscuridad, esquivar la zanja de un lado, estaba a punto de caer en el lodo del otro; y cuando procuraba escapar del lodo, sin gran cuidado estaba a punto de caer en la zanja. Así fue avanzando, y le oí aquí suspirar amargamente; pues, además de los peligros ya dichos, el sendero era aquí tan oscuro que, muchas veces, cuando alzaba el pie para seguir adelante, no sabía dónde ni sobre qué habría de posarlo.

¡Pobre hombre! ¿Dónde estás? Tu día es noche ya. Buen hombre, no desmayes, tu rumbo cierto va, tu senda al cielo pasa junto a las puertas del Infierno; ten ánimo, resiste, contigo bien será.

Hacia la mitad de este valle percibí que estaba la boca del infierno, y se hallaba también pegada al borde del camino. Ahora bien, pensó Cristiano, ¿qué he de hacer? Y a cada momento salían de ella la llama y el humo en tal abundancia, con chispas y horrendos estruendos —cosas a las que no importaba la espada de Cristiano, como sí le había importado antes a Apolión—, que se vio obligado a envainar su espada y valerse de otra arma llamada la Oración-total. [Ef 6:18] Así clamó, oyéndolo yo: «Oh Señor, te ruego que libres mi alma». [Sal 116:4] Así prosiguió por largo rato, y aun así las llamas seguían alcanzándolo. Oyó también voces lastimeras, y idas y venidas apresuradas, de modo que a veces pensó que sería despedazado, o pisoteado como el lodo de las calles. Esta espantosa visión la vio, y estos terribles estruendos los oyó, durante varios kilómetros seguidos; y, al llegar a un lugar donde le pareció oír a una compañía de demonios que avanzaba a su encuentro, se detuvo, y comenzó a considerar qué le convendría hacer. A veces tuvo medio pensamiento de volver atrás; luego volvía a pensar que quizá estuviera ya a mitad del valle; recordó también cómo ya había vencido muchos peligros, y que el peligro de volver atrás podía ser mucho mayor que el de seguir adelante; así que resolvió proseguir. Mas los demonios parecían acercarse cada vez más; pero cuando ya casi estaban sobre él, gritó con voz sumamente vehemente: «¡Andaré en la fortaleza del Señor Dios!»; y así retrocedieron, y no se acercaron más.

Una cosa no quiero dejar pasar. Advertí que el pobre Cristiano estaba ya tan confundido que no reconocía su propia voz; y así lo percibí. Justo cuando llegaba frente a la boca del pozo ardiente, uno de los malignos se le puso detrás, y se le acercó sigilosamente, y le sugirió en susurros muchas y graves blasfemias, las cuales él en verdad creyó que procedían de su propia mente. Esto le apuró más que cualquier otra cosa con que se había topado antes, el pensar que ahora blasfemaría contra Aquel a quien tanto había amado; y sin embargo, de haber podido evitarlo, no lo habría hecho; pero no tenía la discreción de taparse los oídos, ni de saber de dónde procedían aquellas blasfemias.

Cuando Cristiano hubo caminado en esta condición desconsolada algún tiempo considerable, le pareció oír la voz de un hombre, como si fuera delante de él, que decía: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo». [Sal 23:4]

Entonces se alegró, y ello por estas razones:

Primera, porque de ello colegía que también otros que temían a Dios se hallaban en aquel valle, además de él mismo.

Segunda, porque percibía que Dios estaba con ellos, aun en aquel estado oscuro y sombrío; ¿y por qué no —pensó— conmigo también? aunque, a causa del estorbo propio de este lugar, no pueda yo percibirlo. [Job 9:11]

Tercera, porque esperaba que, si lograba alcanzarlos, tendría compañía dentro de poco. Así que siguió adelante, y llamó a aquel que iba delante; pero este no supo qué responder, pues también él se creía solo. Y en breve amaneció; entonces dijo Cristiano: Él ha vuelto «la sombra de muerte en mañana». [Am 5:8]

Llegada ya la mañana, miró hacia atrás, no por deseo de volver, sino por ver, a la luz del día, qué riesgos había atravesado en la oscuridad. Así vio con más claridad la zanja que había a un lado, y el lodo que había al otro; y también cuán angosto era el camino que pasaba entre ambos; vio asimismo entonces a los trasgos, los sátiros y los dragones del abismo, pero todos ya a lo lejos (pues, tras despuntar el día, no se acercaban); y con todo, le fueron descubiertos, conforme a lo que está escrito: «Él descubre las profundidades de las tinieblas, y saca a luz la sombra de muerte». [Job 12:22]

Cristiano quedó ahora muy conmovido por su liberación de todos los peligros de su solitario camino; peligros que, aunque antes había temido más, ahora los veía con mayor claridad, porque la luz del día se los hacía patentes. Y hacia este tiempo el sol iba saliendo, y esto fue otra misericordia para Cristiano; pues has de notar que, aunque la primera parte del valle de Sombra de Muerte era peligrosa, esta segunda parte que aún le quedaba por andar era, de ser posible, mucho más peligrosa; pues desde el lugar donde ahora se hallaba hasta el fin del valle, el camino iba todo sembrado, aquí, de tantos lazos, trampas, cepos y redes, y allí, de tantos hoyos, trampas ocultas, profundos agujeros y despeñaderos, que, de haber estado oscuro como cuando anduvo la primera parte del camino, aunque hubiese tenido mil almas, con razón las habría perdido todas; pero, como acabo de decir, el sol iba saliendo. Entonces dijo él: «Cuando hacía resplandecer su lámpara sobre mi cabeza, y a su luz yo caminaba en la oscuridad». [Job 29:3]

Con esta luz, pues, llegó al fin del valle. Vi entonces en mi sueño que, al final de este valle, yacían sangre, huesos, cenizas y cuerpos despedazados de hombres, hasta de peregrinos que en tiempos pasados habían andado por

este mismo camino; y mientras yo cavilaba cuál sería la causa, divisé un poco más adelante una cueva, donde en otro tiempo habitaron dos gigantes, PAPA y PAGANO, por cuyo poder y tiranía fueron cruelmente dados muerte los hombres cuyos huesos, sangre y cenizas, etc., allí yacían. Mas por este lugar pasó Cristiano sin gran peligro, de lo cual me maravillé algo; pero he sabido después que PAGANO lleva muerto ya muchos días; y en cuanto al otro, aunque aún vive, se ha vuelto, a causa de la edad, y también de los muchos y ásperos trances que sufrió en su juventud, tan chocho y agarrotado de coyunturas, que ahora poco más puede hacer que sentarse a la boca de su cueva, haciendo muecas a los peregrinos que pasan, y mordiendo las uñas porque no puede alcanzarlos.

Así que vi que Cristiano prosiguió su camino; sin embargo, al ver al Anciano que estaba sentado a la boca de la cueva, no supo qué pensar, sobre todo porque este le habló, aunque no podía perseguirlo, diciendo: «Nunca os enmendaréis hasta que más de vosotros seáis quemados». Mas él calló, y puso buen semblante, y así pasó de largo sin recibir daño. Entonces cantó Cristiano:

¡Oh mundo de prodigios! (no puedo decir menos),
que fuese preservado en tan grave tormento
como el que aquí encontré. ¡Oh bendita sea
la mano que de él me ha librado!
Peligros en tinieblas, demonios, infierno y pecado
me cercaron, mientras en este valle estaba:
sí, lazos, hoyos, trampas y redes yacían
en torno a mi senda, para que yo, necio y sin valía,
pudiera ser atrapado, enredado y derribado;
mas ya que vivo, que JESÚS lleve la corona.

EL ENCUENTRO CON FIEL

Prosiguiendo Cristiano su camino, llegó a una pequeña eminencia que se había levantado a propósito, para que los peregrinos pudieran ver lo que tenían por delante. Subió, pues, Cristiano hasta allí, y mirando hacia delante, vio a Fiel que iba camino adelante de él. Entonces dijo Cristiano en voz alta: «¡Eh! ¡eh! ¡So-ho! ¡Detente, y seré tu compañero!» A esto, Fiel miró hacia atrás; y Cristiano volvió a gritarle: «¡Detente, detente, hasta que te alcance!» Pero Fiel respondió: «No, me va la vida en ello, y el vengador de la sangre viene tras de mí.»

Con esto, Cristiano se sintió algo movido, y, poniendo en ello todas sus fuerzas, no tardó en alcanzar a Fiel, y hasta lo dejó atrás; de modo que el último fue el primero. Entonces sonrió Cristiano con vanagloria, por haberse adelantado a su hermano; pero, sin mirar bien dónde ponía los pies, tropezó de pronto y cayó, y no pudo levantarse hasta que Fiel llegó a ayudarlo.

Vi entonces en mi sueño que iban juntos muy amorosamente, y tenían dulce conversación sobre todo cuanto les había acontecido en su peregrinación; y así comenzó Cristiano:

CRIST. Mi honrado y muy amado hermano Fiel, me alegro de haberte alcanzado; y de que Dios haya templado así nuestros ánimos, que podamos caminar como compañeros por esta senda tan placentera.

FIEL. Había pensado, querido amigo, tener tu compañía desde nuestra misma ciudad; pero te adelantaste a mí, por lo cual me vi obligado a recorrer solo la mayor parte del camino.

CRIST. ¿Cuánto tiempo te quedaste en la Ciudad de Destrucción antes de partir tras de mí en tu peregrinación?

FIEL. Hasta que ya no pude quedarme más; pues, al instante después de que te fuiste, se habló mucho de que nuestra ciudad, dentro de poco, sería reducida a cenizas por fuego del cielo.

CRIST. ¡Cómo! ¿Así hablaban tus vecinos?

FIEL. Sí, por un tiempo estuvo en boca de todos.

CRIST. ¡Cómo! ¿Y no salió ninguno más que tú para escapar del peligro?

FIEL. Aunque se habló mucho de ello, como te dije, no creo que lo creyeran firmemente. Porque, en el ardor de la conversación, oí a algunos de ellos hablar burlonamente de ti y de tu desesperado viaje (pues así llamaban a esta tu peregrinación); pero yo creí, y todavía creo, que el fin de nuestra ciudad será con fuego y azufre venidos de lo alto; y por eso he escapado.

CRIST. ¿No oíste hablar del vecino Flexible?

FIEL. Sí, Cristiano; oí decir que te siguió hasta llegar al Pantano del Desaliento, donde, según algunos dijeron, cayó dentro; pero él no quería que se supiera que así había sido; mas estoy seguro de que quedó bien salpicado de aquel lodo.

CRIST. ¿Y qué le dijeron los vecinos?

FIEL. Desde que se volvió, ha sido objeto de gran mofa, y eso entre toda clase de gentes; unos se burlan de él y lo desprecian; y apenas hay quien le dé trabajo. Está ahora siete veces peor que si nunca hubiera salido de la ciudad.

CRIST. Pero ¿por qué habrían de estar así contra él, si también ellos desprecian el camino que él abandonó?

FIEL. Oh, dicen: ¡que lo ahorquen, es un renegado! No fue fiel a su profesión. Pienso que Dios ha movido incluso a sus enemigos a silbarlo y a hacer de él un proverbio, porque ha abandonado el camino. [Jer 29:18,19]

CRIST. ¿No hablaste con él antes de salir?

FIEL. Me lo encontré una vez por las calles, pero desvió la mirada hacia el otro lado, como quien se avergüenza de lo que ha hecho; así que no le hablé.

CRIST. Bien, al principio de mi partida tenía esperanzas en aquel hombre; pero ahora temo que perecerá en la destrucción de la ciudad; pues le ha sucedido según el verdadero proverbio: «El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada, a revolcarse en el cieno.» [2 P 2:22]

FIEL. Esos son también mis temores respecto a él; pero ¿quién puede impedir lo que ha de ser?

CRIST. Bien, vecino Fiel, dijo Cristiano, dejémoslo, y hablemos de cosas que más de cerca nos conciernen a nosotros mismos. Cuéntame ahora qué has hallado en el camino al venir; pues sé que algo te ha salido al paso, o de lo contrario podría escribirse como cosa admirable.

FIEL. Yo escapé del Pantano en el que vi que habías caído, y llegué a la puerta sin ese peligro; solo que me encontré con una llamada Lascivia, que estuvo a punto de hacerme daño.

CRIST. Bien hiciste en escapar de su red; a José también lo puso ella en grandes aprietos, y escapó de ella como tú; pero estuvo a punto de costarle la vida. [Gn 39:11-13] Pero ¿qué te hizo a ti?

FIEL. No puedes imaginar, aunque algo sabrás, qué lengua tan lisonjera tenía; me insistió con fuerza para que me desviara con ella, prometiéndome todo género de contento.

CRIST. No, no te prometería el contento de una buena conciencia.

FIEL. Ya sabes lo que quiero decir; todo contento carnal y de la carne.

CRIST. Gracias a Dios que escapaste de ella: «El aborrecido del Señor caerá en su hoyo.» [Sal 22:14]

FIEL. No, no sé si escapé de ella del todo o no.

CRIST. ¿Cómo? Supongo que no consentiste a sus deseos.

FIEL. No, para no contaminarme; pues recordé un antiguo escrito que había visto, que decía: «Sus pasos conducen al infierno.» [Pr 5:5] Así que cerré los ojos, para no ser hechizado por sus miradas. [Job 31:1] Entonces ella me insultó, y yo seguí mi camino.

CRIST. ¿No sufriste ningún otro ataque en el camino?

FIEL. Cuando llegué al pie de la colina llamada Dificultad, me encontré con un hombre muy anciano, que me preguntó qué era yo, y adónde iba. Le dije que era un peregrino, camino de la Ciudad Celestial. Entonces dijo el anciano: Pareces un hombre honrado; ¿te contentarías con habitar conmigo por el salario que te daré? Entonces le pregunté su nombre, y dónde habitaba. Dijo que se llamaba Adán el Primero, y que habitaba en la villa de Engaño. [Ef 4:22] Le pregunté entonces cuál era su trabajo, y qué salario daría. Me dijo que su trabajo consistía en muchos deleites; y su salario, que yo sería su heredero al fin. Le pregunté además qué casa tenía, y qué otros siervos poseía. Así que me dijo que su casa se mantenía con todas las delicias del mundo; y que sus siervos eran los engendrados por él mismo. Entonces pregunté si tenía hijos. Dijo que solo tenía tres hijas: Deseo de la Carne, Deseo de los Ojos y Soberbia de la Vida, y que me casaría con las tres si quisiera. [1 Jn 2:16] Le pregunté entonces cuánto tiempo querría que viviera con él. Y me dijo: Mientras él mismo viviera.

CRIST. Bien, ¿y a qué conclusión llegasteis al fin el anciano y tú?

FIEL. Pues bien, al principio me sentí algo inclinado a ir con aquel hombre, porque me pareció que hablaba muy bien; pero, mirando su frente mientras hablaba con él, vi allí escrito: «Despojaos del viejo hombre con sus obras.»

CRIST. ¿Y entonces qué?

FIEL. Entonces me vino con fuego al pensamiento que, dijera lo que dijera y por más que me halagara, en cuanto me llevara a su casa, me vendería como esclavo. Así que le pedí que dejara de hablar, pues no me acercaría a la puerta de su casa. Entonces me ultrajó, y me dijo que enviaría tras de mí a uno que amargaría mi camino hasta el alma. Así que me volví para alejarme de él; pero, justo al volverme para irme de allí, sentí que me agarraba la carne, y me dio tal tirón mortal hacia atrás, que pensé que se había llevado consigo parte de mí. Esto me hizo clamar: «¡Oh, hombre miserable!» [Ro 7:24] Y así seguí mi camino colina arriba.

Ahora bien, cuando había subido más o menos la mitad, miré hacia atrás, y vi a uno que venía tras de mí, veloz como el viento; y me alcanzó justo por el lugar donde está el banco.

CRIST. Justo allí, dijo Cristiano, me senté a descansar; pero, vencido por el sueño, perdí allí este rollo que llevaba en el pecho.

FIEL. Pero, buen hermano, escúchame hasta el final. En cuanto aquel hombre me alcanzó, no fue más que una palabra y un golpe, pues me derribó y me dejó por muerto. Pero cuando volví algo en mí, le pregunté por qué me trataba así. Dijo que por mi secreta inclinación hacia Adán el Primero; y con eso me asestó otro golpe mortal en el pecho, y me derribó de espaldas; así que quedé tendido a sus pies, tan muerto como antes. Cuando volví en mí otra vez, le pedí clemencia; pero él dijo: No sé cómo mostrar clemencia; y con eso volvió a derribarme. Sin duda me habría dado muerte, de no ser porque uno pasó por allí y le mandó desistir.

CRIST. ¿Quién fue el que le mandó desistir?

FIEL. No lo conocí al principio, pero, al pasar, percibí los agujeros en sus manos y en su costado; entonces concluí que era nuestro Señor. Y así subí la colina.

CRIST. Aquel hombre que te alcanzó era Moisés. No perdona a nadie, ni sabe mostrar clemencia a los que transgreden su ley.

FIEL. Lo sé muy bien; no era la primera vez que se topaba conmigo. Fue él quien vino a mí cuando yo moraba seguro en mi casa, y me dijo que me quemaría la casa sobre la cabeza si me quedaba allí.

CRIST. Pero ¿no viste la casa que se alzaba allí en lo alto de la colina, en cuya ladera te salió al paso Moisés?

FIEL. Sí, y también los leones, antes de llegar a ella; pero, en cuanto a los leones, creo que estaban dormidos, pues era casi mediodía; y como me quedaba tanto día por delante, pasé de largo junto al portero, y bajé la colina.

CRIST. En efecto, me dijo que te vio pasar, pero desearía que te hubieras detenido en la casa, pues te habrían mostrado tantas rarezas, que apenas las habrías olvidado hasta el día de tu muerte. Pero dime, te ruego, ¿no te encontraste con nadie en el valle de la Humillación?

FIEL. Sí, me encontré con uno llamado Descontento, que de buena gana me habría persuadido de volver con él; su razón era que aquel valle carecía por completo de honor. Me dijo, además, que ir allí era el modo de desobe-

decer a todos mis amigos, como Soberbia, Arrogancia, Presunción-propia, Gloria-mundana, y otros, que, según decía, sabía que se ofenderían muchísimo si yo hacía tal necesidad de mí mismo como vadear ese valle.

CRIST. Bien, ¿y cómo le respondiste?

FIEL. Le dije que, aunque todos esos que nombraba podían reclamar parentesco conmigo, y con razón, pues en verdad eran mis parientes según la carne; sin embargo, desde que me hice peregrino, ellos me han repudiado a mí, como yo también los he rechazado a ellos; y por tanto, ya no eran para mí más que si nunca hubieran sido de mi linaje.

Le dije, además, que en cuanto a ese valle, había tergiversado por completo la cosa; pues antes de la honra va la humildad, y antes de la caída, el espíritu altivo. Por tanto, le dije, prefiero atravesar este valle hacia la honra que así estimaron los más sabios, antes que elegir lo que él tenía por más digno de nuestro afecto.

CRIST. ¿No te encontraste con nada más en ese valle?

FIEL. Sí, me encontré con Vergüenza; pero, de todos los hombres con quienes me he topado en mi peregrinación, este, creo yo, lleva el nombre que no le corresponde. A los demás, tras un poco de discusión y alguna otra cosa, se les podía hacer decir que no; pero este Vergüenza tan descarado jamás cedía.

CRIST. Y bien, ¿qué te dijo?

FIEL. ¡Cómo que qué! Pues objetaba contra la religión misma; decía que era cosa mezquina, baja y rastrera que un hombre se ocupara de la religión; decía que una conciencia delicada era cosa impropia de un hombre; y que, si un hombre vigilaba sus palabras y sus caminos de modo que se privara de esa libertad fanfarrona a que están acostumbrados los espíritus valientes de nuestros días, se convertiría en el hazmerreír de la época. Objetaba también que pocos, de entre los poderosos, los ricos o los sabios, fueron jamás de mi opinión [1 Co 1:26; 3:18; Fil 3:7,8]; ni siquiera ninguno de ellos [Jn 7:48], antes de dejarse persuadir a ser necios, y a tener la voluntaria afición de arriesgarlo todo, por no se sabe qué. Objetaba, además, la baja y ruin condición de los que principalmente eran los peregrinos de su tiempo: también su ignorancia y su falta de entendimiento en toda ciencia natural. Es más, me insistió también en esta misma vena sobre otras muchas cosas que aquí no

relato; como que era vergonzoso quedarse gimoteando y lamentándose bajo un sermón, y vergonzoso volver a casa suspirando y gimiendo: que era vergonzoso pedir perdón al vecino por faltas leves, o restituir aquello que a alguien hubiera tomado. Dijo, también, que la religión hacía a un hombre volverse extraño para con los grandes, a causa de unos pocos vicios que él llamaba con nombres más finos; y le hacía reconocer y respetar a los bajos, por causa de esa misma hermandad religiosa. Y ¿no es esto, decía él, una vergüenza?

CRIST. ¿Y qué le respondiste tú?

FIEL. ¡Que qué le dije! Al principio no supe qué decir. Sí, me apuró tanto, que la sangre se me subió al rostro; este mismo Vergüenza me la hizo subir, y casi me deja del todo derrotado. Pero al fin comencé a considerar que «lo que entre los hombres es tenido en alta estima, delante de Dios es abominación.» [Lc 16:15] Y pensé también que este Vergüenza me dice cómo son los hombres, pero no me dice nada de cómo es Dios ni la Palabra de Dios. Y pensé, además, que en el día del juicio no seremos condenados a muerte o vida según los espíritus fanfarrones del mundo, sino según la sabiduría y la ley del Altísimo. Por tanto, pensé, lo que Dios dice es lo mejor, en verdad lo mejor, aunque todos los hombres del mundo estén en contra. Viendo, pues, que Dios prefiere su religión; viendo que Dios prefiere una conciencia delicada; viendo que los que se hacen necios por el reino de los cielos son los más sabios; y que el hombre pobre que ama a Cristo es más rico que el hombre más grande del mundo que lo odia; ¡Vergüenza, apártate, eres enemigo de mi salvación! ¿Voy a acogerte contra mi soberano Señor? ¿Cómo podré entonces mirarlo a la cara en su venida? Si ahora me avergonzara de sus caminos y de sus siervos, ¿cómo podría esperar la bendición? [Mr 8:38] Pero, en verdad, este Vergüenza era un villano audaz; apenas podía sacudírmelo de encima; sí, andaba rondándome, y continuamente me susurraba al oído una u otra de las flaquezas que acompañan a la religión; pero al fin le dije que era en vano seguir insistiendo en este asunto; pues en aquellas cosas mismas que él despreciaba, veía yo la mayor gloria; y así logré al fin dejar atrás a este importuno. Y cuando lo hube sacudido de mí, comencé a cantar—

Las pruebas que padecen esos hombres,
que obedecen del cielo los reclamos,
son numerosas, hechas a la carne,

y vuelven, y regresan, y de nuevo llegan;
que ahora, o en otro tiempo, por su causa,
vencidos y arrojados ser podamos.
¡Oh, que los peregrinos, los peregrinos, pues,
velen, y se porten como hombres han de ser!

CRIST. Me alegro, hermano mío, de que resistieras a este villano tan valerosamente; pues, de todos, como bien dices, pienso que este lleva el nombre que no le corresponde; porque es tan osado que nos sigue por las calles, y trata de avergonzarnos delante de todos los hombres: es decir, de hacernos avergonzar de lo que es bueno; pero si él mismo no fuera audaz, jamás intentaría hacer lo que hace. Mas resistámoslo siempre; pues, pese a todas sus fanfarronadas, no promueve sino al necio, y a nadie más. «Los sabios heredarán honra: mas los necios llevarán ignominia», dijo Salomón. [Pr 3:35]

FIEL. Pienso que debemos clamar a él por ayuda contra Vergüenza, pues él quiere que seamos valientes por la verdad sobre la tierra.

CRIST. Dices verdad; pero ¿no te encontraste con nadie más en ese valle?

FIEL. No, yo no; pues tuve sol durante todo el resto del camino por allí, y también por el valle de Sombra de Muerte.

CRIST. Suerte tuviste. Estoy seguro de que a mí me fue muy distinto; tuve, por largo tiempo, casi nada más entrar en aquel valle, un terrible combate con aquel inmundo demonio Apolión; sí, creí de veras que me mataría, sobre todo cuando me derribó y me aplastó bajo su peso, como si fuera a hacerme pedazos; pues, al arrojarme, la espada se me escapó de la mano; es más, me dijo que estaba seguro de tenerme en su poder: pero clamé a Dios, y él me oyó, y me libró de todas mis angustias. Después entré en el valle de Sombra de Muerte, y no tuve luz durante casi la mitad del camino por él. Pensé que allí me matarían una y otra vez; pero al fin rompió el día, y salió el sol, y recorrí lo que quedaba con mucha más calma y sosiego.

LOCUAZ

Vi además en mi sueño que, mientras proseguían su camino, Fiel, al mirar por casualidad hacia un lado, vio a un hombre llamado Locuaz, que caminaba a cierta distancia junto a ellos; pues en aquel lugar había sitio de sobra para que todos caminasen. Era un hombre alto, y algo más apuesto de lejos que de cerca. A este hombre se dirigió Fiel de esta manera:

FIEL. Amigo, ¿adónde vas? ¿Vas camino del país celestial?

LOC. Voy al mismo lugar.

FIEL. Eso está bien; espero entonces que podamos gozar de tu buena compañía.

LOC. De muy buena gana seré tu compañero.

FIEL. Ven, pues, y vayamos juntos, y empleemos el tiempo en discurrir sobre cosas provechosas.

LOC. Hablar de cosas buenas me resulta muy grato, ya sea contigo o con cualquier otro; y me alegro de haber hallado a quienes se inclinan a obra tan buena; pues, a decir verdad, son pocos los que se cuidan de emplear así su tiempo (mientras van de camino), y prefieren, con mucho, hablar de cosas sin provecho; y esto ha sido para mí motivo de aflicción.

FIEL. Eso es, en verdad, cosa digna de lamentar; pues ¿qué cosas son más dignas del uso de la lengua y la boca de los hombres en la tierra que las cosas del Dios del cielo?

LOC. Me agradas en extremo, pues tus dichos están llenos de convicción; y añadiré: ¿qué cosa hay tan placentera, y qué tan provechosa, como hablar de las cosas de Dios? ¿Qué cosas tan placenteras (esto es, si un hombre se

deleita en cosas maravillosas)? Por ejemplo, si un hombre gusta de hablar de la historia o el misterio de las cosas; o si un hombre ama hablar de milagros, prodigios o señales, ¿dónde hallará cosas consignadas tan deleitosas, y tan dulcemente escritas, como en la Sagrada Escritura?

FIEL. Es cierto; pero sacar provecho de tales cosas en nuestra conversación debería ser lo que nos propongamos.

LOC. Eso mismo es lo que yo decía; pues hablar de tales cosas es cosa provechosísima; porque, haciéndolo así, un hombre puede alcanzar conocimiento de muchas cosas: como de la vanidad de las cosas terrenas, y el provecho de las cosas de lo alto. Así, en general, pero más particularmente por esto, un hombre puede aprender la necesidad del nuevo nacimiento, la insuficiencia de nuestras obras, la necesidad de la justicia de Cristo, etc. Además, por esto puede un hombre aprender, hablando, qué es arrepentirse, creer, orar, padecer, o cosas semejantes; por esto también puede un hombre aprender cuáles son las grandes promesas y consolaciones del evangelio, para consuelo propio. Además, por esto puede un hombre aprender a refutar opiniones falsas, a defender la verdad, y también a instruir al ignorante.

FIEL. Todo esto es verdad, y me alegro de oírtelo decir.

LOC. ¡Ay! La falta de esto es la causa de que tan pocos comprendan la necesidad de la fe, y la necesidad de una obra de gracia en su alma, para la vida eterna; sino que viven ignorantemente en las obras de la ley, por las cuales de ningún modo puede el hombre alcanzar el reino de los cielos.

FIEL. Pero, con tu permiso, el conocimiento celestial de estas cosas es don de Dios; ningún hombre las alcanza por industria humana, ni tampoco con solo hablar de ellas.

LOC. Todo esto lo sé muy bien; pues nada puede el hombre recibir, si no le es dado del cielo; todo es de gracia, no de obras. Podría darte cien pasajes de la Escritura para confirmar esto.

FIEL. Bien, pues, dijo Fiel, ¿sobre qué cosa fundaremos ahora nuestro discurso?

LOC. Sobre lo que quieras. Hablaré de cosas celestiales, o de cosas terrenales; de cosas morales, o de cosas evangélicas; de cosas sagradas, o de cosas profanas; de cosas pasadas, o de cosas por venir; de cosas extranjeras, o

de cosas domésticas; de cosas más esenciales, o de cosas circunstanciales; con tal de que todo redunde en nuestro provecho.

FIEL. Entonces Fiel comenzó a maravillarse; y, acercándose a Cristiano (que había ido caminando solo todo este rato), le dijo, en voz baja: ¡Qué compañero tan excelente hemos hallado! Sin duda este hombre será un peregrino admirable.

CRIST. Ante esto, Cristiano sonrió con modestia, y dijo: Ese hombre, con quien estás tan prendado, engañará, con esa lengua suya, a veinte de los que no lo conocen.

FIEL. ¿Lo conoces, entonces?

CRIST. ¡Que si lo conozco! Sí, mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

FIEL. Dime, te ruego, ¿quién es?

CRIST. Se llama Locuaz; vive en nuestra ciudad. Me extraña que te sea desconocido, aunque bien pienso que nuestra ciudad es grande.

FIEL. ¿De quién es hijo? ¿Y en qué parte vive?

CRIST. Es hijo de uno llamado Bienhablado; vivía en la calle de la Palabrería; y es conocido de cuantos lo tratan por el nombre de Locuaz de la calle de la Palabrería; y, pese a su lengua tan fina, no es sino un pobre sujeto.

FIEL. Bien, parece un hombre muy gallardo.

CRIST. Eso es, para quienes no lo conocen a fondo; pues luce mejor fuera que en su casa. Lo que dices, que es un hombre gallardo, me trae a la memoria lo que he observado en la obra del pintor, cuyos cuadros lucen mejor de lejos, pero, de muy cerca, resultan más desagradables.

FIEL. Pero me inclino a pensar que solo bromeas, porque sonreíste.

CRIST. Dios me libre de bromear (aunque sonreí) en este asunto, o de acusar a nadie falsamente. Te daré más pruebas de cómo es. Este hombre sirve para cualquier compañía, y para cualquier conversación; tal como habla ahora contigo, así habla cuando está en el banco de la taberna; y cuanto más bebe, más de estas cosas tiene en la boca; la religión no tiene lugar en su corazón, ni en su casa, ni en su conducta; todo lo que tiene está en la lengua, y su religión consiste en hacer ruido con ella.

FIEL. ¡Con que así es! Entonces me he engañado grandemente con este hombre.

CRIST. ¡Engañado! Puedes estar seguro de ello; recuerda el proverbio: «Dicen, y no hacen.» [Mt 23:3] Mas el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. [1 Co 4:20] Habla de la oración, del arrepentimiento, de la fe y del nuevo nacimiento; pero solo sabe hablar de ellos. He estado en su casa, y lo he observado tanto dentro como fuera; y sé que lo que digo de él es verdad. Su casa está tan vacía de religión como la clara del huevo de sabor. Allí no hay ni oración ni señal de arrepentimiento por el pecado; sí, el bruto según su especie sirve a Dios mucho mejor que él. Es la mancha misma, el oprobio y la vergüenza de la religión, para cuantos lo conocen; apenas se puede oír de él una buena palabra en todo aquel extremo de la ciudad donde vive, por su causa. [Ro 2:24,25] Así dice de él la gente común que lo conoce: Santo fuera, y demonio en casa. Su pobre familia lo comprueba; es tan grosero, tan reñidor, y tan desatento con sus criados, que estos no saben ni cómo servirle ni cómo hablarle. Los hombres que tienen tratos con él dicen que es mejor tratar con un turco que con él; pues de manos de aquel recibirían trato más justo. Este Locuaz (si es posible) los supera; los defrauda, los engaña y los estafa. Además, cría a sus hijos para que sigan sus pasos; y si halla en alguno de ellos una necia timidez (pues así llama a la primera muestra de conciencia delicada), los llama necios y zoquetes, y de ningún modo los ocupa en nada de importancia, ni los alaba delante de otros. Por mi parte, opino que ha hecho, con su mala vida, tropezar y caer a muchos; y será, si Dios no lo remedia, la ruina de muchos más.

FIEL. Bien, hermano mío, estoy obligado a creerte; no solo porque dices que lo conoces, sino también porque, como cristiano que eres, das tus informes de los hombres. Pues no puedo pensar que digas estas cosas por mala voluntad, sino porque son tal como dices.

CRIST. Si yo no lo hubiera conocido más que tú, quizá habría pensado de él, al principio, como tú pensaste; sí, si hubiera recibido este informe únicamente de manos de enemigos de la religión, lo habría tenido por calumnia, suerte que a menudo cae de bocas de hombres malos sobre nombres y profesiones de hombres buenos; pero todas estas cosas, sí, y muchas más tan malas como estas, puedo probar que es culpable de ellas por conocimiento propio. Además, los hombres buenos se avergüenzan de él; no pueden lla-

marlo hermano ni amigo; el solo nombrarlo entre ellos les hace ruborizarse, si lo conocen.

FIEL. Bien, veo que decir y hacer son dos cosas distintas, y de aquí en adelante observaré mejor esta distinción.

CRIST. Son, en efecto, dos cosas, y tan diversas como el alma y el cuerpo; pues así como el cuerpo sin el alma no es sino un cadáver, así también el decir, si va solo, no es sino un cadáver. El alma de la religión es la parte práctica: «La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo.» [Stg 1:27; véanse vv. 22-26] De esto no se percata este Locuaz; él piensa que oír y decir hacen a un buen cristiano, y así engaña a su propia alma. Oír no es más que sembrar la semilla; hablar no basta para probar que el fruto está en verdad en el corazón y en la vida; y tengamos por cierto que en el día del juicio los hombres serán juzgados según sus frutos. [Mt 13, 25] No se dirá entonces: ¿Creíste? sino: ¿Fuisteis hacedores, o solo habladores? Y conforme a eso serán juzgados. El fin del mundo se compara a nuestra siega; y ya sabéis que en la siega los hombres no atienden a otra cosa que al fruto. No es que se pueda aceptar nada que no sea de fe, pero digo esto para mostrarte cuán insignificante será la profesión de Locuaz en aquel día.

FIEL. Esto me trae a la memoria aquello de Moisés, con que describe la bestia limpia. [Lv 11:3-7; Dt 14:6-8] Es aquella que tiene pezuña hendida y rumia; no la que solo tiene pezuña hendida, ni la que solo rumia. La liebre rumia, mas es inmunda, porque no tiene pezuña hendida. Y esto se asemeja de verdad a Locuaz; él rumia, busca el conocimiento, mastica la palabra; pero no divide la pezuña, no se aparta del camino de los pecadores; sino que, como la liebre, conserva la pata de perro o de oso, y por eso es inmundo.

CRIST. Has expresado, que yo sepa, el verdadero sentido evangélico de esos textos. Y añadiré otra cosa: Pablo llama a algunos hombres, sí, y a esos grandes habladores también, metal que resuena y címbalo que retine; esto es, como él mismo lo explica en otro lugar, cosas sin vida, que dan sonido. [1 Co 13:1-3; 14:7] Cosas sin vida, es decir, sin la verdadera fe ni la gracia del evangelio; y, por consiguiente, cosas que jamás tendrán lugar en el reino

de los cielos entre los que son hijos de la vida; aunque su sonido, por su hablar, sea como si fuese la lengua o la voz de un ángel.

FIEL. Bien, al principio no me disgustaba tanto su compañía, pero ahora estoy tan harto de ella. ¿Qué haremos para librarnos de él?

CRIST. Sigue mi consejo, y haz lo que te digo, y hallarás que pronto se hartará él también de tu compañía, a menos que Dios le toque el corazón y lo convierta.

FIEL. ¿Qué quieres que haga?

CRIST. Pues bien, ve a él, y entabla algún discurso serio sobre el poder de la religión; y pregúntale llanamente (una vez que él lo haya aprobado, pues lo hará) si esa cosa está establecida en su corazón, en su casa o en su conducta.

FIEL. Entonces Fiel se adelantó de nuevo, y dijo a Locuaz: Vamos, ¿qué tal? ¿Cómo va todo ahora?

LOC. Gracias, bien. Pensaba que a estas alturas ya habríamos hablado mucho.

FIEL. Bien, si quieres, pongámonos a ello ahora; y ya que me dejaste a mí plantear la cuestión, sea esta: ¿Cómo se manifiesta la gracia salvadora de Dios cuando está en el corazón del hombre?

LOC. Veo, entonces, que nuestra conversación debe versar sobre el poder de las cosas. Bien, es muy buena pregunta, y estaré dispuesto a responderte. Toma mi respuesta, en breve, así: Primero, donde la gracia de Dios está en el corazón, causa allí un gran clamor contra el pecado. Segundo...

FIEL. No, espera, consideremos una cosa a la vez. Pienso que deberías decir, más bien, que se manifiesta inclinando al alma a aborrecer su pecado.

LOC. Pero ¿qué diferencia hay entre clamar contra el pecado y aborrecerlo?

FIEL. Oh, mucha. Un hombre puede clamar contra el pecado por conveniencia, pero no puede aborrecerlo sino en virtud de una antipatía piadosa contra él. He oído a muchos clamar contra el pecado desde el púlpito, que, sin embargo, lo soportan de buena gana en el corazón, en la casa y en la conducta. La mujer de Putifar clamó a grandes voces, como si hubiera sido

muy santa; pero, con todo, de buena gana habría cometido inmundicia con él. Algunos claman contra el pecado tal como la madre clama contra su hijo en su regazo, cuando lo llama guarro y niña mala, y luego se pone a abrazarlo y besarlo.

LOC. Veo que buscas cogerme en falta.

FIEL. No, yo no; solo pretendo poner las cosas en su lugar. Pero ¿cuál es la segunda cosa con que probarías que se manifiesta una obra de gracia en el corazón?

LOC. Un gran conocimiento de los misterios del evangelio.

FIEL. Esta señal debería haber sido la primera; pero, sea primera o última, también es falsa; pues se puede alcanzar gran conocimiento en los misterios del evangelio, y no haber, sin embargo, obra de gracia alguna en el alma. [1 Co 13] Sí, aunque un hombre tuviera todo el conocimiento, podría no ser nada, y, por tanto, no ser hijo de Dios. Cuando Cristo dijo: «¿Entendéis todas estas cosas?», y los discípulos respondieron que sí, él añadió: «Bienaventurados seréis si las hicieréis.» No pone la bienaventuranza en saberlas, sino en hacerlas. Pues hay un conocimiento que no va acompañado de obras: el que conoce la voluntad de su señor y no la cumple. Un hombre puede saber como un ángel, y no ser, sin embargo, cristiano; por tanto, tu señal no es verdadera. En verdad, saber es cosa que agrada a los habladores y a los fanfarrones, pero hacer es lo que agrada a Dios. No es que el corazón pueda ser bueno sin conocimiento, pues sin él el corazón es cosa vana. Hay, por tanto, conocimiento y conocimiento: conocimiento que descansa en la mera especulación de las cosas, y conocimiento que va acompañado de la gracia de la fe y del amor, el cual mueve al hombre a hacer, desde el corazón, la voluntad misma de Dios. El primero le basta al hablador; pero sin el segundo, el verdadero cristiano no se contenta. «Dame entendimiento, y guardaré tu ley; y la observaré de todo corazón.» [Sal 119:34]

LOC. Otra vez buscas cogerme en falta; esto no es para edificación.

FIEL. Bien, si te place, propón otra señal de cómo se manifiesta esta obra de gracia donde está.

LOC. Yo no, pues veo que no nos pondremos de acuerdo.

FIEL. Bien, si tú no quieres, ¿me permites hacerlo a mí?

LOC. Puedes usar de tu libertad.

FIEL. Una obra de gracia en el alma se manifiesta, ya sea a quien la tiene, ya a los que están presentes.

A quien la tiene, así: le da convicción de pecado, especialmente de la contaminación de su naturaleza y del pecado de incredulidad (por causa del cual está seguro de condenarse, si no halla misericordia de la mano de Dios, por la fe en Jesucristo [Jn 16:8, Ro 7:24, Jn 16:9, Mr 16:16]). Esta vista y este sentir de las cosas obran en él dolor y vergüenza por el pecado; halla, además, revelado en sí al Salvador del mundo, y la absoluta necesidad de unirse a él para tener vida, por lo cual siente hambre y sed de él; a cuya hambre, etc., está hecha la promesa. [Sal 38:18, Jer 31:19, Gá 2:16, Hch 4:12, Mt 5:6, Ap 21:6] Ahora bien, según la fuerza o la debilidad de su fe en su Salvador, así es su gozo y su paz, así es su amor a la santidad, así son sus deseos de conocerlo más, y también de servirlo en este mundo. Pero, aunque digo que así se manifiesta a él, rara vez puede concluir que esto es obra de gracia; porque sus corrupciones, y su razón extraviada, le hacen juzgar mal en este asunto; por tanto, en quien tiene esta obra, se requiere un juicio muy sano antes de que pueda, con firmeza, concluir que esto es obra de gracia.

A los demás, así se manifiesta:

1. Por una confesión experimental de su fe en Cristo. [Ro 10:10, Fil 1:27, Mt 5:19]

2. Por una vida conforme a esa confesión; es decir, una vida de santidad, santidad de corazón, santidad familiar (si tiene familia), y por una santidad de conducta en el mundo, la cual, en general, le enseña, interiormente, a aborrecer su pecado, y a sí mismo por causa de él, en secreto; a reprimirlo en su familia y a promover la santidad en el mundo; no solo de palabra, como puede hacer un hipócrita o un locuaz, sino mediante una sujeción práctica, en fe y en amor, al poder de la Palabra. [Jn 14:15, Sal 50:23, Job 42:5-6, Ez 20:43] Y ahora, señor, en cuanto a esta breve descripción de la obra de gracia, y también de su manifestación, si tienes algo que objetar, objeta; y si no, permíteme entonces plantearte una segunda pregunta.

LOC. No, mi papel ahora no es objetar, sino escuchar; dame, por tanto, tu segunda pregunta.

FIEL. Es esta: ¿Experimentas tú esta primera parte de la descripción que he dado? ¿Y da testimonio de lo mismo tu vida y tu conducta? ¿O consiste tu religión en palabra o en lengua, y no en obra y en verdad? Te ruego que, si te inclinas a responderme a esto, no digas más de lo que sepas que el Dios de lo alto dirá amén; y tampoco nada que tu conciencia no pueda justificarte. Pues no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien el Señor alaba. Además, decir «soy así y asá», cuando mi conducta, y todos mis vecinos, me dicen que miento, es grandísima maldad.

LOC. Entonces Locuaz comenzó al principio a sonrojarse; pero, recordándose, respondió así: Ahora me traes a la experiencia, a la conciencia y a Dios; y me llamas a apelar a él para justificación de lo que se ha dicho. Esta clase de discurso no la esperaba; ni estoy dispuesto a dar respuesta a tales preguntas, pues no me tengo por obligado a ello, a menos que tomes sobre ti el oficio de catequista; y aunque así lo hicieras, podría negarme a hacerte mi juez. Pero, te ruego, ¿me dirás por qué me haces tales preguntas?

FIEL. Porque te vi presto para hablar, y porque no sabía que tuvieras otra cosa que mera noción. Además, para decirte toda la verdad, he oído de ti que eres un hombre cuya religión consiste en la palabra, y que tu conducta desmiente esa profesión de tu boca.

Dicen que eres una mancha entre los cristianos; y que la religión sale peor librada por tu conducta impía; que algunos ya han tropezado a causa de tus malos caminos, y que otros más corren peligro de perderse por ello; tu religión, y una taberna, y la codicia, y la inmundicia, y el jurar, y el mentir, y el trato con malas compañías, etc., bien pueden ir juntos. Verdadero es de ti el proverbio que se dice de una ramera, a saber, que es vergüenza de todas las mujeres; así también eres tú vergüenza de todos los que profesan la fe.

LOC. Ya que estás tan presto a recoger habladurías y a juzgar tan a la ligera como lo haces, no puedo sino concluir que eres un hombre displicente o melancólico, no apto para discurrir con él; así que, adiós.

CRIST. Entonces se acercó Cristiano, y dijo a su hermano: Ya te dije cómo sucedería; tus palabras y sus apetitos no podían concordar; prefiere dejar tu compañía antes que reformar su vida. Pero se ha ido, como dije; déjalo ir, la pérdida no es de nadie sino suya propia; nos ha ahorrado la molestia de apartarnos de él; pues, continuando (como supongo que hará) tal

como es, no habría sido sino una mancha en nuestra compañía; además, el apóstol dice: «Apártate de los tales.»

FIEL. Pero me alegro de que hayamos tenido esta breve conversación con él; puede suceder que vuelva a pensar en ella; en todo caso, he tratado con él con toda franqueza, y así quedo libre de su sangre, si perece.

CRIST. Hiciste bien en hablarle con tanta franqueza como lo hiciste; hay poco de este trato fiel con los hombres hoy en día, y eso hace que la religión hieda tanto en las narices de muchos, como en efecto hiede; pues son estos necios locuaces, cuya religión está solo en la palabra, y son disolutos y vanos en su conducta, los que (siendo tan admitidos en la comunión de los santos) confunden al mundo, manchan el cristianismo y afligen a los sinceros. Quisiera que todos los hombres trataran con tales como tú has tratado: entonces, o se volverían más conformes a la religión, o la compañía de los santos les resultaría demasiado ardiente. Entonces dijo Fiel:

¡Cómo Locuaz alza al principio su cresta!
¡Con qué bravura habla! ¡Cómo pretende
arrollarlo todo a su paso! Mas apenas
Fiel le habla de las obras del corazón, cual la luna
que, pasada su llena, en menguante se torna.
Y así harán todos, salvo quien las OBRAS DEL CORAZÓN conoce.

Así fueron caminando, hablando de lo que habían visto por el camino, y de este modo hicieron fácil aquel trecho que, de otro modo, sin duda, les habría resultado tedioso; pues ahora atravesaban un desierto.

Ahora bien, cuando ya casi habían salido de aquel desierto, Fiel volvió por casualidad la vista atrás, y divisó a uno que venía tras ellos, y lo reconoció. ¡Oh!, dijo Fiel a su hermano, ¿quién viene allá? Entonces Cristiano miró, y dijo: Es mi buen amigo Evangelista. Sí, y también amigo mío, dijo Fiel, pues fue él quien me puso en el camino hacia la puerta. Ya había llegado Evangelista hasta ellos, y así los saludó:

EVANG. Paz sea con vosotros, amados míos; y paz sea con vuestros ayudadores.

CRIST. Bienvenido, bienvenido, mi buen Evangelista; la vista de tu rostro trae a mi memoria tu antigua bondad y tu infatigable labor por mi bien eterno.

FIEL. Y mil veces bienvenido, dijo el buen Fiel. ¡Cuán deseable nos es tu compañía, oh dulce Evangelista, a nosotros, pobres peregrinos!

EVANG. Entonces dijo Evangelista: ¿Cómo os ha ido, amigos míos, desde que nos separamos por última vez? ¿Con qué os habéis topado, y cómo os habéis conducido?

Entonces Cristiano y Fiel le contaron todo cuanto les había sucedido en el camino; y cómo, y con cuánta dificultad, habían llegado a aquel lugar.

EVANG. Muy contento estoy, dijo Evangelista, no de que hayáis pasado por pruebas, sino de que hayáis sido vencedores; y de que, pese a tantas flaquezas, hayáis proseguido en el camino hasta este mismo día.

Digo que estoy muy contento de esto, y ello por mi propia causa y por la vuestra. Yo he sembrado, y vosotros habéis segado: y viene el día en que tanto el que sembró como los que segaron se gozarán juntos; esto es, si perseveráis: «pues a su tiempo segaréis, si no desmayáis.» [Jn 4:36, Gá 6:9] La corona está delante de vosotros, y es incorruptible; corred, pues, de modo que la obtengáis. [1 Co 9:24-27] Hay algunos que salen en pos de esta corona, y, después de haber recorrido buen trecho por ella, viene otro y se la arrebató: retened, por tanto, lo que tenéis; que nadie tome vuestra corona. [Ap 3:11] Todavía no estáis fuera del alcance del disparo del diablo; no habéis resistido hasta la sangre, luchando contra el pecado; tened siempre delante el reino, y creed firmemente en las cosas invisibles. Que nada de lo que hay a este lado del otro mundo se os meta dentro; y, sobre todo, mirad bien a vuestros propios corazones, y a sus concupiscencias, «porque son engañosos más que todas las cosas, y perversos»; poned vuestro rostro como pedernal; tenéis a vuestro favor todo el poder del cielo y de la tierra.

CRIST. Entonces Cristiano le dio las gracias por su exhortación; pero le dijo, además, que quisieran que les hablara más para ayuda del resto del camino, y ello sobre todo porque bien sabían que era profeta, y podía decirles qué cosas podrían sucederles, y también cómo podrían resistirlas y vencerlas. A esta petición se sumó también Fiel. Así que Evangelista comenzó de esta manera:

EVANG. Hijos míos, habéis oído, en las palabras de la verdad del evangelio, que es menester que, a través de muchas tribulaciones, entréis en el reino de los cielos. Y, además, que en cada ciudad os esperan prisiones y

aflicciones; y por tanto no podéis esperar recorrer mucho vuestra peregrinación sin ellas, de una forma u otra. Ya habéis hallado algo de la verdad de estos testimonios sobre vosotros, y más os seguirá al punto; pues ahora, como veis, estáis casi fuera de este desierto, y por tanto llegaréis pronto a una villa que veréis en breve ante vosotros; y en esa villa os veréis duramente asediados por enemigos, que se esforzarán en gran manera por mataros; y tened por seguro que uno o ambos habréis de sellar con sangre el testimonio que sostenéis; pero sed fieles hasta la muerte, y el Rey os dará una corona de vida.

El que allí muera, aunque su muerte sea violenta, y su dolor tal vez grande, tendrá con todo la mejor parte sobre su compañero; no solo porque llegará antes a la Ciudad Celestial, sino porque escapará de muchas miserias que el otro habrá de encontrar en el resto de su viaje. Pero cuando lleguéis a la villa, y veáis cumplido lo que aquí os he referido, entonces acordaos de vuestro amigo, y portaos como hombres, y encomendad la guarda de vuestras almas a vuestro Dios, haciendo el bien, como a un Creador fiel.

LA FERIA DE LA VANIDAD

Entonces vi en mi sueño que, cuando hubieron salido del desierto, vieron al instante una villa delante de ellos, y el nombre de aquella villa es Vanidad; y en esa villa se celebra una feria, llamada la Feria de la Vanidad: se celebra todo el año. Lleva el nombre de Feria de la Vanidad porque la villa donde se celebra es más liviana que la vanidad misma; y también porque todo lo que allí se vende, o allí llega, es vanidad. Como dice el sabio: «Todo lo que viene es vanidad.» [Ec 1; 2:11,17; 11:8; Is 11:17]

Esta feria no es negocio recién levantado, sino cosa de antigua data; os mostraré su origen.

Hace casi cinco mil años, había peregrinos que caminaban hacia la Ciudad Celestial, como estas dos honradas personas; y Beelzebú, Apolión y Legión, con sus compañeros, al percibir por la senda que hacían los peregrinos que su camino a la ciudad pasaba por esta villa de Vanidad, tramaron establecer aquí una feria; una feria en la que se vendieran toda suerte de vanidades, y que durase todo el año. Por tanto, en esta feria se venden mercancías tales como casas, tierras, oficios, cargos, honores, ascensos, títulos, países, reinos, concupiscencias, placeres y deleites de toda clase, así como rameras, alcahuetas, esposas, esposos, hijos, amos, criados, vidas, sangre, cuerpos, almas, plata, oro, perlas, piedras preciosas, y qué no.

Y, además, en esta feria se ven en todo tiempo trampas de prestidigitadores, juegos, comedias, bufones, monos, bribones y pícaros, y de toda clase.

Aquí se ven también, y de balde, hurtos, asesinatos, adulterios, perjuros, y todo ello de un color rojo como la sangre.

Y así como en otras ferias de menor importancia hay diversas calles y callejas, bajo sus propios nombres, donde se venden tales o cuales mercancías; así también aquí tenéis los lugares propios, calles y callejas (a saber, países y reinos), donde antes se hallan las mercancías de esta feria. Aquí está la calle de Bretaña, la calle de Francia, la calle de Italia, la calle de España, la calle de Alemania, donde se venden diversas clases de vanidades. Pero, como en otras ferias, hay una mercancía que es como la principal de toda la feria, así la mercancía de Roma y su comercio se promueve mucho en esta feria; solo nuestra nación inglesa, con algunas otras, ha mostrado desagrado por ella.

Ahora bien, como dije, el camino a la Ciudad Celestial pasa justamente por esta villa donde se celebra esta feria tan bulliciosa; y el que quiera ir a la ciudad, y no obstante no pasar por esta villa, tendrá por fuerza que salir del mundo. [1 Co 5:10] El Príncipe de los príncipes mismo, cuando estuvo aquí, pasó por esta villa camino de su propio país, y eso también en día de feria; sí, y creo yo que fue Beelzebú, el señor principal de esta feria, quien lo invitó a comprar de sus vanidades; sí, y lo habría hecho señor de la feria, si él le hubiera rendido reverencia al pasar por la villa. [Mt 4:8, Lc 4:5-7] Sí, porque era persona de tal honor, Beelzebú lo llevó de calle en calle, y le mostró todos los reinos del mundo en poco tiempo, para atraer, si era posible, al Bendito a regatear y comprar alguna de sus vanidades; pero él no tuvo interés en la mercancía, y por eso dejó la villa sin gastar ni siquiera un ochavo en aquellas vanidades. Esta feria, pues, es cosa antigua, de larga data, y una feria muy grande.

Ahora bien, estos peregrinos, como dije, tenían por fuerza que pasar por esta feria. Y así lo hicieron: mas he aquí que, en cuanto entraron en la feria, toda la gente de la feria se conmovió, y la villa entera se alborotó a causa de ellos; y ello por varias razones, a saber:

Primero, los peregrinos iban vestidos con un traje tan distinto del de cuantos comerciaban en aquella feria, que la gente de la feria se quedaba mirándolos con gran asombro: unos decían que eran locos, otros que eran dementes, y otros que eran hombres de tierras extrañas. [1 Co 2:7-8]

Segundo, y así como se maravillaban de su vestido, se maravillaban igualmente de su habla; pues pocos entendían lo que decían; ellos hablaban de forma natural la lengua de Canaán, mas los que mantenían la feria eran

hombres de este mundo; de modo que, de un extremo a otro de la feria, unos y otros se parecían bárbaros entre sí.

Tercero, mas lo que no poco divertía a los mercaderes era que estos peregrinos hacían muy poco caso de todas sus mercancías; ni siquiera se dignaban mirarlas; y si los llamaban para que compraran, se tapaban los oídos con los dedos, y clamaban: Aparta mis ojos de mirar la vanidad, y mira hacia lo alto, dando a entender que su trato y su comercio estaban en el cielo. [Sal 119:37, Fil 3:19-20]

Uno, burlándose por casualidad al observar los modos de aquellos hombres, les dijo: ¿Qué compraréis? Pero ellos, mirándolo con gravedad, respondieron: «Compramos la verdad.» [Pr 23:23] Con esto se tomó ocasión para despreciarlos aún más; unos se burlaban, otros los escarnecían, otros hablaban con oprobio, y otros llamaban a que se les golpease. Al fin las cosas llegaron a un alboroto y a un gran tumulto en la feria, de modo que todo orden quedó confundido. Se llevó entonces aviso al principal de la feria, que bajó al instante, y diputó a algunos de sus más fieles amigos para que sometieran a examen a estos hombres, por causa de quienes la feria estaba casi trastornada. Así que llevaron a los hombres a examen; y los que los interrogaban les preguntaron de dónde venían, adónde iban, y qué hacían allí con tan extraño atavío. Los hombres les dijeron que eran peregrinos y extranjeros en el mundo, y que iban a su propio país, que era la Jerusalén celestial [He 11:13-16], y que no habían dado ocasión alguna a los hombres de la villa, ni tampoco a los mercaderes, para que así los maltrataran y les impidieran su viaje, salvo que, cuando uno les preguntó qué comprarían, dijeron que comprarían la verdad. Pero los que habían sido designados para examinarlos no quisieron creer que fueran otra cosa que locos y dementes, o bien tales que venían a poner en confusión todas las cosas de la feria. Por tanto, los prendieron y los golpearon, y los embadurnaron de lodo, y luego los metieron en la jaula, para que sirvieran de espectáculo a todos los hombres de la feria.

¡Mirad la Feria de la Vanidad! Allí los Peregrinos encadenados están y a su lado se yerguen: así también pasó por aquí nuestro Señor, y en el monte Calvario murió.

Allí, pues, quedaron tendidos algún tiempo, y fueron hechos objeto del juego, de la malicia o de la venganza de cualquiera, mientras el principal de la feria se reía sin cesar de cuanto les sucedía. Pero, como los hombres eran pacientes, y no devolvían injuria por injuria, sino, al contrario, bendición y buenas palabras por malas, y bondad por las ofensas recibidas, algunos hombres de la feria, más observadores y menos prevenidos que los demás, comenzaron a reprender y a censurar a los más groseros por sus continuos ultrajes contra aquellos hombres; ellos, entonces, encolerizados, se volvieron también contra estos, tachándolos de tan malos como los hombres de la jaula, y diciéndoles que parecían confederados suyos, y que debían hacerse partícipes de su desgracia. Los otros replicaron que, por cuanto podían ver, aquellos hombres estaban tranquilos y sobrios, y no pretendían hacer daño a nadie; y que había muchos que comerciaban en su feria más dignos de ser metidos en la jaula, sí, y también en la picota, que los hombres a quienes habían maltratado. Así, después de haberse cruzado diversas palabras entre unos y otros, comportándose los hombres todo el tiempo con mucha sabiduría y sobriedad delante de ellos, llegaron a las manos entre sí, y se hicieron daño unos a otros. Entonces llevaron de nuevo a aquellos dos pobres hombres ante sus examinadores, y allí los acusaron de ser culpables del reciente alboroto que había habido en la feria. Así que los golpearon lastimosamente, y les colgaron cadenas de hierro, y los llevaron encadenados de un lado a otro de la feria, como ejemplo y espanto para otros, no fuera que alguien hablara en su favor, o se les uniera. Pero Cristiano y Fiel se comportaron aún con más sabiduría, y recibieron la ignominia y la vergüenza que se les echaba encima con tanta mansedumbre y paciencia, que ello atrajo a su lado, aunque pocos en comparación con los demás, a varios de los hombres de la feria. Esto encendió aún más la rabia del otro bando, de modo que resolvieron dar muerte a estos dos hombres. Por ello los amenazaron, diciendo que ni la jaula ni las cadenas les bastarían, sino que habrían de morir, por el ultraje que habían hecho, y por engañar a los hombres de la feria.

Entonces fueron devueltos otra vez a la jaula, hasta que se dispusiera de ellos nuevas órdenes. Así que los metieron dentro, y les sujetaron los pies en el cepo.

Aquí, pues, volvieron a recordar lo que habían oído de su fiel amigo Evangelista, y se sintieron más confirmados en su camino y en sus padeci-

mientos por lo que él les había dicho que les sucedería. Se consolaron también el uno al otro, pensando que a quien le tocara sufrir, ese llevaría la mejor parte; por lo cual cada uno deseaba en secreto que a él le tocara aquel privilegio; pero, encomendándose a la sapientísima disposición de Aquel que rige todas las cosas, permanecieron con mucho contento en la condición en que estaban, hasta que de otro modo se dispusiera de ellos.

Señalado, pues, un tiempo conveniente, los sacaron a juicio, para proceder a su condena. Llegada la hora, fueron llevados ante sus enemigos y puestos en el banquillo. El nombre del juez era el señor Odia-el-bien. Su acusación era una y la misma en sustancia, aunque algo distinta en la forma, y su contenido era este:

«Que eran enemigos y perturbadores de su comercio; que habían provocado tumultos y divisiones en la villa, y habían ganado un partido para sus propias y peligrosísimas opiniones, en desprecio de la ley de su príncipe.»

Ahora, FIEL, pórtate como un hombre, habla por tu Dios:
No temas la malicia del inicuo, ni su vara:
Habla con valentía, que la verdad está de tu parte:
Muere por ella, y cabalga triunfante hacia la vida.

Entonces comenzó Fiel a responder que él solo se había puesto en contra de lo que se ha puesto en contra de Aquel que es más alto que los más altos. Y, dijo, en cuanto a la perturbación, yo no causo ninguna, siendo yo mismo hombre de paz; las partes que se ganaron para nosotros, se ganaron al contemplar nuestra verdad e inocencia, y no han hecho sino volverse de lo peor a lo mejor. Y en cuanto al rey de quien habláis, puesto que es Beelzebú, el enemigo de nuestro Señor, lo desafío a él y a todos sus ángeles.

Entonces se hizo proclama de que quienes tuvieran algo que decir a favor de su señor el rey contra el preso ante el tribunal, se presentaran al instante y dieran su testimonio. Así comparecieron tres testigos, a saber, Envidia, Superstición y Adulón. Se les preguntó entonces si conocían al preso ante el tribunal, y qué tenían que decir a favor de su señor el rey contra él.

Entonces se adelantó Envidia, y dijo en sustancia lo siguiente: Señoría, conozco a este hombre desde hace mucho tiempo, y atestiguaré bajo juramento ante este honorable tribunal que es—

EL JUEZ. ¡Alto! Tomadle juramento. (Así lo juramentaron.) Entonces dijo—

ENVIDIA. Señoría, este hombre, pese a su nombre tan halagüeño, es uno de los más viles de nuestro país. No respeta ni a príncipe ni a pueblo, ni ley ni costumbre; sino que hace cuanto puede por imbuir a todos los hombres de ciertas nociones desleales suyas, que él en general llama principios de fe y santidad. Y, en particular, yo mismo le oí una vez afirmar que el cristianismo y las costumbres de nuestra villa de Vanidad eran diametralmente opuestos, y no podían reconciliarse. Con este dicho, Señoría, condena de una vez no solo todas nuestras loables acciones, sino a nosotros mismos por hacerlas.

EL JUEZ. Entonces le dijo el juez: ¿Tienes algo más que decir?

ENVIDIA. Señoría, podría decir mucho más, solo que no querría ser prolijo ante el tribunal. Sin embargo, si hiciera falta, cuando los demás caballeros hayan dado su testimonio, antes que falte nada que sirva para despacharlo, ampliaré mi testimonio contra él. Se le mandó entonces hacerse a un lado. Llamaron después a Superstición, y le pidieron que mirara al preso. Le preguntaron también qué podía decir a favor de su señor el rey contra él. Lo juramentaron entonces; y así comenzó.

SUPERST. Señoría, no tengo gran trato con este hombre, ni deseo tener mayor conocimiento de él; sin embargo, esto sí sé, que es un sujeto muy pestilente, por cierta conversación que tuve con él el otro día en esta villa; pues entonces, hablando con él, le oí decir que nuestra religión era mala, y tal que de ningún modo podía un hombre agradar a Dios por ella. Cuyas palabras, Señoría, vuestra señoría sabe muy bien qué se sigue necesariamente de ellas, a saber, que aún adoramos en vano, que seguimos en nuestros pecados, y que finalmente seremos condenados; y esto es lo que tengo que decir.

Entonces juramentaron a Adulón, y le mandaron decir lo que supiera, en favor de su señor el rey, contra el preso ante el tribunal.

ADULÓN. Señoría, y vosotros, caballeros todos, a este sujeto lo conozco desde hace mucho tiempo, y le he oído decir cosas que no debieran decirse; pues ha denostado a nuestro noble príncipe Beelzebú, y ha hablado con desprecio de sus honorables amigos, cuyos nombres son el señor Hombre-Vie-

jo, el señor Deleite-Carnal, el señor Lujurioso, el señor Deseo-de-Vana-Gloria, mi viejo señor Lujuria, sir Ávido-de-Tener, junto con todo el resto de nuestra nobleza; y ha dicho, además, que si todos los hombres pensarán como él, si fuera posible, ninguno de estos nobles seguiría teniendo existencia en esta villa. Además, no ha tenido reparo en denostarnos a vos, Señoría, que ahora habéis sido nombrado su juez, llamándoos villano impío, con otros muchos términos vilipendiosos semejantes, con los que ha salpicado a la mayor parte de la gentileza de nuestra villa.

Cuando Adulón hubo contado su historia, el juez dirigió su discurso al preso ante el tribunal, diciendo: Tú, renegado, hereje y traidor, ¿has oído lo que estos honrados caballeros han atestiguado contra ti?

FIEL. ¿Puedo decir unas palabras en mi propia defensa?

EL JUEZ. ¡Insolente! ¡Insolente! No mereces vivir más, sino ser inmediatamente ajusticiado en este mismo lugar; mas, para que todos vean nuestra clemencia para contigo, oigamos qué tienes que decir, vil renegado.

FIEL. 1. Digo, pues, en respuesta a lo que el señor Envidia ha dicho, que nunca dije más que esto: que toda regla, o leyes, o costumbres, o pueblo, que estén frontalmente contra la Palabra de Dios, son diametralmente opuestos al cristianismo. Si en esto he dicho mal, convencedme de mi error, y aquí mismo, ante vosotros, estoy dispuesto a hacer mi retractación.

2. En cuanto a lo segundo, a saber, el señor Superstición, y su cargo contra mí, dije solamente esto: que en el culto a Dios se requiere una fe divina; pero no puede haber fe divina sin una revelación divina de la voluntad de Dios. Por tanto, todo cuanto se introduce en el culto a Dios que no esté conforme con la revelación divina, no puede hacerse sino por una fe humana, fe que de nada aprovechará para la vida eterna.

3. En cuanto a lo que ha dicho el señor Adulón, digo (evitando los términos, como eso de que se dice que denuesto, y cosas semejantes) que el príncipe de esta villa, con todo el populacho, sus servidores, nombrados por este caballero, son más aptos para tener su ser en el infierno que en esta villa y país: ¡y así, que el Señor tenga misericordia de mí!

Entonces el juez se dirigió al jurado (que había estado todo este tiempo presente, para oír y observar): Caballeros del jurado, veis a este hombre por quien tan gran alboroto se ha levantado en esta villa. Habéis oído también

lo que estos dignos caballeros han atestiguado contra él. Habéis oído asimismo su réplica y su confesión. Está ahora en vuestras manos ahorcarlo o salvarle la vida; pero considero oportuno instruiros primero en nuestra ley.

Hubo una Ley promulgada en los días de Faraón el Grande, siervo de nuestro príncipe, para que, no fueran los de una religión contraria a multiplicarse y hacerse demasiado fuertes para él, sus varones fueran arrojados al río. [Ex 1:22] Hubo también una Ley promulgada en los días de Nabucodonosor el Grande, otro de sus siervos, para que quien no se postrara a adorar su estatua de oro, fuera arrojado a un horno de fuego. [Dn 3:6] Hubo también una Ley promulgada en los días de Darío, para que quien, durante cierto tiempo, invocara a otro dios que no fuera él, fuera arrojado al foso de los leones. [Dn 6] Ahora bien, la sustancia de estas leyes este rebelde las ha quebrantado, no solo de pensamiento (lo cual ya no debiera tolerarse), sino también de palabra y de obra; lo cual, por tanto, no puede sino ser intolerable.

En cuanto a la de Faraón, su ley se promulgó por vía de suposición, para prevenir un mal, sin que apareciera aún crimen alguno; pero aquí hay un crimen manifiesto. En cuanto a la segunda y la tercera, veis que disputa contra nuestra religión; y en cuanto a la traición que ha confesado, merece morir de muerte.

Entonces salió el jurado, cuyos nombres eran: el señor Ciego, el señor Sin-bien, el señor Malicia, el señor Ama-la-lujuria, el señor Vive-suelto, el señor Alocado, el señor Altivo, el señor Enemistad, el señor Mentiroso, el señor Crueldad, el señor Odia-la-luz y el señor Implacable; los cuales, cada uno por su cuenta, dio su veredicto privado contra él entre sí, y después, unánimemente, concluyeron declararlo culpable ante el juez. Y primero, entre ellos, dijo el señor Ciego, el presidente: Veo claramente que este hombre es hereje. Entonces dijo el señor Sin-bien: Fuera de la tierra semejante sujeto. Sí, dijo el señor Malicia, pues aborrezco hasta su misma mirada. Entonces dijo el señor Ama-la-lujuria: Nunca pude soportarlo. Ni yo, dijo el señor Vive-suelto, pues siempre andaba condenando mi modo de vivir. Ahorcadlo, ahorcadlo, dijo el señor Alocado. Un pobre diablo, dijo el señor Altivo. El corazón se me revuelve contra él, dijo el señor Enemistad. Es un bribón, dijo el señor Mentiroso. La horca es demasiado buena para él, dijo el señor Crueldad. Despachémoslo de en medio, dijo el señor Odia-la-luz. Entonces dijo el señor Implacable: Aunque me dieran el mundo entero, no podría re-

conciliarme con él; por tanto, declarémoslo culpable de muerte sin más tardanza. Y así lo hicieron; por lo cual fue al punto condenado a ser llevado del lugar donde estaba al lugar de donde había venido, y allí sufrir la muerte más cruel que pudiera inventarse.

Lo sacaron, pues, para proceder con él conforme a su ley; y primero lo azotaron, luego lo abofetearon, después le rasgaron la carne con cuchillos; a continuación lo apedrearon con piedras, luego lo pincharon con sus espadas; y, por último, lo quemaron hasta reducirlo a cenizas en la hoguera. Así llegó Fiel a su fin.

Vi entonces que, detrás de la multitud, había un carro y un par de caballos, esperando a Fiel, quien (tan pronto como sus adversarios lo hubieron despachado) fue subido a él, y al instante fue llevado a través de las nubes, al son de trompeta, por el camino más corto hasta la Puerta Celestial.

Bravo FIEL, bravamente hiciste en palabra y en obra;
Juez, testigos y jurado no han logrado,
En vez de vencerte, sino mostrar su saña:
Cuando ellos hayan muerto, tú vivirás de edad en edad*.

**En el cielo nuevo y la tierra nueva.*

Pero en cuanto a Cristiano, tuvo cierto respiro, y fue devuelto a la prisión. Allí permaneció por un tiempo; pero Aquel que todo lo gobierna, teniendo en su propia mano el poder de la saña de ellos, lo dispuso de tal modo que Cristiano, por esta vez, escapó de ellos, y siguió su camino. Y mientras iba, cantaba, diciendo—

Bien, Fiel, fielmente has profesado
A tu Señor; con quien serás bendito,
Cuando los infieles, con todos sus vanos deleites,
Estén clamando bajo su suerte infernal:
Canta, Fiel, canta, y que tu nombre perdure;
Pues aunque te mataron, ¡tú sigues vivo!

EL SEÑOR INTERÉS-PROPIO

Vi entonces en mi sueño que Cristiano no salió solo, pues había uno llamado Esperanzado (hecho tal por haber contemplado a Cristiano y a Fiel en sus palabras y comportamiento, en sus padecimientos en la feria), quien se unió a él, y, entrando en un pacto de hermandad, le dijo que sería su compañero. Así, uno murió para dar testimonio de la verdad, y otro se levanta de sus cenizas, para ser compañero de Cristiano en su peregrinación. Este Esperanzado le dijo también a Cristiano que había muchos más hombres en la feria, que aguardarían su momento y les seguirían después.

Vi entonces que, poco después de haber salido de la feria, alcanzaron a uno que iba delante de ellos, cuyo nombre era Interés-Propio: y le dijeron: ¿De qué país eres, señor? ¿Y hasta dónde vas por este camino? Él les dijo que venía de la villa de Buenas-palabras, y que iba a la Ciudad Celestial (pero no les dijo su nombre).

¿De Buenas-palabras! dijo Cristiano. ¿Hay algo bueno que viva allí? [Pr 26:25]

INT.-PROPIO. Sí, dijo Interés-Propio, así lo espero.

CRIST. Te ruego, señor, ¿cómo he de llamarte? dijo Cristiano.

INT.-PROPIO. Soy un extraño para ti, y tú para mí: si vas por este camino, me alegraré de tu compañía; si no, tendré que conformarme.

CRIST. De esa villa de Buenas-palabras, dijo Cristiano, he oído hablar; y, si mal no recuerdo, dicen que es un lugar próspero.

INT.-PROPIO. Sí, te aseguro que lo es; y tengo allí parientes muy ricos.

CRIST. Te ruego, ¿quiénes son tus parientes allí? si un hombre puede atreverse a tanto.

INT.-PROPIO. Casi toda la villa; y en particular, el señor Cambia-de-rumbo, el señor Sirve-al-tiempo, el señor Buenas-palabras (de cuyos antepasados tomó la villa su nombre en un principio), también el señor Zalame-ro, el señor Doble-cara, el señor Cualquier-cosa; y el párroco de nuestra pa-rroquia, el señor Dos-lenguas, era hermano de mi madre por parte de padre; y, a decir verdad, he llegado a ser un caballero de buena posición, aunque mi bisabuelo no era más que un barquero, que miraba a un lado y remaba hacia otro, y yo obtuve la mayor parte de mi hacienda con el mismo oficio.

CRIST. ¿Eres hombre casado?

INT.-PROPIO. Sí, y mi mujer es una mujer muy virtuosa, hija de una mujer virtuosa; era hija de mi señora Fingimiento, así que procede de una familia muy honorable, y ha llegado a tal grado de buena crianza, que sabe comportarse con todos, hasta con príncipe y con villano. Es verdad que di-ferimos algo en religión de los de la clase más rigurosa, pero solo en dos pequeños puntos: primero, que nunca luchamos contra viento y marea; se-gundo, que somos siempre más celosos cuando la religión va en zapatillas de plata; nos gusta mucho pasear con ella por la calle, si brilla el sol, y el pueblo la aplaude.

Entonces Cristiano se apartó un poco hacia su compañero Esperanzado, y le dijo: Me viene a la mente que este es un tal Interés-Propio, de Buenas-pa-labras; y si es él, tenemos en nuestra compañía a tan grande bellaco como habite en toda esta comarca. Entonces dijo Esperanzado: Pregúntaselo; me parece que no debería avergonzarse de su nombre. Así que Cristiano volvió a acercarse a él, y le dijo: Señor, hablas como si supieras algo más que todo el mundo; y si no yerro en mi conjetura, creo tener ya media sospecha sobre ti: ¿No te llamas acaso el señor Interés-Propio, de Buenas-palabras?

INT.-PROPIO. Ese no es mi nombre, sino en verdad un apodo que me han puesto algunos que no me pueden soportar; y debo conformarme con llevarlo como afrenta, tal como otros hombres buenos han llevado los suyos antes que yo.

CRIST. Pero ¿nunca diste ocasión a los hombres para que te llamaran por ese nombre?

INT.-PROPIO. ¡Nunca, nunca! Lo peor que jamás hice para darles ocasión de ponerme este nombre fue que siempre tuve la suerte de coincidir en mi juicio con la corriente del momento, cualquiera que fuese, y mi fortuna quiso que con ello sacara provecho; mas si estas cosas se me han impuesto así, cuéntense como una bendición, y que los malintencionados no me carguen por ello de oprobio.

CRIST. En verdad pensé que eras el hombre de quien había oído hablar; y, para decirte lo que pienso, me temo que este nombre te pertenece más propiamente de lo que tú quisieras que pensáramos.

INT.-PROPIO. Bien, si así lo quieres imaginar, no puedo evitarlo; me hallarás buen compañero de camino, si aún me admites como tu asociado.

CRIST. Si has de ir con nosotros, has de ir contra viento y marea; lo cual, según veo, va contra tu parecer; también has de reconocer a la religión cuando va en harapos, lo mismo que cuando va en zapatillas de plata; y has de permanecer a su lado también cuando está encadenada, lo mismo que cuando camina por las calles entre aplausos.

INT.-PROPIO. No debes imponerte, ni enseñorearte de mi fe; déjame mi libertad, y permite que vaya contigo.

CRIST. Ni un paso más, a menos que hagas en lo que propongo lo mismo que nosotros.

Entonces dijo Interés-Propio: Nunca abandonaré mis viejos principios, pues son inofensivos y provechosos. Si no puedo ir con vosotros, tendré que hacer como hacía antes de que me alcanzarais, esto es, ir por mi cuenta, hasta que alguien me alcance que se alegre de mi compañía.

Vi entonces en mi sueño que Cristiano y Esperanzado lo dejaron atrás, y mantuvieron su distancia por delante de él; pero uno de ellos, mirando hacia atrás, vio a tres hombres que seguían al señor Interés-Propio, y he aquí que, al llegar junto a él, le hicieron una reverencia muy profunda; y él también les devolvió el cumplido. Los nombres de aquellos hombres eran el señor Retén-el-mundo, el señor Ama-el-dinero y el señor Guárdalo-todo; hombres a quienes el señor Interés-Propio había conocido tiempo atrás; pues en su minoría de edad habían sido compañeros de escuela, y fueron instruidos por un tal señor Agarra, maestro de escuela en Ansia-de-lucro, villa de mercado en el condado de Codicia, al norte. Este maestro les enseñó el arte de la ad-

quisición, ya fuera por violencia, engaño, adulación, mentira, o revistiéndose de apariencia de religión; y estos cuatro caballeros habían alcanzado gran parte del arte de su maestro, de modo que cada uno de ellos podría haber regentado él mismo tal escuela.

Bien, cuando se hubieron saludado así, como dije, el señor Ama-el-dinero dijo al señor Interés-Propio: ¿Quiénes son esos que van por el camino delante de nosotros? (pues Cristiano y Esperanzado aún estaban a la vista).

INT.-PROPIO. Son un par de paisanos de tierras lejanas, que, a su modo, van de peregrinación.

AMA-EL-DINERO. ¡Ay! ¿Por qué no se detuvieron, para que hubiéramos gozado de su buena compañía? pues ellos, y nosotros, y tú, señor, espero, vamos todos de peregrinación.

INT.-PROPIO. Así es, en verdad; pero esos hombres que van delante son tan rígidos, y aman tanto sus propias nociones, y tienen en tan poco las opiniones ajenas, que, por piadoso que sea un hombre, si no coincide con ellos en todo, lo expulsan por completo de su compañía.

GUÁRDALO-TODO. Eso está mal, pero leemos de algunos que son justos en demasía; y la rigidez de tales hombres los lleva a juzgar y condenar a todos menos a sí mismos. Pero, te ruego, ¿cuáles, y cuántas, fueron las cosas en que diferisteis?

INT.-PROPIO. Pues bien, ellos, a su modo obstinado, sostienen que es un deber lanzarse al camino con cualquier tiempo; y yo, en cambio, soy de esperar a que sople el viento y suba la marea. Ellos están dispuestos a arriesgarlo todo por Dios de golpe; y yo, en cambio, prefiero aprovechar todas las ventajas para asegurar mi vida y mi hacienda. Ellos se aferran a sus nociones, aunque todos los demás hombres estén en contra; pero yo soy de la religión en lo que, y en la medida en que, los tiempos y mi seguridad lo permitan. Ellos son de la religión cuando va en harapos y desprecio; pero yo soy de ella cuando camina en sus zapatillas de oro, al sol, y entre aplausos.

RETÉN-EL-MUNDO. Sí, y mantente firme en eso, buen señor Interés-Propio; pues, por mi parte, no puedo tener sino por necio a aquel que, teniendo la libertad de conservar lo que posee, sea tan insensato como para perderlo. Seamos prudentes como serpientes; lo mejor es hacer heno mientras brilla el sol; ya ves cómo la abeja permanece quieta todo el invierno, y

solo se afana cuando puede unir provecho y placer. Dios envía a veces lluvia, y a veces sol; si esos son tan necios como para atravesar lo primero, dejemos nosotros que el buen tiempo nos acompañe. Por mi parte, prefiero aquella religión que sea compatible con la seguridad de las buenas bendiciones de Dios para con nosotros; pues ¿quién puede imaginar, si se guía por la razón, que, habiéndonos dado Dios los bienes de esta vida, no querría que los conserváramos por amor a él? Abraham y Salomón se enriquecieron en religión. Y Job dice que el hombre bueno amontonará oro como polvo. Pero no ha de ser como esos hombres de delante de nosotros, si son tal como los has descrito.

GUÁRDALO-TODO. Creo que estamos todos de acuerdo en este asunto, y por tanto no hacen falta más palabras sobre ello.

AMA-EL-DINERO. No, en verdad no hacen falta más palabras sobre este asunto; pues quien no cree ni en la Escritura ni en la razón (y ya veis que tenemos ambas de nuestro lado) ni conoce su propia libertad, ni busca su propia seguridad.

INT.-PROPIO. Hermanos míos, todos vamos, como veis, de peregrinación; y, para mejor apartarnos de las cosas malas, permitidme proponeros esta cuestión: —

Supongamos que un hombre, un ministro, o un comerciante, etc., tuviera ante sí la ocasión de obtener los bienes de esta vida, mas de tal modo que no pudiera alcanzarlos si no fuera, al menos en apariencia, haciéndose extraordinariamente celoso en algunos puntos de religión de los que antes no se ocupaba, ¿no podría valerse de tales medios para lograr su fin, y aun así ser un hombre verdaderamente honrado?

AMA-EL-DINERO. Veo el fondo de tu pregunta; y, con el permiso de estos caballeros, procuraré darte forma de respuesta. Y primero, para hablar de tu pregunta en lo que atañe al ministro mismo: supongamos un ministro, hombre digno, en posesión de un beneficio muy pequeño, que tiene puesta la mira en otro mayor, mucho más pingüe y sustancioso; y tiene ahora la ocasión de obtenerlo, mas de tal manera que, siendo más estudioso, predicando con más frecuencia y celo, y, porque el temperamento del pueblo así lo requiere, alterando algunos de sus principios; por mi parte, no veo razón para que un hombre no pueda hacer esto (siempre que tenga vocación), sí, y mucho más además, y seguir siendo un hombre honrado. Pues por qué—

1. Su deseo de un beneficio mayor es lícito (esto no puede contradecirse), pues es la Providencia quien se lo pone delante; así que puede obtenerlo, si puede, sin hacer cuestión de conciencia por ello.

2. Además, su deseo de ese beneficio lo hace más estudioso, predicador más celoso, etc., y así lo hace mejor hombre; sí, le hace aprovechar mejor sus dones, lo cual está conforme a la mente de Dios.

3. Ahora bien, en cuanto a acomodarse al temperamento de su pueblo, disintiendo, para servirlos, de algunos de sus principios, esto demuestra (1) que es de temperamento abnegado; (2) de porte dulce y cautivador; y así (3) más apto para la función ministerial.

4. Concluyo, pues, que a un ministro que cambia lo pequeño por lo grande no debe juzgársele por ello codicioso; sino más bien, puesto que con ello ha mejorado en sus dones y en su diligencia, tenérsele por quien persigue su vocación, y la ocasión que se le puso en las manos para hacer el bien.

Y ahora, a la segunda parte de la pregunta, que atañe al comerciante que mencionaste. Supongamos que uno así tuviera un oficio pobre en el mundo, pero que, haciéndose religioso, pudiera mejorar su negocio, quizá conseguir una mujer rica, o clientes más numerosos y mucho mejores para su tienda; por mi parte, no veo razón para que esto no pueda hacerse lícitamente. Pues por qué—

1. Hacerse religioso es una virtud, por el medio que sea que un hombre llegue a serlo.

2. Tampoco es ilícito conseguir una mujer rica, o más clientela para mi tienda.

3. Además, el hombre que consigue estas cosas haciéndose religioso, obtiene lo que es bueno, de manos de los que son buenos, por haberse hecho él mismo bueno; así que aquí hay buena esposa, buenos clientes y buena ganancia, y todo esto por hacerse religioso, lo cual es bueno; por tanto, hacerse religioso, para conseguir todo esto, es un designio bueno y provechoso.

Esta respuesta, así dada por el señor Ama-el-dinero a la pregunta del señor Interés-Propio, fue muy aplaudida por todos ellos; por lo cual concluyeron, en conjunto, que era sanísima y provechosa. Y porque, según pensaban, nadie era capaz de contradecirla, y porque Cristiano y Esperanzado aún estaban al alcance de la voz, acordaron de común acuerdo asaltarlos con la

pregunta en cuanto los alcanzaran; y tanto más cuanto que estos se habían opuesto antes al señor Interés-Propio. Así que los llamaron, y ellos se detuvieron, y se quedaron quietos hasta que llegaron junto a ellos; pero acordaron, mientras andaban, que no fuera el señor Interés-Propio, sino el viejo señor Retén-el-mundo, quien les propusiera la pregunta, porque, según suponían, la respuesta que les dieran a él vendría sin el resto de aquel acaloramiento que se había encendido entre el señor Interés-Propio y ellos, al separarse poco antes.

Así llegaron unos junto a otros, y, tras un breve saludo, el señor Retén-el-mundo propuso la pregunta a Cristiano y a su compañero, y les pidió que la respondieran si podían.

CRIST. Entonces dijo Cristiano: Hasta un niño en la religión podría responder a diez mil preguntas como esta. Pues si es ilícito seguir a Cristo por los panes (como está en el capítulo sexto de Juan), ¡cuánto más abominable es hacer de él y de la religión un caballo de reclamo para obtener y disfrutar del mundo! Y no hallamos que sean de esta opinión sino paganos, hipócritas, demonios y hechiceros.

1. Paganos; pues cuando Hamor y Siquem tuvieron deseo de la hija y del ganado de Jacob, y vieron que no había otro modo de conseguirlos sino haciéndose circuncidar, dijeron a sus compañeros: Si todo varón de nosotros se circuncida, como ellos están circuncidados, ¿no serán nuestros su ganado, y sus bienes, y todas sus bestias? Su hija y su ganado eran lo que buscaban obtener, y su religión el caballo de reclamo del que se valieron para alcanzarlos. Léase toda la historia. [Gn 34:20-23]

2. Los hipócritas fariseos eran también de esta religión; las largas oraciones eran su pretexto, pero apoderarse de las casas de las viudas era su intento; y mayor condenación fue de Dios su sentencia. [Lc 20:46-47]

3. Judas el demonio era también de esta religión; era religioso por la bolsa, para poseer lo que en ella hubiera; pero se perdió, fue desechado, y fue el mismísimo hijo de perdición.

4. Simón el hechicero era también de esta religión; pues quería tener el Espíritu Santo, para poder sacar dinero con él; y su sentencia, de boca de Pedro, fue conforme a ello. [Hch 8:19-22]

5. Tampoco se me quita de la mente que aquel hombre que toma la religión por el mundo, arrojará también la religión por el mundo; pues tan ciertamente como Judas renunció al mundo al hacerse religioso, tan ciertamente vendió también la religión y a su Maestro por lo mismo. Responder, pues, afirmativamente a la pregunta, como según veo habéis hecho, y aceptar como válida tal respuesta, es cosa a la vez pagana, hipócrita y diabólica; y vuestra recompensa será conforme a vuestras obras. Entonces se quedaron mirándose unos a otros, sin tener con qué responder a Cristiano. Esperanzado aprobó también la solidez de la respuesta de Cristiano; así que hubo entre ellos un gran silencio. El señor Interés-Propio y su compañía también vacilaron y se quedaron atrás, para que Cristiano y Esperanzado se les adelantaran. Entonces dijo Cristiano a su compañero: Si estos hombres no pueden sostenerse ante la sentencia de los hombres, ¿qué harán ante la sentencia de Dios? Y si enmudecen cuando tratan con vasos de barro, ¿qué harán cuando sean reprendidos por las llamas de un fuego devorador?

LA COLINA LUCRO Y LA MINA DE DEMAS

Entonces Cristiano y Esperanzado se adelantaron de nuevo a ellos, y siguieron caminando hasta llegar a una deliciosa llanura llamada Sosiego, por la que anduvieron con mucho contento; pero aquella llanura era angosta, así que pronto la atravesaron. Ahora bien, al otro extremo de aquella llanura había una pequeña colina llamada Lucro, y en aquella colina una mina de plata, que algunos de los que antes habían pasado por allí, atraídos por su rareza, se habían desviado para ver; pero, acercándose demasiado al borde del pozo, el suelo, traicionero bajo sus pies, se hundió, y perecieron; también algunos quedaron allí mutilados, y no volvieron a ser dueños de sí mismos hasta el día de su muerte.

Vi entonces en mi sueño que, un poco apartado del camino, frente a la mina de plata, estaba Demas (con aire de caballero) llamando a los caminantes para que se acercaran a ver; y dijo a Cristiano y a su compañero: ¡Eh! Apartaos hacia aquí, y os mostraré algo.

CRIST. ¿Qué cosa hay tan digna de verse, que nos haga desviarnos del camino?

DEMAS. Aquí hay una mina de plata, y algunos cavan en ella en busca de tesoro. Si venís, con un poco de esfuerzo podréis proveeros ricamente.

ESPER. Entonces dijo Esperanzado: Vayamos a ver.

CRIST. Yo no, dijo Cristiano; ya había oído hablar de este lugar antes, y de cuántos han perecido allí; y además, el tesoro es un lazo para los que lo buscan, pues estorba su peregrinación. Entonces llamó Cristiano a Demas, diciendo: ¿No es peligroso el lugar? ¿No ha estorbado a muchos en su peregrinación? [Os 14:8]

DEMAS. No muy peligroso, salvo para los descuidados (pero, al decir esto, se sonrojó).

CRIST. Entonces dijo Cristiano a Esperanzado: No demos ni un paso, sino sigamos nuestro camino.

ESPER. Te aseguro que, cuando llegue Interés-Propio, si recibe la misma invitación que nosotros, se desviará hacia allá para ver.

CRIST. No cabe duda, pues sus principios lo llevan por ese camino, y apostaría cien contra uno a que muere allí.

DEMAS. Entonces Demas volvió a llamar, diciendo: Pero ¿no vendréis a ver?

CRIST. Entonces Cristiano respondió con firmeza, diciendo: Demas, tú eres enemigo de los caminos rectos del Señor de esta senda, y ya has sido condenado por tu propio extravío por uno de los jueces de Su Majestad [2 Ti 4:10]; ¿por qué, pues, buscas llevarnos a la misma condenación? Además, si nos desviásemos aunque fuera un poco, nuestro Señor y Rey ciertamente lo sabría, y allí nos avergonzaría, donde quisiéramos comparecer con desnudo delante de él.

Demas volvió a gritar que él también era de su misma hermandad, y que, si aguardaban un poco, él mismo caminaría con ellos.

CRIST. Entonces dijo Cristiano: ¿Cuál es tu nombre? ¿No es el mismo con que te he llamado?

DEMAS. Sí, mi nombre es Demas; soy hijo de Abraham.

CRIST. Yo te conozco; Giezi fue tu bisabuelo, y Judas tu padre; y tú has seguido sus pasos. [2 R 5:20, Mt 26:14,15, 27:1-5] No es más que una artimaña diabólica la que empleas; tu padre fue ahorcado por traidor, y tú no mereces mejor recompensa. Ten por seguro que, cuando lleguemos ante el Rey, le daremos cuenta de tu proceder. Así prosiguieron su camino.

Para entonces, Interés-Propio y sus compañeros habían vuelto a aparecer a la vista, y ellos, a la primera señal, se acercaron a Demas. Ahora bien, si cayeron en el pozo por asomarse al borde, o si bajaron a cavar, o si murieron asfixiados en el fondo por los vapores que suelen levantarse allí, de estas cosas no estoy seguro; pero esto sí observé: que nunca más se los volvió a ver en el camino. Entonces cantó Cristiano—

Interés-Propio y Demas, el de la plata, se conciertan;
uno llama, y el otro corre, por lograr
parte en su lucro; y así en el mundo se quedan,
sin más pasar, y allí su suerte han de parar.

Vi entonces que, justo al otro lado de aquella llanura, los peregrinos llegaron a un lugar donde se alzaba un antiguo monumento, junto al borde del camino, a cuya vista ambos se turbaron, por lo extraño de su forma; pues les pareció que había sido una mujer transformada en la figura de una columna; allí, pues, se quedaron mirándola una y otra vez, sin poder por un tiempo comprender qué era aquello. Al fin, Esperanzado reparó en que, sobre la cabeza de la figura, había escrito algo con letra desusada; pero, como él no era hombre de letras, llamó a Cristiano (que sí lo era) para ver si lograba descifrar el sentido; así que este se acercó, y, tras juntar un poco las letras, halló que decía esto: «Acuérdate de la mujer de Lot». Se lo leyó, pues, a su compañero; tras lo cual ambos concluyeron que aquella era la columna de sal en que se convirtió la mujer de Lot, por haber mirado atrás con corazón codicioso cuando salía de Sodoma en busca de seguridad. [Gn 19:26] Aquella visión repentina y asombrosa les dio ocasión para este coloquio.

CRIST. ¡Ah, hermano mío! Esta es una visión oportuna; nos llega en buen momento, tras la invitación que Demas nos hizo de acercarnos a ver la colina Lucro; y si hubiéramos ido, como él quería, y como tú, hermano mío, te sentías inclinado a hacer, bien podríamos, por lo que sé, habernos convertido nosotros mismos en algo semejante a esta mujer, espectáculo para cuantos vengan después a contemplarlo.

ESPER. Me pesa haber sido tan necio, y me maravillo de no estar ahora convertido en la mujer de Lot; pues ¿en qué se diferenciaba su pecado del mío? Ella solo miró atrás; y yo tuve el deseo de ir a ver. Sea adorada la gracia, y avergüenceme yo de que semejante cosa haya podido anidar en mi corazón.

CRIST. Tomemos nota de lo que aquí vemos, para nuestro provecho en tiempos venideros. Esta mujer escapó de un juicio, pues no pereció en la destrucción de Sodoma; y, sin embargo, fue destruida por otro, como vemos, convertida en columna de sal.

ESPER. Ciertó; y bien puede sernos a la vez advertencia y ejemplo: advertencia, para que evitemos su pecado; o señal del juicio que alcanzará a quienes no se prevengan con esta advertencia; así Coré, Datán y Abiram, junto con los doscientos cincuenta hombres que perecieron en su pecado, se hicieron también señal y ejemplo para que otros se guardaran. [Nm 26:9,10] Pero, sobre todo, una cosa me deja pensativo: cómo Demas y sus compañeros pueden estar allí tan confiados, buscando aquel tesoro, cuando esta mujer, por el solo hecho de mirar hacia atrás (pues no leemos que diera un solo paso fuera del camino), fue convertida en columna de sal; sobre todo cuando el juicio que la alcanzó la convirtió en ejemplo a la vista misma del lugar donde ellos están; pues no pueden dejar de verla, si tan solo alzarán los ojos.

CRIST. Es cosa que causa asombro, y prueba que sus corazones se han vuelto desesperados en este asunto; y no sabría a quién compararlos mejor, sino a los que hurtan bolsas en presencia del juez, o a los que cortan bolsas al pie de la horca. Se dice de los hombres de Sodoma que eran pecadores en gran manera, porque eran pecadores delante del Señor, esto es, a la vista de él mismo, y a pesar de las bondades que él les había mostrado [Gn 13:13]; pues la tierra de Sodoma era entonces como el huerto del Edén de antaño. [Gn 13:10] Esto, por tanto, provocó más su celo, y encendió su castigo tanto como pudo hacerlo el fuego del Señor venido del cielo. Y es de la más sana razón concluir que quienes, como estos, pecan a la vista, sí, y esto además a pesar de tales ejemplos puestos continuamente ante ellos para advertirles lo contrario, han de ser partícipes de los juicios más severos.

ESPER. Sin duda has dicho la verdad; pero ¡qué misericordia es que ni tú, y menos aún yo, hayamos sido hechos este mismo ejemplo! Esto nos da ocasión de dar gracias a Dios, de temer delante de él, y de acordarnos siempre de la mujer de Lot.

Vi, entonces, que prosiguieron su camino hasta un río placentero, al que el rey David llamó «el río de Dios», y Juan, «el río del agua de la vida». [Sal 65:9, Ap 22, Ez 47] Ahora bien, su camino discurría justo por la ribera del río; así que Cristiano y su compañero anduvieron con gran deleite; bebieron también del agua del río, que era grata y reconfortante para sus espíritus fatigados; además, en las orillas de este río, a uno y otro lado, había árboles verdes que daban toda clase de fruto; y las hojas de los árboles eran buenas para medicina; con el fruto de estos árboles también se deleitaron

mucho, y comían las hojas para prevenir los empachos y otras enfermedades propias de quienes acaloran su sangre con los viajes. A ambos lados del río había también un prado, primorosamente hermoseado con lirios, y era verde todo el año. En este prado se tendieron y durmieron, pues allí podían tenderse con seguridad. Cuando despertaron, volvieron a recoger del fruto de los árboles, y a beber del agua del río, y luego se tendieron de nuevo a dormir. [Sal 23:2, Is 14:30] Así lo hicieron durante varios días y noches. Entonces cantaron—

Mirad cómo se deslizan estos arroyos de cristal,
para consuelo del peregrino junto al camino real;
los prados verdes, de fragancia que hechiza,
manjares les ofrecen; y quien precisa
saber qué fruto, y qué hojas, dan estos árboles bellos,
pronto venderá cuanto tiene, por poseer campo como aquellos.

Así que, cuando se dispusieron a proseguir (pues aún no habían llegado al fin de su viaje), comieron y bebieron, y partieron.

EL CASTILLO DE LA DUDA Y EL GIGANTE DESESPERACIÓN

Vi entonces en mi sueño que no habían caminado mucho cuando el río y el camino se apartaron el uno del otro por un tiempo; de lo cual se apesadumbraron no poco; mas no se atrevieron a salirse del camino. Ahora bien, el camino, lejos ya del río, era áspero, y tenían los pies delicados a causa de sus viajes; así que las almas de los peregrinos se desanimaron mucho por causa del camino. [Nm 21:4] Por lo cual, según avanzaban, deseaban un camino mejor. Ahora bien, un poco más adelante había, a mano izquierda del camino, un prado, y un portillo para pasar a él; y aquel prado se llama el prado del Atajo. Entonces dijo Cristiano a su compañero: Si este prado corre a lo largo de nuestro camino, pasemos a él. Fue, pues, al portillo a mirar, y he aquí que un sendero corría junto al camino, al otro lado de la cerca. Esto va como yo deseaba, dijo Cristiano; aquí se anda más fácil; ven, buen Esperanzado, y pasemos.

ESPER. Pero ¿qué pasaría si este sendero nos llevara fuera del camino?

CRIST. No es probable, dijo el otro. Mira, ¿no corre junto al camino? Así que Esperanzado, persuadido por su compañero, lo siguió al pasar el portillo. Cuando lo hubieron pasado y se hallaron en el sendero, lo encontraron muy cómodo para sus pies; y además, mirando delante de ellos, avistaron a un hombre que caminaba como ellos (y su nombre era Vana-confianza); así que lo llamaron, y le preguntaron adónde llevaba aquel camino. Dijo que a la Puerta Celestial. Mira, dijo Cristiano, ¿no te lo dije? Por esto puedes ver que vamos bien. Así que lo siguieron, y él iba delante de ellos. Pero he aquí que llegó la noche, y se hizo muy oscuro; de modo que los que iban detrás perdieron de vista al que iba delante.

El que iba delante, pues (Vana-confianza de nombre), al no ver el camino frente a él, cayó en un hoyo profundo [Is 9:16], hecho allí adrede por el Príncipe de aquellas tierras, para atrapar con él a los necios vanagloriosos, y quedó despedazado por la caída.

Cristiano y su compañero oyeron su caída. Así que llamaron para saber qué ocurría, pero no hubo quien respondiera, solo oyeron un gemido. Entonces dijo Esperanzado: ¿Dónde estamos ahora? Y su compañero calló, recelando haberlo sacado del camino; y entonces comenzó a llover, y a tronar, y a relampaguear de un modo muy espantoso; y las aguas subieron con todas sus fuerzas.

Entonces gimíó Esperanzado para sí, diciendo: ¡Ojalá hubiera seguido mi camino!

CRIST. ¿Quién habría pensado que este sendero nos sacaría del camino?

ESPER. Yo lo temí desde el principio, y por eso te di aquella suave advertencia. Habría hablado más claro, de no ser porque tú eres mayor que yo.

CRIST. Buen hermano, no te ofendas; siento haberte sacado del camino, y haberte puesto en tan inminente peligro; te ruego, hermano mío, que me perdones; no lo hice con mala intención.

ESPER. Consuélate, hermano mío, pues te perdono; y creo, además, que esto será para nuestro bien.

CRIST. Me alegro de tener conmigo a un hermano misericordioso; pero no debemos quedarnos así: intentemos volver atrás.

ESPER. Pero, buen hermano, déjame ir delante.

CRIST. No, si te place, deja que vaya yo primero, para que, si hay algún peligro, sea yo el primero en padecerlo, ya que por mi causa nos hemos salido los dos del camino.

ESPER. No, dijo Esperanzado, tú no irás primero; pues tu ánimo turbado podría volver a extraviarte. Entonces, para su aliento, oyeron la voz de uno que decía: «Endereza tu corazón hacia el camino, el mismo camino por donde fuiste; vuélvete.» [Jer 31:21] Mas para entonces las aguas habían crecido mucho, por lo cual el volver atrás era muy peligroso. (Entonces pensé que es más fácil salirse del camino, estando dentro, que volver a entrar estando fuera.) Con todo, se aventuraron a volver atrás; pero estaba tan oscu-

ro, y la crecida era tan alta, que al volver estuvieron a punto de ahogarse nueve o diez veces.

Ni pudieron tampoco, con toda su maña, volver a dar con el portillo aquella noche. Por lo cual, al fin, dando con un pequeño refugio, se sentaron allí hasta el amanecer; pero, rendidos de cansancio, se quedaron dormidos. Ahora bien, no lejos del lugar donde yacían había un castillo llamado el castillo de la Duda, cuyo dueño era el gigante Desesperación; y era en sus tierras donde ahora dormían: por lo cual él, levantándose temprano por la mañana, y paseando de un lado a otro por sus campos, sorprendió a Cristiano y a Esperanzado dormidos en sus tierras. Entonces, con voz torva y hosca, les mandó despertar, y les preguntó de dónde eran y qué hacían en sus tierras. Le dijeron que eran peregrinos, y que habían perdido el camino. Entonces dijo el Gigante: Esta noche habéis traspasado mis límites, pisoteando y acostándoos en mis tierras, y por tanto habéis de venir conmigo. Así que se vieron forzados a ir, porque él era más fuerte que ellos. Tampoco tenían mucho que decir, pues sabían que estaban en falta. El Gigante, pues, los arreó delante de sí, y los metió en su castillo, en un calabozo muy oscuro, inmundo y hediondo para el ánimo de aquellos dos hombres. [Sal 88:18] Aquí, pues, yacieron desde la mañana del miércoles hasta la noche del sábado, sin un bocado de pan, ni una gota de bebida, ni luz, ni nadie que les preguntara cómo estaban; hallábanse, pues, en mal estado, y lejos de amigos y conocidos. Ahora bien, en este lugar Cristiano sentía doble pesar, porque fue por su imprudente consejo por lo que habían caído en esta angustia.

Los peregrinos, por servir su carne,
buscan reposo; mas, ¡ay!, cuánto se hunden
de nuevo en penas al tal rumbo tomarse:
quien complace a la carne, a sí se deshace.

Tenía, pues, el gigante Desesperación una mujer, cuyo nombre era Recelo. Así que, al irse a la cama, contó a su mujer lo que había hecho: a saber, que había tomado dos prisioneros y los había echado en su calabozo, por haber traspasado sus tierras. Le preguntó entonces también qué más convendría hacerles. Ella le preguntó qué eran, de dónde venían y adónde se dirigían; y él se lo contó. Entonces ella le aconsejó que, al levantarse por la mañana, los golpeará sin ninguna misericordia. Así que, al levantarse, tomó un recio garrote de madera de manzano silvestre, y bajó al calabozo hasta ellos, y allí comenzó primero a increparlos como si fueran perros, aunque

ellos nunca le dieron ni una sola palabra de desagrado. Luego se abalanzó sobre ellos, y los golpeó de un modo espantoso, de tal manera que no podían ni ayudarse a sí mismos ni darse la vuelta en el suelo. Hecho esto, se retiró y los dejó allí para que se lamentaran de su miseria y se dolieran de su angustia. Así que pasaron todo aquel día sin hacer otra cosa que suspirar y lamentarse amargamente. La noche siguiente, hablando ella de nuevo con su marido acerca de ellos, y sabiendo que aún estaban vivos, le aconsejó que los persuadiera de quitarse la vida ellos mismos. Así que, venida la mañana, fue a ellos de mala manera como antes, y, viéndolos muy doloridos por los golpes que les había dado el día anterior, les dijo que, puesto que nunca habrían de salir de aquel lugar, su único camino sería acabar de inmediato consigo mismos, ya con cuchillo, ya con soga, ya con veneno, pues, dijo él, ¿por qué habríais de elegir la vida, viendo que va acompañada de tanta amargura? Pero ellos le rogaron que los dejara ir. Con eso, él los miró con torva faz, y, arrojándose sobre ellos, sin duda les habría dado muerte él mismo, de no ser porque le sobrevino uno de sus ataques (pues a veces, en días de sol, le sobrevenían ataques), y perdió por un tiempo el uso de la mano; por lo cual se retiró, y los dejó como antes, para que consideraran qué hacer. Entonces los prisioneros deliberaron entre sí si convenía seguir su consejo o no; y así comenzaron a departir: —

CRIST. Hermano, dijo Cristiano, ¿qué hemos de hacer? La vida que ahora llevamos es miserable. Por mi parte, no sé qué es mejor, vivir así o morir de una vez. «Mi alma escogió la estrangulación antes que la vida», y más fácil me es la tumba que este calabozo. [Job 7:15] ¿Nos dejaremos gobernar por el Gigante?

ESPER. En verdad, nuestra condición presente es espantosa, y la muerte me sería mucho más bienvenida que permanecer así para siempre; pero, con todo, consideremos que el Señor del país adonde vamos ha dicho: No matarás; no, ni siquiera a la persona de otro; con cuánta más razón, pues, nos está prohibido seguir su consejo de matarnos a nosotros mismos. Además, el que mata a otro, solo puede cometer homicidio sobre su cuerpo; pero quien se mata a sí mismo mata el cuerpo y el alma a la vez. Y, además, hermano mío, hablas del descanso de la tumba; pero ¿has olvidado el infierno, adonde de cierto van los homicidas? «Porque ningún homicida tiene vida eterna», etc. Y consideremos, también, que no toda la ley está en manos del gigante Desesperación. Otros, por lo que puedo entender, han sido apresa-

dos por él, igual que nosotros, y sin embargo han escapado de su mano. ¿Quién sabe si el Dios que hizo el mundo no hará que el gigante Desesperación muera? ¿O si, en algún momento, no se olvidará de cerrarnos con llave? ¿O si, dentro de poco, no le sobrevendrá otro de sus ataques delante de nosotros, y perderá el uso de sus miembros? Y si eso volviera a suceder, por mi parte, estoy resuelto a cobrar ánimo de hombre, y a intentar con todas mis fuerzas librarme de su mano. Necio fui por no intentarlo antes; pero, con todo, hermano mío, tengamos paciencia, y soportemos un poco más. Puede llegar el tiempo que nos traiga una feliz liberación; pero no seamos homicidas de nosotros mismos. Con estas palabras logró Esperanzado, por el momento, aplacar el ánimo de su hermano; y así continuaron juntos (en la oscuridad) aquel día, en su triste y penosa condición.

Pues bien, hacia el anochecer, el Gigante volvió a bajar al calabozo, a ver si sus prisioneros habían seguido su consejo; pero, al llegar allí, los halló vivos; y, en verdad, vivos era todo lo que podía decirse; pues ahora, por falta de pan y agua, y a causa de las heridas que habían recibido cuando los golpeó, apenas podían hacer otra cosa que respirar. Pero, digo, los halló vivos; con lo cual montó en grave cólera, y les dijo que, puesto que habían desobedecido su consejo, sería peor para ellos que si nunca hubieran nacido.

A esto temblaron en gran manera, y creo que Cristiano cayó en un desmayo; pero, volviendo un poco en sí, reanudaron su discurso acerca del consejo del Gigante, y si aún convenía seguirlo o no. Ahora bien, Cristiano parecía de nuevo inclinado a hacerlo, pero Esperanzado le dio esta segunda respuesta: —

ESPER. Hermano mío, dijo él, ¿no recuerdas cuán valiente has sido hasta ahora? Apolión no pudo aplastarte, ni pudo todo cuanto oíste, viste o sentiste en el valle de Sombra de Muerte. ¡Qué penalidades, terrores y espantos has pasado ya! ¿Y ahora no eres más que temor? Ves que yo estoy contigo en el calabozo, siendo por naturaleza hombre mucho más débil que tú; además, este Gigante me ha herido a mí igual que a ti, y también me ha quitado el pan y el agua de la boca; y contigo me lamento sin luz. Pero ejercitemos un poco más de paciencia; recuerda cómo te portaste como hombre en la Feria de la Vanidad, y no temiste ni la cadena, ni la jaula, ni la muerte sangrienta. Por lo cual, sobrellevemos con paciencia cuanto podamos (aunque solo sea para evitar la vergüenza, que no conviene que se halle en un cristiano).

Ahora bien, venida de nuevo la noche, y estando el Gigante y su mujer en el lecho, ella le preguntó por los prisioneros, y si habían seguido su consejo. A lo que él respondió: Son unos bellacos tercos, prefieren soportar toda penalidad antes que quitarse la vida. Entonces dijo ella: Llévalos mañana al patio del castillo, y muéstrales los huesos y las calaveras de aquellos que ya has despachado, y hazles creer que, antes de que acabe la semana, tú también los harás pedazos, como has hecho con sus compañeros antes que ellos.

Así que, venida la mañana, el Gigante fue de nuevo a ellos, y los llevó al patio del castillo, y les mostró lo que su mujer le había mandado. Estos, dijo, fueron peregrinos como vosotros, en su día, y traspasaron mis tierras, como vosotros habéis hecho; y cuando me pareció bien, los hice pedazos, y así, dentro de diez días, haré con vosotros. Id, volved a vuestra guarida; y con eso los golpeó todo el camino hasta allá. Yacieron, pues, todo el sábado en lamentable estado, como antes. Ahora bien, venida la noche, y estando la señora Recelo y su marido el Gigante ya en el lecho, comenzaron a reanudar su plática acerca de los prisioneros; y el viejo Gigante se maravillaba de no poder, ni con sus golpes ni con su consejo, acabar con ellos. Y a eso replicó su mujer: Temo, dijo, que vivan con la esperanza de que alguien venga a socorrerlos, o que lleven consigo ganzúas, con las que esperan escapar. ¿Eso dices, querida mía? dijo el Gigante; los registraré, pues, por la mañana.

Pues bien, el sábado, hacia la medianoche, comenzaron a orar, y continuaron en oración hasta casi rayar el día.

Ahora bien, un poco antes de que amaneciera, el buen Cristiano, como quien está medio fuera de sí, prorrumpió en un discurso apasionado: ¡Qué necio soy, dijo, al yacer así en un calabozo hediondo, cuando bien podría andar en libertad! Tengo en mi pecho una llave llamada Promesa, que, según creo, abrirá cualquier cerradura del castillo de la Duda. Entonces dijo Esperanzado: Esa es buena nueva; buen hermano, sácala de tu pecho y pruébala.

Entonces Cristiano la sacó de su pecho, y comenzó a probarla en la puerta del calabozo, cuyo cerrojo (al girar la llave) cedió, y la puerta se abrió de par en par con facilidad, y Cristiano y Esperanzado salieron ambos. Luego fue a la puerta exterior que da al patio del castillo, y con su llave abrió tam-

bién aquella puerta. Después fue a la verja de hierro, pues también había que abrirla, pero aquella cerradura estaba condenadamente dura; con todo, la llave la abrió. Entonces empujaron la verja para escapar con presteza; pero aquella verja, al abrirse, hizo tal chirrido, que despertó al gigante Desesperación, quien, levantándose a toda prisa para perseguir a sus prisioneros, sintió que le fallaban los miembros, pues le sobrevino de nuevo uno de sus ataques, de modo que de ningún modo pudo ir tras ellos. Prosiguieron entonces su camino, y llegaron de nuevo al camino real, y así quedaron a salvo, por hallarse fuera de su jurisdicción.

Ahora bien, cuando hubieron pasado el portillo, comenzaron a discurrir entre sí qué debían hacer allí, junto al portillo, para impedir que quienes vieran después cayeran en manos del gigante Desesperación. Así que acordaron erigir allí una columna, y grabar en su costado esta sentencia — «Pasando este portillo se va al castillo de la Duda, que guarda el gigante Desesperación, quien desprecia al Rey del País Celestial, y busca destruir a sus santos peregrinos.» Muchos, pues, de los que vinieron después, leyeron lo escrito, y escaparon del peligro. Hecho esto, cantaron lo siguiente: —

Del camino nos salimos, y así hallamos
lo que es hollar el suelo allí vedado;
y tengan cuidado los que vengan después,
no sea que el descuido los haga, como a nos, errar.
No sea que, por traspasar, presos queden
del castillo de la Duda, cuyo dueño es Desesperación.

LOS MONTES DELEITOSOS

Prosiguieron, pues, hasta llegar a los montes Deleitosos, montes que pertenecen al Señor de aquella colina de la que ya hemos hablado; y subieron a los montes, para contemplar los jardines y los huertos, las viñas y las fuentes de agua; donde también bebieron y se lavaron, y comieron libremente de las viñas. Había, además, en las cumbres de estos montes, unos Pastores que apacentaban sus rebaños, y estaban junto al camino real. Los peregrinos se acercaron, pues, a ellos, y apoyándose en sus cayados (como es costumbre entre los peregrinos cansados cuando se detienen a hablar con alguien por el camino), preguntaron: ¿De quién son estos montes Deleitosos? ¿Y de quién son las ovejas que en ellos pacen?

Estos montes deleitosos ya ascienden,
donde Pastores cosas les encomiendan:
unas que atraen, otras que precaven;
por fe y temor los peregrinos se guardan.

PAST. Estos montes son la tierra de Emanuel, y están a la vista de su ciudad; también las ovejas son suyas, y él dio su vida por ellas. [Jn 10:11]

CRIST. ¿Es este el camino a la Ciudad Celestial?

PAST. Estáis justo en el camino.

CRIST. ¿Qué distancia hay hasta allí?

PAST. Demasiado lejos para todos, salvo para aquellos que en verdad han de llegar hasta allí.

CRIST. ¿Es el camino seguro o peligroso?

PAST. Seguro para aquellos para quienes ha de ser seguro; mas los transgresores caerán en él. [Os 14:9]

CRIST. ¿Hay en este lugar algún alivio para los peregrinos que vienen cansados y desfallecidos del camino?

PAST. El Señor de estos montes nos ha dado el encargo de no olvidarnos de hospedar a los extraños; por tanto, los bienes de este lugar están a vuestra disposición. [He 13:1-2]

Vi también en mi sueño que, cuando los Pastores advirtieron que eran hombres caminantes, también ellos les hicieron preguntas, a las cuales respondieron como en otros lugares; a saber: ¿De dónde venís? ¿Cómo entrasteis en el camino? ¿Por qué medios habéis perseverado en él? Pues pocos, de los que comienzan a venir aquí, llegan a mostrar su rostro en estos montes. Mas cuando los Pastores oyeron sus respuestas, complacidos con ellas, los miraron con mucho cariño, y dijeron: Bienvenidos a los montes Deleitosos.

Los Pastores, digo, cuyos nombres eran Conocimiento, Experiencia, Vigilante y Sincero, los tomaron de la mano, y los llevaron a sus tiendas, y les hicieron participar de lo que en ese momento tenían dispuesto. Dijeron, además: Quisiéramos que os quedaseis aquí un tiempo, para conocernos mejor; y más aún, para solazaros con los bienes de estos montes Deleitosos. Entonces ellos les dijeron que estaban contentos de quedarse; y así se fueron a descansar aquella noche, porque era ya muy tarde.

Vi entonces en mi sueño que, por la mañana, los Pastores llamaron a Cristiano y a Esperanzado para pasear con ellos por los montes; y salieron con ellos, y caminaron un rato, gozando de una vista placentera por todas partes. Entonces se dijeron los Pastores unos a otros: ¿Mostraremos a estos peregrinos algunas maravillas? Y habiendo resuelto hacerlo, los llevaron primero a la cima de un monte llamado el Error, muy escarpado por el lado más alejado, y les mandaron mirar hacia el fondo. Miraron, pues, Cristiano y Esperanzado hacia abajo, y vieron en el fondo a varios hombres hechos pedazos por la caída que habían tenido desde la cima. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto? Los Pastores respondieron: ¿No habéis oído hablar de aquellos que fueron inducidos a errar al escuchar a Himeneo y Fileto acerca de la fe en la resurrección del cuerpo? [2 Ti 2:17,18] Ellos respondieron: Sí. Entonces dijeron los Pastores: Esos que veis yacer hechos peda-

zos al pie de este monte son ellos; y han permanecido hasta hoy sin sepultura, como veis, para ejemplo de otros, a fin de que se guarden de trepar demasiado alto, o de acercarse demasiado al borde de este monte.

Vi entonces que los llevaron a la cima de otro monte, cuyo nombre es la Cautela, y les mandaron mirar a lo lejos; y al hacerlo, percibieron, según les pareció, a varios hombres que iban y venían entre las tumbas que allí había; y advirtieron que aquellos hombres estaban ciegos, porque tropezaban a veces con las tumbas, y porque no podían salir de entre ellas. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto?

Los Pastores entonces respondieron: ¿No visteis, un poco más abajo de estos montes, un portillo que llevaba a un prado, a mano izquierda de este camino? Respondieron: Sí. Entonces dijeron los Pastores: Desde ese portillo sale un sendero que conduce directamente al castillo de la Duda, que guarda el gigante Desesperación; y estos, señalando a los que estaban entre las tumbas, vinieron una vez en peregrinación, como vosotros ahora, hasta llegar a ese mismo portillo; y como el camino recto era allí áspero, prefirieron salir de él hacia aquel prado, y allí fueron apresados por el gigante Desesperación, y arrojados al castillo de la Duda; donde, después de haber estado un tiempo encerrados en el calabozo, él al fin les sacó los ojos, y los llevó entre aquellas tumbas, donde los ha dejado vagar hasta el día de hoy, para que se cumpliese el dicho del sabio: «El que se aparta del camino de la sabiduría, vendrá a parar en la compañía de los muertos.» [Pr 21:16] Entonces Cristiano y Esperanzado se miraron el uno al otro, con lágrimas brotándoles, mas no dijeron nada a los Pastores.

Vi entonces en mi sueño que los Pastores los llevaron a otro lugar, en una hondonada, donde había una puerta en la ladera de un monte, y abrieron la puerta, y les mandaron mirar dentro. Miraron, pues, y vieron que dentro reinaba una gran oscuridad y mucho humo; también les pareció oír allí un ruido retumbante como de fuego, y el clamor de algunos atormentados, y percibieron olor de azufre. Entonces dijo Cristiano: ¿Qué significa esto? Los Pastores les dijeron: Este es un atajo hacia el infierno, camino por el que entran los hipócritas; a saber, los que venden su primogenitura, como Esaú; los que venden a su señor, como Judas; los que blasfeman del evangelio, como Alejandro; y los que mienten y disimulan, como Ananías y Safira su mujer. Entonces dijo Esperanzado a los Pastores: Advierto que todos

ellos, sin excepción, tenían apariencia de peregrinación, como la tenemos nosotros ahora; ¿no es así?

PAST. Sí, y la mantuvieron también por mucho tiempo.

ESPER. ¿Hasta dónde pudieron llegar en su peregrinación en sus días, ya que, a pesar de ello, fueron tan miserablemente desechados?

PAST. Unos más lejos, y otros no tan lejos como estos montes.

Entonces se dijeron los peregrinos el uno al otro: Necesidad tenemos de clamar al Fuerte por fortaleza.

PAST. Sí, y también necesitaréis usarla, cuando la tengáis.

Para entonces los peregrinos deseaban ya proseguir, y los Pastores deseaban que así lo hicieran; así que caminaron juntos hacia el fin de los montes. Entonces se dijeron los Pastores unos a otros: Mostremos aquí a los peregrinos las puertas de la Ciudad Celestial, si tienen destreza para mirar por nuestro catalejo. Los peregrinos aceptaron de buen grado la propuesta; así que los llevaron a la cima de un alto monte, llamado Claridad, y les dieron el catalejo para mirar.

Entonces probaron a mirar, pero el recuerdo de aquella última cosa que los Pastores les habían mostrado hizo que les temblaran las manos; y por este impedimento no pudieron mirar con firmeza por el catalejo; con todo, les pareció ver algo semejante a la puerta, y también algo de la gloria de aquel lugar. Luego se marcharon, y cantaron esta canción—

Así, por los Pastores, los secretos se revelan,
que a todos los demás hombres se les ocultan.
Venid, pues, a los Pastores, si queréis ver
cosas profundas, cosas ocultas, de hondo misterio.

Cuando estaban a punto de partir, uno de los Pastores les dio una nota del camino. Otro de ellos les advirtió que se guardasen del Adulador. El tercero les mandó tener cuidado de no dormirse en la Tierra Encantada. Y el cuarto les deseó buen viaje. Así desperté de mi sueño.

IGNORANCIA

Volví a dormirme, y soñé de nuevo, y vi a los mismos dos peregrinos bajando de los montes por el camino real hacia la ciudad. Ahora bien, un poco más abajo de estos montes, a mano izquierda, se extiende el país de la Presunción; de cuyo país sale, hacia el camino por donde iban los peregrinos, una callejuela torcida. Allí, pues, se encontraron con un mozo muy despierto, que venía de aquel país; y su nombre era Ignorancia. Cristiano le preguntó, pues, de qué tierras venía, y adónde iba.

IGNOR. Señor, nací en el país que se extiende allá, un poco a mano izquierda, y voy a la Ciudad Celestial.

CRIST. Pero ¿cómo piensas entrar por la puerta? Pues podrías encontrar allí alguna dificultad.

IGNOR. Como hace la demás gente, dijo él.

CRIST. Pero ¿qué tienes tú que mostrar en esa puerta, que pueda hacer que te la abran?

IGNOR. Conozco la voluntad de mi Señor, y he llevado una buena vida; pago a cada uno lo suyo; oro, ayuno, pago los diezmos, y doy limosna, y he dejado mi país por aquel adonde voy.

CRIST. Pero tú no entraste por la Puerta Angosta que está al principio de este camino; entraste aquí por esa misma callejuela torcida, y por tanto, me temo que, por más que pienses bien de ti mismo, cuando llegue el día de la cuenta, se te cargará el ser un ladrón y un salteador, en vez de conseguir la entrada en la ciudad.

IGNOR. Caballeros, sois para mí completos desconocidos; no os conozco; conformaos y seguid la religión de vuestro país, que yo seguiré la de mi

país. Espero que todo saldrá bien. Y en cuanto a esa puerta de que habláis, todo el mundo sabe que está muy lejos de nuestro país. No puedo pensar que ningún hombre en todos nuestros contornos siquiera conozca el camino hasta ella, ni falta que les hace saberlo, pues tenemos, como veis, una hermosa y agradable callejuela verde, que baja de nuestro país, y entra derecha en el camino.

Cuando Cristiano vio que aquel hombre era «sabio en su propia opinión», dijo a Esperanzado, en voz baja: «Más esperanza hay del necio que de él.» [Pr 26:12] Y dijo, además: «Cuando el necio va por el camino, le falta cordura, y a todos dice que es necio.» [Ec 10:3] ¿Qué, hablaremos más con él, o le dejaremos atrás por ahora, y así lo dejaremos pensar en lo que ya ha oído, para luego detenernos de nuevo a esperarlo, y ver si poco a poco podemos hacerle algún bien? Entonces dijo Esperanzado—

Deje ahora Ignorancia, por un rato, meditar
en lo que se ha dicho, y no rehúse aceptar
el buen consejo, no sea que quede
aún ignorante de cuál es la mayor ganancia.
Dice Dios que a los que entendimiento no tienen,
aunque él los hizo, no los salvará.

ESPER. Añadió además: No es bueno, pienso, decir todo de una vez; pasemos de largo, si quieres, y hablemos con él al punto, según sea capaz de soportarlo.

Así que ambos siguieron adelante, e Ignorancia venía detrás. Ahora bien, cuando lo hubieron dejado atrás un trecho, entraron en una callejuela muy oscura, donde se encontraron con un hombre a quien siete demonios habían atado con siete fuertes cuerdas, y lo llevaban de vuelta a la puerta que habían visto en la ladera del monte. [Mt 12:45, Pr 5:22] El buen Cristiano comenzó entonces a temblar, y lo mismo hizo Esperanzado, su compañero; con todo, mientras los demonios se llevaban al hombre, Cristiano miró para ver si lo conocía; y pensó que podría ser un tal Vuélvete-atrás, que vivía en la villa de Apostasía. Pero no llegó a verle bien el rostro, pues llevaba la cabeza baja como un ladrón sorprendido. Mas, en cuanto hubo pasado, Esperanzado se volvió a mirarlo, y vio en su espalda un papel con esta inscripción: «Profesante lascivo y apóstata condenado».

POCA-FE

Entonces dijo Cristiano a su compañero: Ahora recuerdo algo que se me contó, que sucedió por aquí cerca a un buen hombre. El nombre de aquel hombre era Poca-fe, pero era un buen hombre, y vivía en la villa de Sinceridad. La cosa fue así: al entrar en este paso, baja desde la Puerta del Camino Ancho una callejuela llamada la calle del Hombre Muerto; llamada así por los asesinatos que allí se cometen de ordinario; y este Poca-fe, yendo de peregrinación, como nosotros ahora, se le ocurrió sentarse allí, y se durmió. Sucedió entonces que, en ese tiempo, bajaron por la callejuela, desde la Puerta del Camino Ancho, tres bribones fornidos, cuyos nombres eran Cobarde, Desconfianza y Culpa (tres hermanos), y al ver a Poca-fe donde estaba, se le acercaron a toda prisa. El buen hombre acababa justo de despertarse de su sueño, y se estaba levantando para proseguir su viaje. Así que llegaron todos hasta él, y con lenguaje amenazador le mandaron detenerse. Ante esto, Poca-fe se puso blanco como un trapo, y no tuvo fuerzas ni para luchar ni para huir. Entonces dijo Cobarde: Entrega tu bolsa. Mas como él no se apresuraba a hacerlo (pues le pesaba perder su dinero), Desconfianza corrió hacia él, y metiendo la mano en su bolsillo, sacó de allí un saco de plata. Entonces él gritó: ¡Ladrones! ¡Ladrones! Con esto, Culpa, con una gran maza que llevaba en la mano, golpeó a Poca-fe en la cabeza, y con aquel golpe lo derribó de bruces al suelo, donde quedó sangrando como quien va a desangrarse hasta morir. Todo este tiempo los ladrones se quedaron mirando. Pero, al fin, al oír que venía alguien por el camino, y temiendo que fuese un tal Gran-gracia, que vive en la ciudad de Buena-confianza, echaron a correr, y dejaron a este buen hombre a que se las arreglara solo. Al cabo de un rato, Poca-fe volvió en sí, y, levantándose, se las ingenió para seguir arrastrándose por su camino. Esta fue la historia.

ESPER. Pero ¿le quitaron todo cuanto tenía?

CRIST. No; el lugar donde tenía sus joyas nunca lo registraron, así que esas las conservó. Pero, según me contaron, el buen hombre se afligió mucho por su pérdida, pues los ladrones se llevaron la mayor parte de su dinero de gastos. Lo que no se llevaron (como dije) fueron las joyas; también le quedó un poco de dinero suelto, pero apenas el suficiente para llevarlo hasta el fin de su viaje [1 P 4:18]; y aun, si no me informaron mal, se vio obligado a mendigar por el camino, para mantenerse con vida; pues sus joyas no las podía vender. Mas, por más que mendigara, e hiciera cuanto pudiera, fue (como decimos) con el estómago vacío la mayor parte del resto del camino.

ESPER. Pero ¿no es cosa de maravillarse que no le quitasen su certificado, por el cual había de recibir su admisión en la Puerta Celestial?

CRIST. Es cosa de maravillarse; pero no se lo llevaron, aunque no se les escapó por ninguna buena maña de su parte; pues él, aturdido por el ataque que sufrió, no tuvo ni fuerzas ni ingenio para esconder nada; así que fue más por buena Providencia que por su propio esfuerzo que se les escapó aquella buena cosa.

ESPER. Mas ha de ser, por fuerza, un consuelo para él, que no le quitasen las joyas.

CRIST. Pudo haber sido un gran consuelo para él, de haberlo aprovechado como debía; pero los que me contaron la historia dijeron que apenas le sacó provecho el resto del camino, y eso a causa del aturdimiento que le causó el robo de su dinero; en verdad, lo olvidó gran parte del resto de su viaje; y además, cuando alguna vez le venía a la mente, y comenzaba a consolarse con ello, entonces le volvían pensamientos frescos de su pérdida, y esos pensamientos se lo tragaban todo. [1 P 1:9]

ESPER. ¡Ay, pobre hombre! Esto no pudo sino ser una gran pena para él.

CRIST. ¡Pena! Sí, pena de veras. ¿No lo sería para cualquiera de nosotros, si nos hubieran tratado como a él, robados, y heridos también, y eso en un lugar extraño, como le sucedió a él? Es maravilla que no muriese de pena, ¡pobre corazón! Me contaron que sembró casi todo el resto del camino con nada más que lamentos dolorosos y amargas quejas; contando también a todos los que lo alcanzaban, o a los que él alcanzaba por el ca-

mino, dónde lo habían robado, y cómo; quiénes fueron los que lo hicieron, y qué perdió; cómo lo hirieron, y que a duras penas escapó con vida.

ESPER. Pero es cosa de maravillarse que la necesidad no lo llevara a vender o empeñar alguna de sus joyas, para tener con qué aliviarse en su viaje.

CRIST. Hablas como quien todavía lleva la cáscara en la cabeza hasta el día de hoy; pues ¿para qué las habría de empeñar, o a quién se las habría de vender? En todo aquel país donde fue robado, sus joyas no tenían valor alguno; ni le faltaba ese alivio que de allí se le pudiera dar. Además, de haberle faltado sus joyas a la puerta de la Ciudad Celestial, se habría visto (y esto lo sabía muy bien) excluido de una herencia allí; y eso habría sido peor para él que la aparición y la villanía de diez mil ladrones.

ESPER. ¿Por qué te muestras tan áspero, hermano mío? Esaú vendió su primogenitura, y eso por un plato de lentejas, y esa primogenitura era su mayor joya; y si él lo hizo, ¿por qué no habría de hacerlo también Poca-fe? [He 12:16]

CRIST. Esaú, en efecto, vendió su primogenitura, y así lo hacen muchos otros, y con ello se excluyen de la bendición principal, como aquel miserable también hizo; pero has de poner diferencia entre Esaú y Poca-fe, y también entre sus respectivas condiciones. La primogenitura de Esaú era figurativa, mas las joyas de Poca-fe no lo eran; el vientre era el dios de Esaú, mas el vientre de Poca-fe no lo era; la necesidad de Esaú residía en su apetito carnal, la de Poca-fe no. Además, Esaú no podía ver más allá de la satisfacción de sus apetitos; «He aquí, dijo él, yo me voy a morir; ¿de qué, pues, me servirá la primogenitura?» [Gn 25:32] Pero Poca-fe, aunque le tocara en suerte tener solo un poco de fe, por esa poca fe se vio guardado de tales excesos, y llevado a ver y estimar sus joyas antes que a venderlas, como hizo Esaú con su primogenitura. En ninguna parte leerás que Esaú tuviera fe, no, ni siquiera un poco; por tanto, no es de extrañar que, donde solo la carne domina (como sucede en aquel hombre en quien no hay fe que resista), venda su primogenitura, y su alma entera, y eso al diablo del infierno; pues con estos sucede como con la asna, que en sus ocasiones no puede ser apartada. [Jer 2:24] Cuando su ánimo está puesto en sus apetitos, los tendrán cueste lo que cueste. Pero Poca-fe era de otro temple; su ánimo estaba puesto en las cosas divinas; su sustento residía en cosas espirituales, y de lo alto; por

tanto, ¿para qué habría de vender sus joyas quien es de tal temple (de haber habido quien las comprara) para llenar su ánimo de cosas vanas? ¿Dará un hombre un penique para llenarse el vientre de heno? ¿O podrás persuadir a la tórtola de vivir de carroña como el cuervo? Aunque los que no tienen fe pueden, por sus apetitos carnales, empeñar, hipotecar o vender cuanto tienen, y a sí mismos por añadidura; mas los que tienen fe, fe salvadora, aunque sea poca, no pueden hacer tal cosa. Aquí, pues, hermano mío, está tu error.

ESPER. Lo reconozco; pero tu severa reflexión casi me hizo enfadar.

CRIST. Pues no hice sino compararte con algunas de esas aves más vivarachas, que corren de aquí para allá por sendas no trilladas, con la cáscara todavía sobre la cabeza; mas dejemos eso, y consideremos el asunto que debatimos, y todo quedará bien entre tú y yo.

ESPER. Pero, Cristiano, estos tres sujetos, persuadido estoy en mi corazón, no son más que una banda de cobardes; ¿acaso habrían huido, si no, como lo hicieron, al ruido de uno que venía por el camino? ¿Por qué no cobró Poca-fe mayor ánimo? Pudo, me parece, aguantar un lance con ellos, y ceder solo cuando ya no hubiera remedio.

CRIST. Que son cobardes, muchos lo han dicho, pero pocos lo han hallado así en la hora de la prueba. En cuanto a un gran corazón, Poca-fe no lo tenía; y por ti percibo, hermano mío, que, de haber sido tú el hombre en cuestión, no eres tampoco más que para un lance, y luego ceder.

Y, en verdad, ya que este es el colmo de tu arrojo ahora que están lejos de nosotros, si se te aparecieran como se le aparecieron a él, bien podrían hacerte pensarlo dos veces.

Pero, considera además, que no son sino ladrones a sueldo, sirven bajo el rey del abismo sin fondo, quien, si hace falta, vendrá él mismo en su ayuda, y su voz es como el rugido de un león. [1 P 5:8] Yo mismo me he visto en trance como este Poca-fe, y lo hallé cosa terrible. Estos tres villanos me atacaron, y comenzando yo, como cristiano, a resistir, dieron apenas una voz, y entró su amo. Habría dado, como se dice, mi vida por un penique, de no ser porque, como Dios lo dispuso, yo iba revestido de armadura a toda prueba. Sí, y aun así, aunque iba tan pertrechado, me costó gran trabajo portarme

como un hombre. Nadie puede decir lo que en aquel combate nos aguarda, sino quien haya estado él mismo en la batalla.

ESPER. Bien, pero echaron a correr, ya ves, cuando apenas supusieron que un tal Gran-gracia venía por el camino.

CRIST. Ciertamente, muchas veces han huido, tanto ellos como su amo, con solo aparecer Gran-gracia; y no es de extrañar, pues él es el campeón del Rey. Pero, bien creo, pondrás alguna diferencia entre Poca-fe y el campeón del Rey. No todos los súbditos del Rey son sus campeones, ni pueden, puestos a prueba, hacer las mismas hazañas de guerra que él. ¿Es razonable pensar que un niño pequeño pudiera vérselas con Goliat como lo hizo David? ¿O que hubiera la fuerza de un buey en un reyezuelo? Unos son fuertes, otros débiles; unos tienen gran fe, otros poca. Este hombre era de los débiles, y por eso fue vencido.

ESPER. Quisiera que hubiera sido Gran-gracia, por el bien de ellos.

CRIST. De haberlo sido, bien podría haber tenido las manos llenas; pues he de decirte que, aunque Gran-gracia es excelente con sus armas, y sabe, mientras los mantenga a punta de espada, arreglárselas bien con ellos; con todo, si logran ponérsele encima, aun Cobarde, Desconfianza, o el otro, difícilmente dejarían de derribarlo. Y cuando un hombre está en tierra, ya sabes, ¿qué puede hacer?

Quien mire bien el rostro de Gran-gracia, verá allí esas cicatrices y cortes, que fácilmente demostrarán lo que digo. Sí, una vez oí que llegó a decir (y eso estando en el combate): «Aun de la vida desesperábamos.» ¿Cómo hicieron estos bribones fornidos y sus compañeros que David gimiera, se lamentara y rugiera? Sí, hasta Hemán y Ezequías, aunque campeones en su día, se vieron obligados a esforzarse al máximo cuando fueron asaltados por ellos; y, con todo, salieron con sus vestiduras bien sacudidas. Pedro, en cierta ocasión, quiso probar lo que podía hacer; pero, aunque algunos dicen de él que es el príncipe de los apóstoles, lo trataron de tal modo que al fin lo hicieron temer a una pobre criada.

Además, su rey está siempre a su silbido. Nunca está fuera de su alcance; y si alguna vez se ven en apuros, él, de ser posible, acude en su ayuda; y de él se dice: «La espada del que le acometiere no podrá con él, ni la lanza, ni el dardo, ni la coraza; tiene el hierro por hojarasca, y el bronce por leño po-

drido. La saeta no lo hace huir; las piedras de honda se le tornan en rastrojo. Tiene toda arma arrojadiza por rastrojo, y se burla del blandir de la lanza.» [Job 41:26-29] ¿Qué puede hacer un hombre en tal caso? Es verdad que, si un hombre pudiera tener siempre el caballo de Job, y tuviera destreza y ánimo para montarlo, podría hacer cosas notables; pues «su cuello está vestido de trueno, y no ha de temer al saltamontes; terrible es la gloria de sus narices: escarba en el valle, y se regocija en su fuerza, y sale al encuentro de las armas. Se burla del espanto, y no se amedrenta, ni vuelve el rostro delante de la espada. Contra él resuena la aljaba, el hierro de la lanza y la jabalina. Y él, con ímpetu y furor, traga la tierra, sin hacer caso del sonido de la trompeta. Entre los clarines exclama: ¡Ea!, y desde lejos husmea la batalla, el trueno de los capitanes, y el grito de guerra.» [Job 39:19-25]

Pero, en cuanto a soldados de a pie como tú y yo, no deseemos jamás encontrarnos con un enemigo, ni nos jactemos de que lo haríamos mejor, cuando oigamos que otros han sido vencidos; ni nos regodeemos en pensamientos sobre nuestro propio valor; pues los que así hacen suelen salir peor parados cuando se les pone a prueba. Testigo de ello es Pedro, de quien ya hice mención. Él se jactaba, sí, vaya si lo hacía; decía, según le dictaba su vano pensamiento, que lo haría mejor, y que se mantendría firme por su Maestro más que ningún otro; pero ¿quién quedó tan vencido y abatido por estos villanos como él?

Por tanto, cuando oigamos que se cometen tales robos en el camino real, dos cosas nos conviene hacer:

1. Salir bien armados, y procurar llevar con nosotros un escudo; pues fue por carecer de él que aquel que atacó con tal furia al Leviatán no logró hacerlo ceder; pues, en verdad, si eso falta, no nos teme en absoluto. Por eso, quien tenía entendimiento dijo: «Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.» [Ef 6:16]

2. Bueno es también que pidamos al Rey una escolta; sí, que él mismo venga con nosotros. Esto hizo que David se alegrara en el valle de Sombra de Muerte; y Moisés prefería morir donde estaba, antes que dar un solo paso sin su Dios. [Ex 33:15] Oh, hermano mío, si él tan solo quiere ir con nosotros, ¿qué necesidad tenemos de temer a diez mil que se levanten contra nosotros? [Sal 3:5-8, 27:1-3] Mas, sin él, los soberbios ayudadores «caen bajo los muertos». [Is 10:4]

Yo, por mi parte, ya he estado antes en la refriega; y aunque, por la bondad de aquel que es el mejor, sigo, como ves, con vida, no puedo por eso jactarme de mi valor. Contento estaré si no vuelvo a tropezar con embates semejantes; aunque me temo que no hemos dejado atrás todo peligro. Sin embargo, ya que ni el león ni el oso me han devorado todavía, espero que Dios nos libre también del próximo filisteo incircunciso. Entonces cantó Cristiano—

¡Pobre Poca-fe! ¿Con ladrones diste?
¿Te robaron? Recuérdalo, el que cree
y alcanza más fe, vencedor será
sobre diez mil; si no, apenas sobre tres.

EL ADULADOR Y EL ATEO

Así que siguieron adelante, e Ignorancia los seguía. Fueron hasta que llegaron a un lugar donde vieron que un camino se metía por su camino, y parecía además tenderse tan recto como el camino que ellos debían seguir; y aquí no sabían cuál de los dos tomar, pues ambos parecían derechos ante ellos; por lo cual se detuvieron allí a considerarlo. Y mientras pensaban acerca del camino, he aquí que un hombre, de carne negra, pero cubierto con una túnica muy clara, se acercó a ellos, y les preguntó por qué se quedaban allí parados. Le respondieron que iban a la Ciudad Celestial, pero que no sabían cuál de estos dos caminos tomar. Seguidme, dijo el hombre, que es allá adonde yo voy. Así que lo siguieron por el camino que acababa de incorporarse a la senda, el cual, poco a poco, fue torciendo, y los torció tanto, apartándolos de la ciudad adonde deseaban ir, que en poco tiempo tenían el rostro vuelto de espaldas a ella; y sin embargo lo siguieron. Pero en breve, antes de que se dieran cuenta, los llevó a ambos dentro del cerco de una red, en la que quedaron tan enredados que no sabían qué hacer; y con esto la túnica blanca se cayó de la espalda del hombre negro. Entonces vieron dónde estaban. Por lo cual quedaron allí tendidos, gimiendo un buen rato, pues no podían salir por sí mismos.

CRIST. Entonces dijo Cristiano a su compañero: Ahora sí que me veo en mi error. ¿No nos mandaron los Pastores guardarnos de los aduladores? Como dice el sabio, así lo hemos hallado hoy: «El hombre que lisonjea a su prójimo, tiende una red a sus pasos.» [Pr 29:5]

ESPER. También nos dieron una nota de indicaciones sobre el camino, para que lo halláramos con más seguridad; pero en esto también olvidamos leerla, y no nos hemos guardado de las sendas del destructor. Aquí David fue más sabio que nosotros; pues dice él: «En cuanto a las obras de los

hombres, por la palabra de tus labios yo me he guardado de las sendas del destructor.» [Sal 17:4] Así yacían lamentándose en la red. Al fin avistaron a un Resplandeciente que venía hacia ellos con un látigo de cuerda delgada en la mano. Cuando llegó al lugar donde estaban, les preguntó de dónde venían y qué hacían allí. Le dijeron que eran pobres peregrinos que iban a Sión, pero que un hombre negro, vestido de blanco, los había sacado de su camino, quien nos mandó, dijeron, que lo siguiéramos, pues también él iba para allá. Entonces dijo el del látigo: Es el Adulador, un falso apóstol que se ha transformado en ángel de luz. [Pr 29:5; Dn 11:32; 2 Co 11:13,14] Y rasgó la red, y sacó a los hombres. Entonces les dijo: Seguidme, para que os ponga de nuevo en vuestro camino. Y así los llevó de vuelta al camino que habían dejado por seguir al Adulador. Luego les preguntó, diciendo: ¿Dónde os alojasteis anoche? Dijeron: Con los Pastores, en los montes Deleitosos. Les preguntó entonces si no tenían, de aquellos Pastores, una nota de indicaciones para el camino. Respondieron: Sí. Pero, dijo él, cuando estabais parados, ¿sacasteis y leísteis vuestra nota? Respondieron: No. Les preguntó: ¿Por qué? Dijeron que lo habían olvidado. Preguntó, además, si los Pastores no les habían mandado guardarse del Adulador. Respondieron: Sí, pero no imaginamos, dijeron, que este hombre de habla tan fina fuera él. [Ro 16:18]

Vi entonces en mi sueño que les mandó tenderse en el suelo; lo cual, cuando lo hicieron, los castigó duramente, para enseñarles el buen camino por el que debían andar [Dt 25:2]; y mientras los castigaba, decía: «A todos los que amo, reprendo y castigo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.» [2 Cr 6:26,27; Ap 3:19] Hecho esto, les mandó seguir su camino, y prestar buena atención a las demás indicaciones de los pastores. Así que le dieron gracias por toda su bondad, y siguieron con calma por el camino recto, cantando—

Venid acá, los que vais por el camino;
mirad cómo les va a los peregrinos que se extravían.
Presos quedaron en una red que enreda,
porque olvidaron a la ligera el buen consejo:
verdad es que fueron rescatados, mas ved,
que además fueron azotados. Sea esto vuestra advertencia.

Ahora bien, al cabo de un rato, percibieron, a lo lejos, a uno que venía andando despacio y solo, por toda la carretera, a su encuentro. Entonces

dijo Cristiano a su compañero: Ahí viene un hombre con la espalda vuelta a Sión, y viene a nuestro encuentro.

ESPER. Ya lo veo; guardémonos ahora, no sea que también este resulte ser un adulator. Así que se fue acercando cada vez más, y al fin llegó hasta ellos. Se llamaba el Ateo, y les preguntó adónde iban.

CRIST. Vamos al monte Sión.

Entonces el Ateo prorrumpió en una gran carcajada.

CRIST. ¿Qué significa tu risa?

EL ATEO. Río al ver qué gente tan ignorante sois, al emprender un viaje tan tedioso, y lo único que sacaréis de vuestro trabajo será el propio andar.

CRIST. Pues bien, hombre, ¿piensas que no seremos recibidos?

EL ATEO. ¡Recibidos! No existe ningún lugar así como el que soñáis en todo este mundo.

CRIST. Pero sí existe en el mundo venidero.

EL ATEO. Cuando yo estaba en casa, en mi propio país, oí decir lo mismo que vosotros afirmáis ahora, y de tanto oírlo salí a verlo, y llevo veinte años buscando esa ciudad; pero no he hallado de ella más de lo que hallé el primer día que partí. [Jer 22:12; Ec 10:15]

CRIST. Nosotros hemos oído y creemos que existe tal lugar por hallar.

EL ATEO. Si yo, cuando estaba en casa, no lo hubiera creído, no habría llegado tan lejos buscándolo; pero, al no hallar nada (y sin embargo lo habría hallado, si tal lugar existiera, pues he ido a buscarlo más lejos que vosotros), me vuelvo atrás, y buscaré recrearme con las cosas que entonces desprecié, por la esperanza de aquello que ahora veo que no existe.

CRIST. Entonces dijo Cristiano a Esperanzado, su compañero: ¿Es verdad lo que ha dicho este hombre?

ESPER. Guárdate; es uno de los adultores; recuerda lo que ya nos costó una vez el escuchar a esta clase de sujetos. ¡Cómo! ¿No hay monte Sión? ¿No vimos, desde los montes Deleitosos, la puerta de la ciudad? Además, ¿no debemos ahora andar por fe? Sigamos adelante, dijo Esperanzado, no sea que el hombre del látigo nos alcance de nuevo. [2 Co 5:7] Tú deberías

haberme enseñado esa lección, que ahora te repetiré al oído: «Cesa, hijo mío, de oír la enseñanza que induce a errar de las palabras de sabiduría.» [Pr 19:27] Digo, hermano mío, deja de escucharlo, y «creamos para salvación del alma». [He 10:39]

CRIST. Hermano mío, no te hice esa pregunta porque yo dudara de la verdad de nuestra creencia, sino para probarte, y sacar de ti un fruto de la honradez de tu corazón. En cuanto a este hombre, sé que está cegado por el dios de este mundo. Sigamos tú y yo adelante, sabiendo que tenemos la creencia de la verdad, «y que ninguna mentira es de la verdad». [1 Jn 2:21]

ESPER. Ahora sí me regocijo en la esperanza de la gloria de Dios. Así que se apartaron de aquel hombre; y él, riéndose de ellos, siguió su camino.

LA TIERRA ENCANTADA

Vi entonces en mi sueño que siguieron hasta llegar a cierto país, cuyo aire tendía por naturaleza a adormecer a quien llegara allí como forastero. Y aquí Esperanzado empezó a sentirse muy torpe y cargado de sueño; por lo cual dijo a Cristiano: Ahora empiezo a estar tan adormilado que apenas puedo mantener los ojos abiertos; echémonos aquí y echemos una cabezada.

CRIST. De ningún modo, dijo el otro, no sea que, durmiéndonos, no despertemos jamás.

ESPER. Pero, hermano mío, ¿por qué? El sueño es dulce para el hombre que trabaja; podríamos reponernos si dormitáramos un poco.

CRIST. ¿No recuerdas que uno de los Pastores nos mandó guardarnos de la Tierra Encantada? Con eso quería decir que nos guardásemos de dormir; «por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios». [1 Ts 5:6]

ESPER. Reconozco mi falta, y si hubiera estado aquí solo, habría corrido, durmiéndome, el peligro de muerte. Veo que es verdad lo que dice el sabio: mejores son dos que uno. Hasta ahora tu compañía ha sido mi misericordia, y tendrás buena recompensa por tu trabajo. [Ec 9:9]

CRIST. Ahora bien, dijo Cristiano, para evitar la somnolencia en este lugar, entablemos una buena conversación.

ESPER. De todo corazón, dijo el otro.

CRIST. ¿Por dónde empezamos?

ESPER. Por donde Dios empezó con nosotros. Pero empieza tú, si te place.

CRIST. Primero os cantaré esta canción—

Cuando a los santos les entre el sueño, que aquí vengan,
y oigan cómo estos dos peregrinos conversan;
sí, que de ellos aprendan, de cualquier manera,
a mantener así abiertos sus ojos soñolientos.
La compañía de los santos, si se lleva bien,
los mantiene despiertos, y eso a pesar del infierno.

CRIST. Entonces Cristiano comenzó y dijo: Voy a hacerte una pregunta.
¿Cómo llegaste a pensar, al principio, en hacer lo que ahora haces?

ESPER. ¿Te refieres a cómo llegué, al principio, a mirar por el bien de mi alma?

CRIST. Sí, eso es lo que quiero decir.

ESPER. Continué largo tiempo deleitándome en aquellas cosas que se veían y se vendían en nuestra feria; cosas que, ahora lo creo, de haber continuado en ellas, me habrían ahogado en perdición y destrucción.

CRIST. ¿Qué cosas son esas?

ESPER. Todos los tesoros y riquezas del mundo. También me deleitaba mucho en el desenfreno, el jolgorio, la bebida, el jurar, la mentira, la inmundicia, el quebranto del día de reposo, y cuanto tendiera a destruir el alma. Pero al fin hallé, al oír y considerar cosas divinas, que en verdad oí de ti, así como del amado Fiel, que fue muerto por su fe y su buena vida en la Feria de la Vanidad, que «el fin de estas cosas es muerte». [Ro 6:21-23] Y que a causa de estas cosas «viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia». [Ef 5:6]

CRIST. ¿Y caíste al instante bajo el poder de esta convicción?

ESPER. No, no estaba dispuesto a conocer al instante la maldad del pecado, ni la condenación que sigue a su comisión; sino que procuré, cuando mi mente comenzó a estremecerse con la Palabra, cerrar los ojos a su luz.

CRIST. Pero ¿cuál fue la causa de que así te condujeras ante las primeras obras del bendito Espíritu de Dios sobre ti?

ESPER. Las causas fueron: 1. Yo ignoraba que aquella fuera la obra de Dios en mí. Nunca pensé que, por medio de los remordimientos por el peca-

do, Dios comienza al principio la conversión de un pecador. 2. El pecado era todavía muy dulce a mi carne, y me resistía a dejarlo. 3. No sabía cómo separarme de mis viejos compañeros; su compañía y sus actos me resultaban tan deseables. 4. Las horas en que me sobrevenían las convicciones eran horas tan angustiosas y tan aterradoras para el corazón, que no podía soportar, ni siquiera el recuerdo de ellas, sobre mi pecho.

CRIST. Entonces, según parece, a veces te librabas de tu turbación.

ESPER. Sí, en verdad, pero volvía a venirme a la mente, y entonces me hallaba tan mal, o peor, que antes.

CRIST. Pues bien, ¿qué era lo que te traía de nuevo los pecados a la memoria?

ESPER. Muchas cosas; como—

1. Si acaso me encontraba con un hombre bueno por las calles; o,
2. Si había oído a alguien leer la Biblia; o,
3. Si me empezaba a doler la cabeza; o,
4. Si me decían que alguno de mis vecinos estaba enfermo; o,
5. Si oía tañer la campana por algún difunto; o,
6. Si pensaba en morir yo mismo; o,
7. Si oía que a otros les había sobrevenido una muerte súbita;
8. Pero, sobre todo, cuando pensaba en mí mismo, en que pronto habría de llegar al juicio.

CRIST. ¿Y podías, en algún momento, con facilidad, desprenderte de la culpa del pecado, cuando por alguno de esos medios te venía encima?

ESPER. No, yo no, pues entonces se apoderaba con más fuerza de mi conciencia; y luego, con solo pensar en volver al pecado (aunque mi ánimo estaba ya vuelto contra ello), me suponía doble tormento.

CRIST. ¿Y qué hacías entonces?

ESPER. Pensaba que debía esforzarme por enmendar mi vida; pues de lo contrario, pensaba, seguro que me condenaría.

CRIST. ¿Y procuraste enmendarte?

ESPER. Sí; y huí no solo de mis pecados, sino también de la compañía pecaminosa; y me entregué a los deberes religiosos, como la oración, la lectura, el llanto por el pecado, el decir la verdad a mis vecinos, etc. Estas cosas hice, con otras muchas, demasiadas para relatarlas aquí.

CRIST. ¿Y te tenías entonces por bueno?

ESPER. Sí, por un tiempo; pero, al fin, mi turbación volvió a venírseme encima, y eso por encima de todas mis reformas.

CRIST. ¿Cómo llegó eso a suceder, ya que estabas reformado?

ESPER. Varias cosas me lo trajeron, sobre todo dichos como estos: «Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia.» [Is 64:6] «Por las obras de la ley ninguna carne será justificada.» [Gá 2:16] «Cuando hayáis hecho todas esas cosas, decid: Somos siervos inútiles.» [Lc 17:10] con otros muchos semejantes. De donde comencé a razonar conmigo mismo así: Si TODAS mis justicias son trapo de inmundicia; si, por las obras de la ley, NINGÚN hombre puede ser justificado; y si, cuando hemos hecho TODO, aún somos inútiles, entonces no es más que necedad pensar en el cielo por la ley. Además pensé así: Si un hombre se endeuda con el tendero en cien libras, y después paga por todo lo que en adelante compre; con todo, si esa vieja deuda queda anotada aún sin tachar en el libro, el tendero puede demandarlo y echarlo en la cárcel hasta que pague la deuda.

CRIST. Bien, ¿y cómo te aplicaste esto a ti mismo?

ESPER. Pues; pensé así conmigo mismo. He entrado, por mis pecados, muy adentro en el libro de Dios, y mi enmienda de ahora no saldrá esa cuenta; por tanto debía pensar siempre, bajo todas mis enmiendas presentes: ¿Pero cómo he de librarme de aquella condenación en cuyo peligro me puse por mis anteriores transgresiones?

CRIST. Muy buena aplicación; pero, te ruego, sigue.

ESPER. Otra cosa que me ha turbado, incluso desde mis últimas enmiendas, es que, si miro de cerca lo mejor de lo que hago ahora, sigo viendo pecado, pecado nuevo, mezclándose con lo mejor que hago; de modo que ahora me veo forzado a concluir que, a pesar de mis antiguos y necios conceptos de mí mismo y de mis deberes, he cometido pecado suficiente en un solo deber para enviarme al infierno, aunque mi vida anterior hubiera sido intachable.

CRIST. ¿Y qué hiciste entonces?

ESPER. ¡Qué hice! No sabía qué hacer, hasta que abrí mi corazón a Fiel, pues él y yo nos conocíamos bien. Y me dijo que, a menos que yo pudiera obtener la justicia de un hombre que nunca hubiera pecado, ni la mía propia ni toda la justicia del mundo podrían salvarme.

CRIST. ¿Y pensaste que decía verdad?

ESPER. Si me lo hubiera dicho cuando estaba complacido y satisfecho con mi propia enmienda, lo habría llamado necio por su empeño; pero ahora, desde que veo mi propia flaqueza, y el pecado que se adhiere a mi mejor obra, me he visto forzado a ser de su opinión.

CRIST. Pero, cuando él te lo sugirió por primera vez, ¿pensaste que existiera tal hombre, de quien pudiera decirse con justicia que jamás cometió pecado?

ESPER. Debo confesar que las palabras al principio sonaron extrañas, pero tras un poco más de conversación y trato con él, quedé plenamente convencido de ello.

CRIST. ¿Y le preguntaste quién era ese hombre, y cómo debías ser justificado por él?

ESPER. Sí, y me dijo que era el Señor Jesús, que mora a la diestra del Altísimo. Y así, dijo, debes ser justificado por él, confiando en lo que él mismo hizo en los días de su carne, y en lo que padeció cuando colgó del madero. Le pregunté además cómo podía la justicia de aquel hombre tener tal eficacia para justificar a otro delante de Dios. Y me dijo que él era el Dios poderoso, e hizo lo que hizo, y murió también aquella muerte, no por sí mismo, sino por mí; a quien se le imputarían sus obras, y el mérito de ellas, si yo creía en él. [He 10; Ro 6; Col 1; 1 P 1]

CRIST. ¿Y qué hiciste entonces?

ESPER. Puse mis objeciones a creer, pues pensaba que él no estaba dispuesto a salvarme.

CRIST. ¿Y qué te dijo Fiel entonces?

ESPER. Me mandó ir a él y ver. Entonces dije que eso era presunción; pero él dijo que no, pues yo estaba invitado a venir. [Mt 11:28] Luego me

dio un libro compuesto por Jesús, para animarme más a venir con libertad; y dijo, acerca de aquel libro, que cada jota y cada tilde de él estaban más firmes que el cielo y la tierra. [Mt 24:35] Entonces le pregunté qué debía hacer cuando llegara; y me dijo que debía suplicar de rodillas, con todo mi corazón y toda mi alma, al Padre, que me lo revelase. [Sal 95:6; Dn 6:10; Jer 29:12,13] Le pregunté además cómo debía hacerle mi súplica. Y dijo: Ve, y lo hallarás sobre un propiciatorio, donde se sienta todo el año, para dar perdón y remisión a los que vienen. Le dije que no sabía qué decir cuando llegara. Y me mandó decir algo así: Dios, sé propicio a mí, pecador, y hazme conocer y creer en Jesucristo; pues veo que, si no fuera por su justicia, o si yo no tengo fe en esa justicia, estoy del todo perdido. Señor, he oído que eres un Dios misericordioso, y que has ordenado que tu Hijo Jesucristo sea el Salvador del mundo; y además, que estás dispuesto a concedérmelo a mí, pobre pecador que soy, (y en verdad soy pecador); Señor, aprovecha, pues, esta ocasión y engrandece tu gracia en la salvación de mi alma, por medio de tu Hijo Jesucristo. Amén. [Ex 25:22; Lv 16:2; Nm 7:89; He 4:16]

CRIST. ¿Y hiciste como se te mandó?

ESPER. Sí; una y otra y otra vez.

CRIST. ¿Y te reveló el Padre a su Hijo?

ESPER. No a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera, ni a la cuarta, ni a la quinta; no, ni tampoco a la sexta vez.

CRIST. ¿Qué hiciste entonces?

ESPER. ¡Qué! pues no sabía qué hacer.

CRIST. ¿No pensaste en dejar de orar?

ESPER. Sí; doscientas veces, y aun más.

CRIST. ¿Y cuál fue la razón de que no lo hicieras?

ESPER. Creía que era verdad lo que se me había dicho, a saber, que sin la justicia de este Cristo, todo el mundo no podría salvarme; y por tanto, pensé para mis adentros, si lo dejo, muero, y no puedo sino morir junto al trono de la gracia. Y además, esto me vino a la mente: «Aunque tarde, espérala; porque sin duda vendrá, no tardará.» [He 2:3] Así que seguí orando hasta que el Padre me mostró a su Hijo.

CRIST. ¿Y cómo te fue revelado?

ESPER. No lo vi con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del entendimiento; [Ef 1:18,19] y fue así: Un día estaba yo muy triste, creo que más triste que en ningún otro momento de mi vida, y esta tristeza venía de una nueva visión de la grandeza y la vileza de mis pecados. Y estando entonces sin esperar más que el infierno y la condenación eterna de mi alma, de pronto, según pensé, vi al Señor Jesucristo mirar desde el cielo hacia mí, diciendo: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.» [Hch 16:30,31]

Pero yo repliqué: Señor, soy un pecador, un grandísimo pecador. Y él respondió: «Bástate mi gracia.» [2 Co 12:9] Entonces dije: Pero, Señor, ¿qué es creer? Y entonces vi, por aquel dicho: «El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás», que creer y venir eran una misma cosa; y que aquel que venía, es decir, que corría de corazón y con todos sus afectos tras la salvación por Cristo, ese en verdad creía en Cristo. [Jn 6:35] Entonces se me llenaron los ojos de lágrimas, y pregunté además: Pero, Señor, ¿puede un pecador tan grande como yo ser en verdad aceptado por ti, y salvado por ti? Y le oí decir: «Y al que a mí viene, no le echo fuera.» [Jn 6:37] Entonces dije: Pero, ¿cómo, Señor, debo considerarte al venir a ti, para que mi fe se asiente rectamente sobre ti? Entonces dijo: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.» [1 Ti 1:15] «Él es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree.» [Ro 10:4] «Murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.» [Ro 4:25] «Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre.» [Ap 1:5] «Él es el mediador entre Dios y nosotros.» [1 Ti 2:5] «Vive siempre para interceder por nosotros.» [He 7:24,25] De todo lo cual colegí que debía buscar la justicia en su persona, y la satisfacción de mis pecados en su sangre; que lo que él hizo en obediencia a la ley de su Padre, y al someterse a la pena de ella, no fue por sí mismo, sino por aquel que lo aceptara para su salvación, y se lo agradeciera. Y ahora mi corazón estaba lleno de gozo, mis ojos llenos de lágrimas, y mis afectos rebosando de amor al nombre, al pueblo y a los caminos de Jesucristo.

CRIST. Esto fue, en verdad, una revelación de Cristo a tu alma; pero dime en particular qué efecto produjo esto en tu espíritu.

ESPER. Me hizo ver que todo el mundo, a pesar de toda su justicia, está en estado de condenación. Me hizo ver que Dios el Padre, aunque es justo,

puede justamente justificar al pecador que viene. Me hizo avergonzarme mucho de la vileza de mi vida anterior, y me confundió con el sentimiento de mi propia ignorancia; pues jamás me había venido al corazón, antes de esto, un pensamiento que me mostrara así la hermosura de Jesucristo. Me hizo amar una vida santa, y anhelar hacer algo por el honor y la gloria del nombre del Señor Jesús; sí, pensé que, aunque tuviera ahora miles de litros de sangre en mi cuerpo, podría derramarla toda por amor del Señor Jesús.

Vi entonces en mi sueño que Esperanzado miró atrás y vio a Ignorancia, a quien habían dejado atrás, que venía siguiéndolos. Mira, dijo a Cristiano, cómo se rezaga allá atrás ese muchacho.

CRIST. Sí, sí, ya lo veo; no le importa nuestra compañía.

ESPER. Pero creo que no le habría hecho daño mantener nuestro paso hasta ahora.

CRIST. Es verdad; pero te aseguro que él piensa de otro modo.

ESPER. Eso creo yo también; pero, en fin, esperémoslo. Así lo hicieron.

Entonces Cristiano le dijo: Vamos, hombre, ¿por qué te quedas tan atrás?

IGNOR. Me tomo el gusto de andar solo, mucho más que en compañía, a menos que me plazca más esta.

Entonces dijo Cristiano a Esperanzado (pero en voz baja): ¿No te dije que no le importaba nuestra compañía? Pero, en fin, dijo, acércate, y hablemos para pasar el tiempo en este lugar solitario. Luego, dirigiéndose a Ignorancia, dijo: Ven, ¿cómo estás? ¿Cómo van ahora las cosas entre Dios y tu alma?

IGNOR. Espero que bien; pues siempre estoy lleno de buenos impulsos, que me vienen a la mente para consolarme mientras camino.

CRIST. ¿Qué buenos impulsos? te ruego que nos digas.

IGNOR. Pues pienso en Dios y en el cielo.

CRIST. Eso mismo hacen los demonios y las almas condenadas.

IGNOR. Pero yo pienso en ellos y los deseo.

CRIST. Eso mismo hacen muchos que jamás llegarán a alcanzarlos. «El alma del perezoso desea, y nada alcanza.» [Pr 13:4]

IGNOR. Pero pienso en ellos, y lo dejo todo por ellos.

CRIST. Eso lo dudo; pues dejarlo todo es cosa dura: sí, más dura de lo que muchos advierten. Pero ¿por qué, o por qué motivo, estás persuadido de que has dejado todo por Dios y por el cielo?

IGNOR. Mi corazón me lo dice.

CRIST. El sabio dice: «El que confía en su propio corazón es necio.» [Pr 28:26]

IGNOR. Eso se dice de un corazón malo, pero el mío es bueno.

CRIST. Pero ¿cómo lo pruebas?

IGNOR. Me consuela con esperanzas del cielo.

CRIST. Eso puede deberse a su engaño; pues el corazón de un hombre puede darle consuelo con la esperanza de algo para lo cual todavía no tiene motivo de esperar.

IGNOR. Pero mi corazón y mi vida concuerdan, y por tanto mi esperanza está bien fundada.

CRIST. ¿Quién te dijo que tu corazón y tu vida concuerdan?

IGNOR. Mi corazón me lo dice.

CRIST. ¡Pregunta a mi compañero si soy un ladrón! ¡Tu corazón te lo dice! A menos que la Palabra de Dios dé testimonio en este asunto, ningún otro testimonio vale nada.

IGNOR. Pero ¿no es bueno el corazón que tiene buenos pensamientos? y ¿no es buena la vida que se ajusta a los mandamientos de Dios?

CRIST. Sí, es bueno el corazón que tiene buenos pensamientos, y es buena la vida que se ajusta a los mandamientos de Dios; pero una cosa es, en verdad, tenerlos, y otra cosa muy distinta solo pensar que se tienen.

IGNOR. Te ruego, ¿qué cuentas tú por buenos pensamientos, y por una vida conforme a los mandamientos de Dios?

CRIST. Hay buenos pensamientos de varias clases; unos respecto a nosotros mismos, otros respecto a Dios, otros respecto a Cristo, y otros respecto a otras cosas.

IGNOR. ¿Cuáles son los buenos pensamientos respecto a nosotros mismos?

CRIST. Los que concuerdan con la Palabra de Dios.

IGNOR. ¿Cuándo concuerdan nuestros pensamientos de nosotros mismos con la Palabra de Dios?

CRIST. Cuando formamos de nosotros mismos el mismo juicio que forma la Palabra. Para explicarme: la Palabra de Dios dice de las personas en condición natural: «No hay justo, no hay quien haga lo bueno.» [Ro 3] Dice también que «todo designio de los pensamientos del corazón del hombre es de continuo solamente el mal». [Gn 6:5] Y de nuevo: «El designio del corazón del hombre es malo desde su juventud.» [Ro 8:21] Ahora bien, cuando así pensamos de nosotros mismos, teniendo conciencia de ello, entonces nuestros pensamientos son buenos, porque concuerdan con la Palabra de Dios.

IGNOR. Jamás creeré que mi corazón sea tan malo.

CRIST. Por tanto, nunca has tenido un solo buen pensamiento acerca de ti mismo en tu vida. Pero déjame continuar. Así como la Palabra juzga nuestro corazón, así juzga nuestros caminos; y cuando NUESTROS pensamientos sobre nuestro corazón y nuestros caminos concuerdan con el juicio que la Palabra da de ambos, entonces ambos son buenos, porque concuerdan con ella.

IGNOR. Explica lo que quieres decir.

CRIST. Pues bien, la Palabra de Dios dice que los caminos del hombre son caminos torcidos; no buenos, sino perversos. [Sal 125:5; Pr 2:15] Dice que por naturaleza están fuera del buen camino, que no lo han conocido. [Ro 3] Ahora bien, cuando un hombre así piensa de sus caminos —digo, cuando lo piensa sensiblemente, y con humillación de corazón—, entonces tiene buenos pensamientos de sus propios caminos, porque sus pensamientos concuerdan ahora con el juicio de la Palabra de Dios.

IGNOR. ¿Cuáles son los buenos pensamientos respecto a Dios?

CRIST. Igual que he dicho respecto a nosotros mismos, cuando nuestros pensamientos de Dios concuerdan con lo que la Palabra dice de él; y eso es, cuando pensamos de su ser y sus atributos como la Palabra ha enseñado, de

lo cual no puedo ahora discurrir por extenso; pero, hablando de él con referencia a nosotros: tenemos entonces rectos pensamientos de Dios, cuando pensamos que nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y que puede ver pecado en nosotros cuando y donde nosotros no vemos ninguno; cuando pensamos que conoce nuestros pensamientos más íntimos, y que nuestro corazón, con todas sus profundidades, está siempre abierto ante sus ojos; también, cuando pensamos que toda nuestra justicia hiede en sus narices, y que, por tanto, no puede soportar vernos presentarnos ante él con confianza alguna, ni siquiera en nuestras mejores obras.

IGNOR. ¿Piensas que soy tan necio como para pensar que Dios no puede ver más allá que yo? ¿o que yo iría a Dios confiando en lo mejor de mis obras?

CRIST. Pues, ¿cómo piensas tú en este asunto?

IGNOR. Pues, para ser breve, pienso que debo creer en Cristo para la justificación.

CRIST. ¡Cómo! ¿Piensas que debes creer en Cristo, cuando no ves tu necesidad de él! No ves ni tus flaquezas originales ni las actuales; sino que tienes tal opinión de ti mismo, y de lo que haces, que claramente te muestra como uno que nunca vio la necesidad de la justicia personal de Cristo para justificarte ante Dios. ¿Cómo, pues, dices: creo en Cristo?

IGNOR. Creo bastante bien, a pesar de todo eso.

CRIST. ¿Cómo crees?

IGNOR. Creo que Cristo murió por los pecadores, y que seré justificado ante Dios, librado de la maldición, por su graciosa aceptación de mi obediencia a su ley. O dicho de otro modo: Cristo hace que mis deberes religiosos sean aceptables a su Padre, en virtud de sus méritos; y así seré justificado.

CRIST. Déjame darte respuesta a esta confesión de tu fe—

1. Crees con una fe fantástica; pues esa fe no se describe en ninguna parte de la Palabra.

2. Crees con una fe falsa; porque quita la justificación de la justicia personal de Cristo, y la aplica a la tuya propia.

3. Esta fe no hace de Cristo justificador de tu persona, sino de tus obras; y de tu persona por causa de tus obras, lo cual es falso.

4. Por tanto, esta fe es engañosa, tal que te dejará bajo la ira, en el día de Dios Todopoderoso; pues la verdadera fe justificadora pone al alma, consciente de su condición ante la ley, a huir en busca de refugio en la justicia de Cristo, justicia que no es un acto de gracia por el cual él hace aceptable ante Dios tu obediencia; sino su obediencia personal a la ley, haciendo y padeciendo por nosotros lo que ella exigía de nuestras manos; esta justicia, digo, la verdadera fe la acepta; bajo cuyo faldón, amparada el alma, y por ella presentada intachable ante Dios, es aceptada, y absuelta de condenación.

IGNOR. ¡Cómo! ¿querrías que confiáramos en lo que Cristo, en su propia persona, hizo sin nosotros? Esa idea soltaría las riendas de nuestra concupiscencia, y nos permitiría vivir como nos plazca; pues ¿qué importa cómo vivamos, si podemos ser justificados de todo por la justicia personal de Cristo, con solo creerlo?

CRIST. Ignorancia es tu nombre, y como tu nombre, así eres; hasta esta misma respuesta tuya demuestra lo que digo. Ignorante eres de qué sea la justicia justificadora, y tan ignorante de cómo asegurar tu alma, por la fe en ella, de la pesada ira de Dios. Sí, también ignoras los verdaderos efectos de la fe salvadora en esta justicia de Cristo, que son inclinar y ganar el corazón hacia Dios en Cristo, amar su nombre, su palabra, sus caminos y su pueblo, y no como tú, ignorantemente, imaginas.

ESPER. Pregúntale si alguna vez le fue revelado Cristo desde el cielo.

IGNOR. ¡Cómo! ¡tú eres hombre de revelaciones! Creo que lo que tú, y todos los demás como tú, decís sobre ese asunto, no es sino fruto de cerebros trastornados.

ESPER. Pues, hombre, Cristo está tan escondido en Dios a las aprehensiones naturales de la carne, que ningún hombre puede conocerlo de manera salvadora, a menos que Dios Padre se lo revele.

IGNOR. Esa es tu fe, pero no la mía; y sin embargo la mía, no lo dudo, es tan buena como la tuya, aunque no tenga en la cabeza tantas fantasías como tú.

CRIST. Permíteme decir una palabra. No deberías hablar tan a la ligera de este asunto; pues afirmo con audacia, como también lo ha hecho mi buen compañero, que ningún hombre puede conocer a Jesucristo sino por la revelación del Padre; [Mt 11:27] sí, y también la fe, por la cual el alma se asegura a Cristo, si es recta, debe ser obrada por la extraordinaria grandeza de su poder; obra de fe de la cual, según percibo, tú, pobre Ignorancia, eres ignorante. [1 Co 12:3; Ef 1:18,19] Despierta, pues, ve tu propia miseria, y huye al Señor Jesús; y por su justicia, que es la justicia de Dios, pues él mismo es Dios, serás librado de condenación.

IGNOR. Vais demasiado deprisa, no puedo seguiros el paso. Id vosotros delante; yo debo quedarme atrás un rato.

Entonces dijeron—

Bien, Ignorancia, ¿serás aún necio,
al despreciar el buen consejo que diez veces te han dado?
Y si aún lo rehúsas, sabrás,
antes de mucho, el mal de tu proceder.
Recuerda, hombre, a tiempo, doblégate, no temas;
buen consejo bien tomado, salva: por tanto, escucha.
Mas si aún lo desprecias, serás
el que pierda, Ignorancia, te lo aseguro.

Entonces Cristiano se dirigió así a su compañero—

CRIST. Bien, ven, mi buen Esperanzado, veo que tú y yo debemos andar de nuevo solos.

Así vi en mi sueño que iban adelante a paso ligero, e Ignorancia venía renqueando detrás. Entonces dijo Cristiano a su compañero: Me da mucha lástima este pobre hombre, sin duda le irá mal al fin.

ESPER. ¡Ay! hay abundancia de gente en nuestro pueblo en su misma condición, familias enteras, sí, calles enteras, y eso entre peregrinos también; y si hay tantos en nuestra región, ¿cuántos, piensas tú, debe de haber en el lugar donde él nació?

CRIST. En verdad la Palabra dice: «Cegó los ojos de ellos, para que no vieses», etc. Pero, ahora que estamos solos, ¿qué piensas de esos hombres? ¿No tienen nunca, piensas tú, convicciones de pecado, y, en consecuencia, temores de que su estado sea peligroso?

ESPER. No, responde tú mismo a esa pregunta, pues eres el mayor.

CRIST. Pues digo que, a veces (según pienso), sí las tienen; pero, siendo ignorantes por naturaleza, no entienden que tales convicciones tienden a su bien; y por eso procuran desesperadamente sofocarlas, y presuntuosamente continúan halagándose a sí mismos en el camino de su propio corazón.

ESPER. Creo, como dices, que el temor contribuye mucho al bien de los hombres, y a enderezarlos, al comenzar su peregrinación.

CRIST. Sin duda alguna así es, si es recto; pues así dice la Palabra: «El temor del Señor es el principio de la sabiduría.» [Pr 1:7; 9:10; Job 28:28; Sal 111:10]

ESPER. ¿Cómo describirías el temor recto?

CRIST. El temor verdadero o recto se descubre por tres cosas—

1. Por su origen; es causado por convicciones salvadoras del pecado.

2. Impele al alma a asirse firmemente de Cristo para la salvación.

3. Engendra y mantiene en el alma una gran reverencia hacia Dios, su Palabra y sus caminos, conservándola tierna y haciéndola temerosa de apartarse de ellos, ni a la derecha ni a la izquierda, hacia nada que pueda deshonar a Dios, quebrantar su paz, contristar al Espíritu, o dar ocasión a que el enemigo hable con oprobio.

ESPER. Bien dicho; creo que has dicho la verdad. ¿Estamos ya casi al final de la Tierra Encantada?

CRIST. ¿Cómo? ¿Estás cansado de este discurso?

ESPER. No, en verdad; sino que querría saber dónde estamos.

CRIST. No nos quedan ya más de dos millas por recorrer en ella. Pero volvamos a nuestro asunto. Ahora bien, los ignorantes no saben que esas convicciones que tienden a infundirles temor son para su bien, y por eso procuran sofocarlas.

ESPER. ¿Cómo procuran sofocarlas?

CRIST. 1. Piensan que esos temores son obra del diablo (aunque, en verdad, son obra de Dios); y, pensando así, los resisten como cosas que tienden directamente a su ruina.

2. Piensan también que esos temores tienden a estropear su fe, cuando, ¡ay de ellos, pobres hombres!, no tienen fe alguna; y por eso endurecen su corazón contra ellos.

3. Presumen que no deben temer; y por eso, a despecho de esos temores, se vuelven presuntuosamente confiados.

4. Ven que esos temores tienden a arrebatarnos su lastimosa y vieja santidad propia, y por eso los resisten con todas sus fuerzas.

ESPER. Algo sé de esto por mí mismo, pues, antes de conocerme a mí mismo, así me sucedía.

CRIST. Bien, dejemos ahora en paz a nuestro vecino Ignorancia, y pasemos a otra cuestión provechosa.

ESPER. De todo corazón; pero comienza tú de nuevo.

CRIST. Bien, dime: ¿no conociste, hace unos diez años, a uno llamado Temporal en tus tierras, que entonces era hombre muy adelantado en la religión?

ESPER. ¡Que si lo conocí! Sí, vivía en Sin-gracia, una villa a unas dos millas de Honradez, y vivía en la casa contigua a uno llamado Vuélvete-atrás.

CRIST. En efecto, vivía bajo el mismo techo que él. Bien, aquel hombre estuvo en un tiempo muy despierto; creo que entonces tuvo alguna visión de sus pecados, y del salario que por ellos se le debía.

ESPER. Soy de tu misma opinión, pues, no estando mi casa a más de tres millas de la suya, venía a verme a menudo, y eso con muchas lágrimas. En verdad me compadecí de aquel hombre, y no estaba yo del todo sin esperanza respecto a él; pero bien se ve que no es todo el que clama: «Señor, Señor».

CRIST. Me dijo una vez que estaba resuelto a emprender la peregrinación, como nosotros ahora; pero de pronto trabó amistad con uno llamado Sálvate-a-ti-mismo, y desde entonces se hizo extraño para mí.

ESPER. Ya que hablamos de él, indaguemos un poco en la razón de su repentina apostasía, y la de otros como él.

CRIST. Puede ser muy provechoso; pero empieza tú.

ESPER. Bien, pues, a mi juicio hay cuatro razones para ello:

1. Aunque la conciencia de tales hombres está despierta, su mente no ha cambiado; por eso, cuando el peso de la culpa se desvanece, cesa aquello que los movía a ser religiosos, de modo que naturalmente vuelven a su antiguo rumbo; así como vemos al perro que enferma por lo que ha comido: mientras dura su malestar, vomita y arroja todo lo que tiene dentro; no porque lo haga de buena gana (si es que puede decirse que un perro tiene voluntad), sino porque le revuelve el estómago; pero, cuando el malestar pasa, y su estómago queda aliviado, como su apetito no está en absoluto ajeno a su vómito, se vuelve y lo lame todo de nuevo; y así es verdad lo que está escrito: «El perro vuelve a su vómito.» [2 P 2:22] Digo, pues, que estando ardientes por el cielo solo en virtud del sentimiento y el temor de los tormentos del infierno, así como su sentimiento del infierno y sus temores de condenación se enfrían y templan, así también se enfrían sus deseos del cielo y de la salvación. De modo que sucede que, cuando su culpa y su temor desaparecen, mueren también sus deseos de cielo y felicidad, y vuelven de nuevo a su antiguo rumbo.

2. Otra razón es que tienen temores serviles que los dominan por completo; hablo ahora de los temores que tienen a los hombres, pues «el temor del hombre pondrá lazo». [Pr 29:25] Así, aunque parezcan ardientes por el cielo mientras las llamas del infierno les zumban en los oídos, en cuanto ese terror amaina un poco, recapacitan; a saber, que es bueno ser prudente, y no arriesgarse (sin saber bien a qué) a perderlo todo, o al menos a atraerse sobre sí problemas inevitables e innecesarios; y así vuelven a avenirse con el mundo.

3. La vergüenza que acompaña a la religión también les sirve de tropiezo en su camino; son soberbios y altivos, y la religión, a sus ojos, es cosa baja y despreciable; por eso, cuando pierden el sentimiento del infierno y de la ira venidera, vuelven de nuevo a su antiguo rumbo.

4. La culpa, y el meditar en el terror, les resultan penosos. No les gusta ver su miseria antes de caer en ella; aunque tal vez esa visión, de amarla, podría hacerlos huir adonde huyen los justos y están seguros. Pero, como ya insinué, rehúyen incluso los pensamientos de culpa y terror; por eso, en cuanto se ven libres de sus despertares acerca de los terrores y la ira de

Dios, endurecen su corazón de buena gana, y eligen caminos que los endurezcan cada vez más.

CRIST. Bastante te has acercado al fondo del asunto, pues la raíz de todo está en la falta de un cambio en su mente y en su voluntad. Y por eso no son sino como el reo que comparece ante el juez: tiembla y se estremece, y parece arrepentirse de todo corazón, pero la raíz de todo es el temor a la horca; no porque sienta detestación alguna del delito, como se echa de ver, pues, si a este hombre se le diera la libertad, volvería a ser ladrón, y así seguiría siendo un bellaco; mientras que, si su mente hubiera cambiado, sería de otro modo.

ESPER. Ya que te he mostrado las razones de que retrocedan, muéstrame tú ahora el modo en que lo hacen.

CRIST. Así lo haré de buena gana.

1. Apartan sus pensamientos, todo lo que pueden, del recuerdo de Dios, de la muerte y del juicio venidero.

2. Luego van abandonando poco a poco los deberes privados, como la oración en secreto, el refrenar sus pasiones, la vigilancia, el dolor por el pecado y cosas semejantes.

3. Después rehúyen la compañía de los cristianos vivos y fervorosos.

4. Tras eso, se enfrían para los deberes públicos, como oír la Palabra, leer, la conversación piadosa y cosas semejantes.

5. Luego empiezan a buscar, como decimos, agujeros en la ropa de algunos piadosos; y eso diabólicamente, para tener un pretexto aparente que les permita, a causa de alguna flaqueza que han descubierto en ellos, echar la religión a sus espaldas.

6. Luego empiezan a arrimarse y a juntarse con hombres carnales, disolutos y libertinos.

7. Después se abandonan en secreto a conversaciones carnales y libertinas; y se alegran si pueden ver tales cosas en alguno tenido por honrado, para hacerlo ellos con mayor desenvoltura, amparados en su ejemplo.

8. Tras esto, empiezan a jugar abiertamente con pecados pequeños.

9. Y entonces, ya endurecidos, se muestran tal como son. Así, lanzados de nuevo al abismo de la miseria, a menos que un milagro de la gracia lo impida, perecen para siempre en sus propios engaños.

LA TIERRA DE BEULAH Y LA CIUDAD CELESTIAL

Vi entonces en mi sueño que, para entonces, los peregrinos habían dejado atrás la Tierra Encantada, y entraban en la tierra de Beulah, cuyo aire era muy dulce y agradable; y, como el camino discurría directamente por ella, allí se solazaron durante una temporada. Sí, allí oían continuamente el canto de las aves, y veían cada día aparecer las flores sobre la tierra, y oían la voz de la tórtola en aquel país. [Is 62:4, Cnt of Solomon 2:10-12] En esta tierra el sol brilla de noche y de día; pues estaba más allá del valle de Sombra de Muerte, y también fuera del alcance del gigante Desesperación; ni siquiera podían ver desde allí el castillo de la Duda. Aquí estaban ya a la vista de la ciudad hacia la que se dirigían, y aquí también les salieron al encuentro algunos de sus habitantes; pues por esta tierra solían andar los Resplandecientes, por hallarse en los confines del cielo. En esta tierra, además, se renovó el contrato entre la esposa y el esposo; sí, aquí, «como el esposo se goza sobre la esposa, así se gozó su Dios sobre ellos.» [Is 62:5] Aquí no les faltó trigo ni vino, pues en este lugar hallaron en abundancia lo que habían buscado durante toda su peregrinación. [Is 62:8] Aquí oyeron voces que salían de la ciudad, voces recias, que decían: «"Decid a la hija de Sión: He aquí viene tu salvación; he aquí que su galardón viene con él." Aquí todos los habitantes del país los llamaban: "Pueblo santo, Redimidos de Jehová, Buscados"», etc. [Is 62:11,12]

Ahora bien, mientras caminaban por esta tierra, sentían mayor gozo que en las regiones más alejadas del reino al que se dirigían; y, al acercarse a la ciudad, tuvieron de ella una vista aún más perfecta. Estaba edificada de perlas y piedras preciosas, y su calle estaba pavimentada de oro; de modo que, a causa de la gloria natural de la ciudad, y del reflejo de los rayos del sol sobre ella, Cristiano cayó enfermo de puro deseo; Esperanzado tuvo también

uno o dos accesos de la misma dolencia. Por lo cual, se quedaron allí tendidos un rato, clamando, a causa de sus dolores: Si halláis a mi amado, decidle que estoy enferma de amor.

Pero, sintiéndose algo fortalecidos, y mejor capaces de soportar su dolencia, prosiguieron su camino, y se fueron acercando cada vez más, hasta llegar a donde había huertos, viñas y jardines, cuyas puertas se abrían al camino real. Y, al llegar a estos lugares, he aquí que el hortelano estaba en el camino, al cual dijeron los peregrinos: ¿De quién son estas hermosas viñas y jardines? Él respondió: Son del Rey, y están plantados aquí para su propio deleite, y también para solaz de los peregrinos. Así que el hortelano los hizo entrar en las viñas, y les mandó que se refrescaran con los frutos exquisitos. [Dt 23:24] Les mostró también allí los paseos del Rey, y los cenadores donde le gustaba estar; y allí se detuvieron y durmieron.

Vi entonces en mi sueño que hablaban en sueños en esta ocasión más que en todo el resto de su viaje; y, hallándome yo pensativo por ello, el hortelano me dijo, incluso a mí: ¿Por qué te quedas pensando en esto? Es propio del fruto de las uvas de estas viñas bajar tan dulcemente, que hace hablar a los labios de los que están dormidos.

Vi, pues, que cuando despertaron, se dispusieron a subir hacia la ciudad; pero, como ya dije, el reflejo del sol sobre la ciudad (pues la ciudad era de oro puro) era de una gloria tan extremada, que aún no podían contemplarla a cara descubierta, sino por medio de un instrumento hecho para ese propósito. Así vi que, según avanzaba, les salieron al encuentro dos hombres, con vestiduras que resplandecían como el oro, y cuyos rostros brillaban como la luz. [Ap 21:18, 2 Co 3:18]

Estos hombres preguntaron a los peregrinos de dónde venían; y ellos se lo dijeron. Les preguntaron también dónde se habían alojado, qué dificultades y peligros, qué consuelos y placeres habían hallado por el camino; y ellos se lo dijeron. Entonces dijeron los hombres que les salieron al encuentro: Solo os quedan dos dificultades más que afrontar, y luego estaréis en la ciudad.

Entonces Cristiano y su compañero pidieron a aquellos hombres que los acompañaran; y ellos les dijeron que así lo harían. Pero, dijeron, habréis de alcanzarla por vuestra propia fe. Así vi en mi sueño que siguieron juntos, hasta que llegaron a la vista de la puerta.

Vi además que, entre ellos y la puerta, había un río, pero no había puente por donde cruzarlo: el río era muy profundo. Ante la vista de este río, pues, los peregrinos quedaron muy pasmados; pero los hombres que iban con ellos dijeron: Habéis de atravesarlo, o no podréis llegar a la puerta.

Entonces los peregrinos comenzaron a preguntar si no había otro camino hacia la puerta; a lo cual respondieron: Sí; pero a nadie, salvo a dos, a saber, Enoc y Elías, se le ha permitido pisar ese sendero desde la fundación del mundo, ni se le permitirá, hasta que suene la última trompeta. [1 Co 15:51,52] Los peregrinos entonces, y en especial Cristiano, comenzaron a desanimarse en su ánimo, y miraron a un lado y a otro, pero no pudieron hallar ningún modo de eludir el río. Entonces preguntaron a los hombres si las aguas eran todas de igual profundidad. Dijeron: No; pero, en ese caso, no podían ayudarlos; pues, dijeron, la hallaréis más honda o más somera según creáis en el Rey de este lugar.

**En la resurrección de los justos. [Ap 20:4-6]*

Se dispusieron entonces a entrar en el agua y, al hacerlo, Cristiano comenzó a hundirse, y, clamando a su buen amigo Esperanzado, dijo: Me hundo en aguas profundas; las olas pasan sobre mi cabeza, todas sus ondas han pasado sobre mí. Selah.

Entonces dijo el otro: Ten buen ánimo, hermano mío, yo hago pie, y es firme. Entonces dijo Cristiano: ¡Ah, amigo mío! Los dolores de la muerte me han rodeado; no veré la tierra que mana leche y miel; y con eso cayó sobre Cristiano una gran oscuridad y espanto, de modo que no podía ver delante de sí. También perdió aquí en gran medida el juicio, de suerte que no podía ni recordar ni referir con orden ninguno de aquellos dulces consuelos que había hallado en el camino de su peregrinación. Pero todas las palabras que pronunciaba seguían mostrando que tenía espanto en el ánimo, y temores en el corazón de morir en aquel río, y de no lograr jamás la entrada por la puerta. Aquí también, según percibieron los que estaban presentes, se hallaba muy afligido por los pensamientos angustiosos de los pecados que había cometido, tanto después como antes de hacerse peregrino. Se observó también que le turbaban apariciones de duendes y espíritus malignos, pues una y otra vez lo daba a entender con sus palabras. Esperanzado, por tanto, tenía aquí mucho trabajo en mantener la cabeza de su hermano fuera del agua; sí, a veces se hundía por completo, y luego, al poco, volvía a salir me-

dio muerto. Esperanzado procuraba también consolarlo, diciendo: Hermano, veo la puerta, y hay hombres allí de pie, esperando para recibirnos. Pero Cristiano respondía: Es a ti, es a ti a quien esperan; tú has sido Esperanzado desde que te conozco. Y tú también lo has sido, le dijo este a Cristiano. ¡Ah, hermano! —dijo él—, sin duda, si yo fuese recto, él se levantaría ahora a socorrerme; pero, por mis pecados, me ha traído a este lazo, y me ha abandonado. Entonces dijo Esperanzado: Hermano mío, has olvidado por completo el texto donde se dice de los impíos: «No tienen ataduras para su muerte, antes su fortaleza está entera. No están ellos en trabajo como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres.» [Sal 73:4,5] Estas turbaciones y angustias que padeces en estas aguas no son señal de que Dios te haya abandonado, sino que se te envían para probarte, y ver si te acordarás de lo que hasta ahora has recibido de su bondad, y vivirás de él en tus angustias.

Vi entonces en mi sueño que Cristiano quedó como pensativo un rato. A lo cual añadió Esperanzado esta palabra: Ten buen ánimo, Jesucristo te sana; y con eso Cristiano prorrumpió en alta voz: ¡Oh, vuelvo a verlo! Y me dice: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán.» [Is 43:2] Entonces ambos cobraron ánimo, y el enemigo quedó desde entonces tan quieto como una piedra, hasta que hubieron pasado. Cristiano, pues, halló al instante suelo firme donde sostenerse, y así resultó que el resto del río no era sino somero. Así lo atravesaron. Ahora bien, en la orilla del río, al otro lado, volvieron a ver a los dos hombres resplandecientes, que allí los esperaban; por lo cual, en cuanto salieron del río, los saludaron diciendo: Somos espíritus ministradores, enviados para servir a los que han de ser herederos de la salvación. Así prosiguieron hacia la puerta.

Habéis de notar ahora que la ciudad se alzaba sobre una colina poderosa; pero los peregrinos subieron aquella colina con facilidad, porque tenían a estos dos hombres que los guiaban llevándolos de los brazos; y además, habían dejado atrás, en el río, sus vestiduras mortales, pues, aunque entraron en él con ellas, salieron sin ellas. Subieron, pues, con mucha agilidad y presteza, aunque el fundamento sobre el que estaba levantada la ciudad era más alto que las nubes. Subieron, así, atravesando las regiones del aire, conversando dulcemente mientras andaban, consolados por haber cruzado el río sin peligro, y por tener tan gloriosos compañeros que los acompañaran.

Mirad, mirad ahora cómo cabalgan los peregrinos santos:
nubes son su carro, y ángeles, su guía;
¿quién no arrostraría por Él cualquier quebranto,
sabiendo que así provee a los suyos cuando acaba este día?

La conversación que tuvieron con los Resplandecientes trataba sobre la gloria de aquel lugar; les dijeron que su belleza y su gloria eran inefables. Allí, decían, está el monte Sión, la Jerusalén celestial, la compañía innumerable de ángeles, y los espíritus de los justos hechos perfectos. [He 12:22-24] Vais ahora, decían, al paraíso de Dios, donde veréis el árbol de la vida, y comeréis de sus frutos que nunca se marchitan; y cuando lleguéis allí, se os darán vestiduras blancas, y vuestro andar y vuestro hablar serán cada día con el Rey, por todos los días de la eternidad. [Ap 2:7, 3:4, 21:4,5] Allí no volveréis a ver las cosas que veáis cuando estabais en la región inferior, sobre la tierra, a saber, el dolor, la enfermedad, la aflicción y la muerte, pues las cosas primeras ya pasaron. Vais ahora hacia Abraham, hacia Isaac y Jacob, y hacia los profetas, hombres a quienes Dios ha apartado del mal venidero, y que ahora descansan sobre sus lechos, andando cada uno en su justicia. [Is 57:1,2, 65:17] Preguntaron entonces aquellos hombres: ¿Qué hemos de hacer en el lugar santo? Y se les respondió: Allí habéis de recibir los consuelos de todo vuestro trabajo, y gozo por toda vuestra tristeza; habéis de segar lo que habéis sembrado, esto es, el fruto de todas vuestras oraciones, vuestras lágrimas y vuestros padecimientos por el Rey durante el camino. [Gá 6:7] En aquel lugar habréis de llevar coronas de oro, y gozar de la contemplación y visión perpetua del Santo, pues allí lo veréis tal como es. [1 Jn 3:2] Allí también le serviréis continuamente con alabanza, con aclamación y acción de gracias, a Aquel a quien deseasteis servir en el mundo, aunque con mucha dificultad, a causa de la flaqueza de vuestra carne. Allí vuestros ojos se deleitarán viendo, y vuestros oídos oyendo la voz placentera del Poderoso. Allí volveréis a gozar de vuestros amigos que se fueron allá antes que vosotros; y allí recibiréis con gozo a todos los que entren en el lugar santo después de vosotros. Allí seréis también vestidos de gloria y majestad, y equipados como conviene para salir a cabalgar con el Rey de gloria. Cuando venga con sonido de trompeta entre las nubes, como sobre las alas del viento, vendréis con él; y cuando se siente sobre el trono del juicio, os sentaréis junto a él; sí, y cuando pronuncie sentencia contra todos los obradores de iniquidad, sean ángeles u hombres, también vosotros tendréis voz en ese juicio, porque fueron enemigos suyos y vuestros. [1 Ts 4:13-16, Jud

1:14, Dn 7:9,10, 1 Co 6:2,3] También, cuando él vuelva de nuevo a la ciudad, iréis vosotros también, con sonido de trompeta, y estaréis con él para siempre.

Ahora bien, mientras se acercaban así a la puerta, he aquí que salió a su encuentro una compañía de la hueste celestial; a quienes los otros dos Resplandecientes dijeron: Estos son los hombres que amaron a nuestro Señor cuando estaban en el mundo, y que lo dejaron todo por su santo nombre; y él nos ha enviado a buscarlos, y los hemos traído hasta aquí en el viaje que anhelaban, para que entren y miren a su Redentor cara a cara con gozo. Entonces la hueste celestial dio un gran clamor, diciendo: «Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero.» [Ap 19:9] Salieron también en esta ocasión a su encuentro varios de los trompeteros del Rey, vestidos de ropas blancas y resplandecientes, que, con sonidos melodiosos y recios, hacían resonar hasta los mismos cielos. Estos trompeteros saludaron a Cristiano y a su compañero con diez mil bienvenidas desde el mundo; y esto lo hicieron con aclamaciones y sonido de trompeta.

Hecho esto, los rodearon por todos lados; unos iban delante, otros detrás, y otros a la derecha, otros a la izquierda (como para escoltarlos por las regiones superiores), sonando continuamente mientras avanzaban, con música melodiosa, en notas elevadas; de modo que, para quien pudiera contemplarlo, aquella vista era como si el cielo mismo hubiera descendido a su encuentro. Así, pues, caminaron juntos; y mientras caminaban, a cada instante estos trompeteros, con sonido gozoso, mezclando su música con miradas y gestos, seguían dando a entender a Cristiano y a su hermano cuán bien recibidos eran en su compañía, y con cuánta alegría habían salido a su encuentro; y ya estaban estos dos hombres, en cierto modo, en el cielo, antes de llegar a él, absortos en la vista de los ángeles y en el oír de sus notas melodiosas. Aquí también tenían ya a la vista la ciudad misma, y les parecía oír repicar todas sus campanas para darles la bienvenida. Pero, sobre todo, los pensamientos cálidos y gozosos que tenían acerca de morar allí, con tal compañía, y eso por los siglos de los siglos. ¡Oh, con qué lengua o pluma podrá expresarse su gloriosa alegría! Y así llegaron hasta la puerta.

Ahora bien, cuando llegaron a la puerta, había escrito sobre ella, en letras de oro: «Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y para que entren por las puertas en la ciudad.» [Ap 22:14]

Vi entonces en mi sueño que los Resplandecientes les mandaron llamar a la puerta; y, cuando lo hicieron, algunos se asomaron desde lo alto, por encima de la puerta, a saber, Enoc, Moisés y Elías, etc., a quienes se dijo: Estos peregrinos vienen de la Ciudad de Destrucción, por el amor que tienen al Rey de este lugar; y entonces los peregrinos entregaron, cada uno, su certificado, que habían recibido al principio; estos, pues, fueron llevados al Rey, quien, después de leerlos, dijo: ¿Dónde están esos hombres? Y se le respondió: Están de pie fuera de la puerta. Entonces el Rey mandó abrir la puerta, «para que entre», dijo, «la nación justa que guarda la verdad.» [Is 26:2]

Vi entonces en mi sueño que aquellos dos hombres entraron por la puerta; y he aquí que, al entrar, fueron transfigurados, y se les pusieron vestiduras que resplandecían como el oro. Hubo también quien los recibió con arpas y coronas, y se las dio: las arpas para alabar con ellas, y las coronas en señal de honor. Entonces oí en mi sueño que todas las campanas de la ciudad volvían a repicar de gozo, y que se les decía: «ENTRAD EN EL GOZO DE VUESTRO SEÑOR.» Oí también a los mismos hombres que cantaban a gran voz, diciendo: «BENDICIÓN, Y HONRA, Y GLORIA, Y PODER, SEAN AL QUE ESTÁ SENTADO SOBRE EL TRONO, Y AL CORDERO, POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.» [Ap 5:13]

Y precisamente cuando se abrieron las puertas para dejar entrar a aquellos hombres, miré yo hacia dentro tras ellos, y he aquí que la Ciudad resplandecía como el sol; también las calles estaban pavimentadas de oro, y por ellas andaban muchos hombres, con coronas en la cabeza, palmas en las manos, y arpas de oro para cantar alabanzas con ellas.

Había también entre ellos algunos que tenían alas, y se respondían unos a otros sin cesar, diciendo: «Santo, santo, santo es el Señor.» [Ap 4:8] Y después de esto cerraron las puertas; lo cual, en cuanto lo hube visto, deseé hallarme yo también entre ellos.

Ahora bien, mientras contemplaba yo todas estas cosas, volví la cabeza para mirar atrás, y vi a Ignorancia que llegaba a la orilla del río; pero pronto lo cruzó, y eso sin ni siquiera la mitad de la dificultad que hallaron los otros dos hombres. Pues sucedió que había entonces en aquel lugar uno llamado Vana-esperanza, un barquero, que con su barca lo ayudó a pasar; así que él, como los otros que vi, ascendió la colina para llegar hasta la puerta, si bien

llegó solo, y nadie salió a su encuentro con el menor aliento. Cuando llegó a la puerta, alzó la vista hacia el letrero que había encima, y comenzó luego a llamar, suponiendo que se le franquearía pronto la entrada; pero los hombres que se asomaban por encima de la puerta le preguntaron: ¿De dónde vienes, y qué quieres? Él respondió: He comido y bebido en presencia del Rey, y él ha enseñado en nuestras calles. Entonces le pidieron su certificado, para llevarlo y mostrárselo al Rey; así que él buscó a tientas uno en su pecho, y no halló ninguno. Entonces dijeron: ¿No tienes ninguno? Pero aquel hombre no respondió palabra. Así que se lo dijeron al Rey; pero él no quiso bajar a verlo, sino que mandó a los dos Resplandecientes que habían conducido a Cristiano y a Esperanzado hasta la ciudad que salieran, tomaran a Ignorancia, y lo ataran de pies y manos, y se lo llevaran de allí. Entonces lo tomaron, y lo llevaron por el aire hasta la puerta que yo había visto en la ladera de la colina, y lo metieron por ella. Entonces vi que había un camino hacia el infierno, incluso desde las puertas del cielo, así como desde la Ciudad de Destrucción. Así desperté, y he aquí que era un sueño.

LA CONCLUSIÓN

Lector, ya te he contado aquí mi sueño;
procura interpretarlo, tú que eres dueño
de hacerlo bien, o dáselo al vecino;
mas guárdate de errar en el camino:
que en vez de hacerte bien, tan solo daño
te hará el error; de errar nace el engaño.

Cuida también de no llevar al extremo
el juego con la superficie de mi sueño;
ni dejes que mi imagen o mi símil
te mueva a la risa ni a pleito hostil.
Deja eso a los muchachos y a los necios;
mas tú, contempla el fondo de mis preceptos.

Aparta las cortinas, mira tras mi velo,
vuelve del revés mis símiles, sin recelo,
que allí, si las buscas, tales cosas encontrarás,
que a una mente honrada ayuda le darás.

Lo que allí halles de escoria, sin temor,
arrójala, y guarda solo el oro mejor;
¿y si mi oro viene envuelto en mena?
Nadie, por el corazón, desecha la manzana.
Mas si arrojas todo esto por tenerlo por vano,
no sé si no hará que vuelva a soñar, hermano.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB